MVNDO HISPANICO



113
agosto 1957

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

N.º 113 - AGOSTO, 1957 - AÑO X - 15 ptas.

MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO

SUMARIO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Alcalá Galiano, 4 - Madrid
Teléfonos:
Redacción 37 32 10
Administración 37 03 12
Administración y Redacción ... 24 91 23
Dirección postal para todos los servicios:
Apartado de Correos 245 - Madrid
EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).
PRECIOS
Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1957, NUMBER 113, ROIG NEW YORK «MVNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576 6th Ave. N. Y. C

DOS PUEBLOS, DOS HOMBRES

Por MANUEL AZNAR

Embajador de España, Presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid

EL lector de América no tiene obligación grave de saber dónde cae y qué significa Ciudad Rodrigo. Es, por de pronto, eso: una ciudad, y lleva el nombre de quien la fundó, el conde Rodrigo González. Siglo XII. Pero muchos siglos antes, cuando la Lusitania romana conoció su gran esplendor, como amada provincia del Imperio, se alzaba en el solar de la actual Ciudad Rodrigo una fortaleza y al lado un campamento. Los capitanes y los constructores que Roma enviaba a España hicieron maravillas en el arte de mantener siempre libres y activas las comunicaciones con las tierras occidentales de esta península, en donde los iberos daban, de vez en cuando, señales muy vivaces de su carácter indómito y de su ardorosa combatividad. Tampoco los celtas solían ser cómodos, en calidad de enemigos. Y la mezcla de las dos razas, los celtíberos, exigía, desde el punto de vista de los romanos, muchas cautelas y no escasas precauciones militares. Ciudad Rodrigo o, mejor dicho, la ciudad-campamento que en su solar se alzaba, cumplía, como Mérida, por ejemplo, esa misión castrense. Después, a la largo de la Historia, le acompañó siempre la estrella militar. Allí ganó Wellington, el Duque de Hierro, el triunfador de Waterloo, su título de duque de Ciudad Rodrigo.

Está situada críticamente en la frontera hispanoportuguesa. Mis lectores americanos—hace años los tuve; hoy, quizá, me queden algunos—permitirán que reproduzca lo siguiente de las queridas páginas de *Blanco y Negro*, la gran revista madrileña; así penetrarán mejor en el ambiente donde se han abrazado de nuevo dos hombres en nombre de dos pueblos: Francisco Franco y Antonio de Oliveira Salazar: España y Portugal.

"Para ir de Salamanca a Coimbra, o para venir de Coimbra a Salamanca, el mejor camino que podemos elegir pasa por Ciudad Rodrigo. Cuando se llega por tierras españolas a Valdecarpinteros o a Morasverdes, cerca de un pueblecillo llamado Dios-le-Guarde, el paisaje ya nos parece portugués.

"Cuando se avanza por tierras portuguesas hasta Almeidinha o Almeida, cuartel general de Wellington contra los (Pasa a la pág. 55.)

FRANCISCO FRANCO Y ANTONIO DE OLIVEIRA SALAZAR, AL PIE DE LAS TORRES DE CIUDAD RODRIGO



Su Excelencia el Generalísimo Franco, Jefe del Estado español, y el doctor Oliveira Salazar, Jefe del Gobierno portugués, se han reunido una vez más para examinar distintos problemas que afectan a la Península Ibérica. Países hermanos, Portugal y España decidieron hace años afirmar sus lazos de hermandad y amistad, que cada día son más fuertes. La reciente entrevista se celebró en una ciudad salmantina, Ciudad Rodrigo, cuya historia ha sido innumerables veces la historia de las relaciones hispanoportuguesas. El marco incomparable de la fronteriza ciudad—sobre la que el lector encontrará información en las páginas siguientes—se recogen varios momentos de la trascendental entrevista, a la que asistieron los ministros de Asuntos Exteriores de Portugal y de España, señores Cunha y Castiella.



La Plaza Mayor de Ciudad Rodrigo, amplia, sencilla, luminosa, abierta al cielo salmantino. En ella, la señorial fachada del Ayuntamiento, con sus arcadas espaciosas y alegres. Por encima de todo, el cielo entero de España.

Son muchas las antiguas casas solariegas que alzan sus muros señoriales en Ciudad Rodrigo. Entre ellas destaca el llamado Palacio del Príncipe, hoy de los marqueses de los Altares, cuyo patio central se ofrece en esta foto.

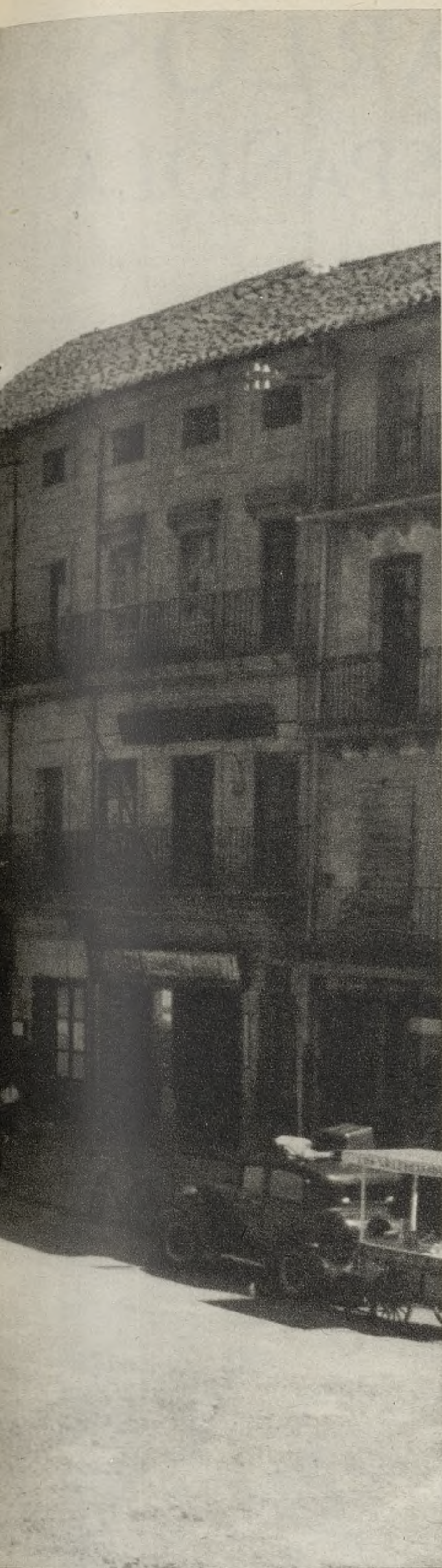


LA HISTORIA SE HACE EN CIUDAD RODRIGO

LA LLAVE DE DOS PAISES

Por JOSE MARIA CLAVER

¿QUE ciudad es esta Ciudad Rodrigo que ahora imprime con rotundos caracteres castellanos su nombre en las primeras páginas de los grandes cotidianos de Europa y de América? Es España país de cielo abierto y largos litorales, a la que se le puede entrar, para bien y para mal, por muchos sitios, y de hecho así se le entra. Se apea el extranjero, desde el aire, por Llobregat o por Barajas. Desembarca en el Abra bilbaína o en la bahía gaditana. Baja a Madrid en tren desde Irún o desde Vigo. Pero en la raya fronteriza lusitana el tránsito viajero es más escaso y más tranquilo. Y, sin embargo, es ahí donde Castilla está más a la vista y a la espera. ¿Conocéis Avila, Segovia, Toledo, Sigüenza, Salamanca? Eso es Ciudad Rodrigo: abreviatura de Castilla, aunque esta vez a escala más reducida aún: a escala de cabeza de partido.



Cuatro cipreses solitarios se alzan en este tranquilo cuadro que es el claustro de la catedral de Ciudad Rodrigo, visto desde la torre. Paz y silencio de eternidad.

El río Agueda discurre lentamente, manso y tranquilo, bajo los arcos del puente romano. Arriba, majestuoso y solemne, el castillo, inexpugnable bastión en otros siglos.



Pero en su cuarta dimensión, la del espíritu, más gentil y profunda—más apacible y serena—todavía.

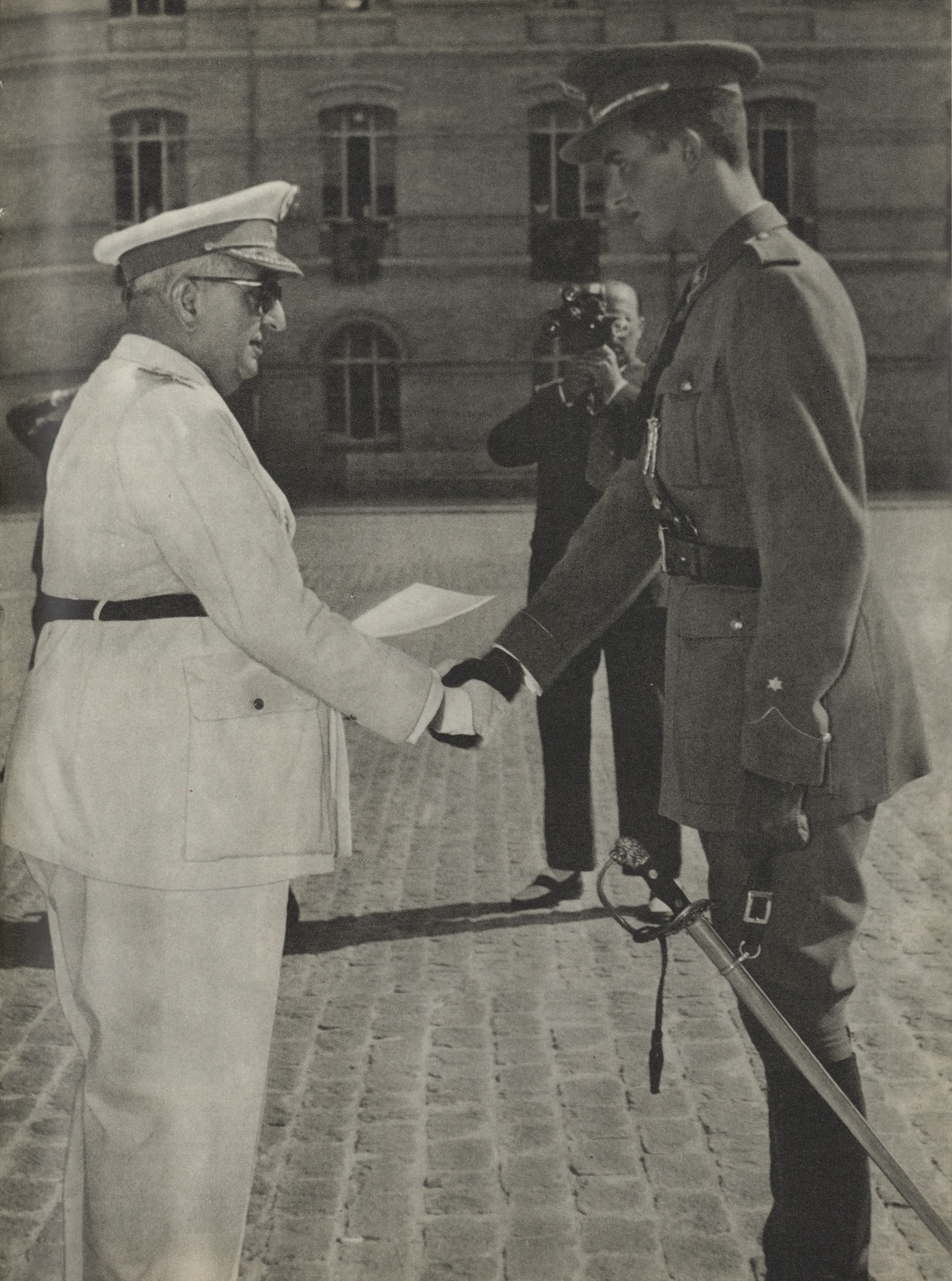
Un claro cielo blanco. Un pequeño altozano emergiendo de entre viñedos y encinares, junto al Agueda. Un rebaño de casas que dos cuadradas torres—catedral y castillo—pastorean. Largos horizontes, abiertos sólo al septentrión; cercados al sur, al este y al oeste—allí donde Portugal casi se toca—por suaves ondulaciones de lejanas sierras. Aquí y allí, surcos y aradas, verdes praderías, cuestas fragantes, matas olorosas, pastizales, arboledas, alamedas. Y en medio, el río manso y sosegado, río de barbos, anguilas, tencas, truchas y también arenas de oro. El río que, buscando hoyas del Duero en que morir, refleja a paso lento colmenas y molinos, pegujales y dehesas, tableteo de cigüeñas y vuelos de perdiz. Sí, «¡quelle ville biblique!», ¿verdad? Como Avila de los Caballeros, Ciudad Rodrigo es un bastión guerrero, un recinto murado; pero aquí las águilas de Gredos son alondras.

¿Y por dentro? Por dentro, las rudas murallas mirobrigenses son paseos. Anchos pa- (Pasa a la pág. 56.)

EL PRINCIPE JUAN CARLOS, ALFEREZ DE LA INFANTERIA ESPAÑOLA

Terminados sus estudios en la Academia General Militar de Zaragoza, el Príncipe Juan Carlos ha recibido de manos del Capitán General de la región, teniente general Baturone, los despachos que le acreditan como alférez de la Infantería española. Doscientos cuarenta y ocho caballeros cadetes forman esta decimocuarta promoción, que ha cubierto su etapa formativa en este 13 de julio de 1957. Recogemos para nuestros lectores la fotografía de esta singular efemérides al lado de otra en la que figura el Príncipe Juan Carlos contemplando la maqueta de las heroicas ruinas del Alcázar de Toledo, en visita reciente que giró a la Ciudad Imperial.





En Sitges se habló de Colombia



↑

Una expresión del ex presidente don Laureano Gómez, durante las conversaciones con el ex presidente señor Lleras Camargo.

← Don Laureano Gómez, don Alberto Lleras Camargo y don Camilo Vázquez, con varios familiares del señor Gómez, en la finca en que reside en Sitges (Barcelona).

Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo se entrevistaron en la playa catalana

Los ex presidentes colombianos señores Lleras Camargo y Gómez, en Sitges. A la derecha, el señor Vázquez, miembro del Directorio Nacional Conservador.

BENIDORM y Sitges son dos nombres de la geografía española con repercusiones en Colombia. En ellos se han entrevistado dos ex presidentes colombianos: el conservador Laureano Gómez y el liberal Alberto Lleras Camargo.

Por dos veces Lleras ha volado a España para conversar con Laureano Gómez, que reside en Barcelona desde 1953. Hace un año se vieron en Benidorm y firmaron el "Pacto" que lleva el nombre de aquella ciudad veraniega, donde se sentaron las bases del llamado frente nacional, uniéndose los dos partidos históricos de Colombia, el liberal y el conservador, en torno a la figura de don Guillermo León Valencia, ex embajador en Madrid. Diez meses después, en mayo de este año, Rojas Pinillas tomaba un avión en Bogotá y se trasladaba a Madrid, dejando el Poder a una Junta Militar.

Los problemas políticos del país colombiano y quizá la necesidad de aplicar a las circunstancias actuales el "Pacto de Benidorm", movieron a don Alberto Lleras Camargo a volar, a mediados de julio, hasta Barcelona, acompañado de don Camilo Vázquez, miembro del Directorio Nacional Conservador, para cambiar puntos de vista con el anciano y combativo ex presidente Laureano Gómez.

Desde Barcelona, guiados por el joven Enrique Gómez Hurtado, hijo del ex presidente, las dos personalidades políticas colombianas se trasladaron a la playa de Sitges.

Mientras, el general Rojas Pinilla recorría los campos y ciudades andaluces, y en Madrid era esperado el ex presidente Darío Echandía. Los hilos de la historia contemporánea colombiana se cruzaban en España.

Las conversaciones entre los ex presidentes Lleras Camargo y Laureano Gómez, junto con don Camilo Vázquez, se prolongaron durante una semana. Fruto de ellas han sido "los acuerdos de Sitges", seguramente un eslabón importante para el futuro de Colombia.

ARMANDO PUENTE

Don Laureano Gómez, en el jardín de la finca que ocupa en la playa catalana.



EL MUNDO SE CITA EN MALLORCA

Por FEDERICO DIAZ-FALCON

A Mallorca, nueva arca de Noé, donde el mundo se cita en sus vacaciones para ponerse a salvo de este diluvio universal de ruido, angustia y prisa característico de nuestro siglo, con mis mejores deseos para que continúe siendo la isla de la «Calma», del «Silencio» y de la «Paz».

En el delicioso saloncito de estar del hotel del Artista, de Valldemosa, se encuentra sentado frente a mí un señor noruego, de cabellos tan blancos como la nieve de Finmark. Acaba de llegar de Oslo para descongelarse aquí, y todavía huele a aceite de hígado de bacalao y a sol de medianoche. Sobre sus altas rodillas de escandinavo tiene desplegado, como una original servilleta, el mapa de Mallorca, y con sus gélidos ojos azules, redondos y tristes, fatigados de noches árticas, va siguiendo con voluptuosidad las curvas de las carreteras y las sinuosidades de la costa. Se le ve que está con el mapa como chico con zapatos nuevos, como si éste fuese un juguete inefable que le hubiesen regalado unos imaginarios Reyes Magos de la isla. En efecto, se relame de gusto al planear con deleitosa calma las excursiones, y en voz muy baja va pronunciando estos nombres, tantas veces soñados bajo la luz verde de la aurora boreal: Palma, Valldemosa, Deyá, Sóller, Pollensa, Formentor, Cala D'Or, Porto Petro, Lluch, Torrent de Pareis, Paguera, Andraitx, Estallenchs, Bañalbufar... Estos asépticos nórdicos saben recorrer el mundo como sus antepasados los vikingos, y disfrutan tanto con el «previaje» como con el viaje. Primero saben soñar los olivos milenarios, los almendros en flor y las calas azules de aguas tersas en el mapa, y luego saben verlo todo en la realidad. Nosotros, los meridionales, por el contrario, lo repentizamos todo: somos viajeros sin mapa, estudiantes sin programa, comensales sin menú. Nos zambullimos en el viaje, en la comida y en el amor de sopetón. A lo único que acudimos con programa es a los toros. Por eso somos en la plaza turistas perfectos; porque los hemos previsto en la sobremesa con el puro encendido.

Pero no divaguemos. A lo que íbamos: el turista noruego saca un lápiz, dirige una mirada lenta y casi perforadora al mapa y comienza a hacer números. Se le advierte muy preocupado... Súbitamente, se tranquiliza, y me dice, entre humorista y grave:

—*Yeg er rolig* (ya estoy tranquilo).

Yo no comprendo, y me aclara:

—Sí; estoy tranquilo, porque todos los turistas del mundo, todos los habitantes de la tierra, cabemos

Bajo el claro sol del mar Mediterráneo, veraneantes de todo el mundo acuden a la Cala Mayor.



Angulos diversos de la ciudad mallorquina: la moderna fábrica de su puerto, molinos, paseos tranquilos a la sombra de los árboles.





La isla de los novios y el paraíso de las siestas

justos en la isla de Mallorca; ni uno más ni uno menos. Claro que tendríamos que ir casi tan apretados como en el metro. Quizá nos podríamos sentar...

Empiezo a hacer números. En efecto, el turista noruego tiene razón: la humanidad entera cabe justa en la isla de Mallorca. ¡Qué casualidad! Luego hace más números, y dice:

—Las «lunas de miel» caben exactamente en el término de Valldemosa.

—¿Y teme usted de veras que todos los turistas del mundo y todas las parejas de enamorados se concentren este verano en la isla?

Y el señor noruego de cabellos blancos como la piel de armiño me dice:

—El mundo se cita este verano en Mallorca.

—¿Es posible?

—Verá usted: desde que salí de mi país, he oído decir por todas partes: «¡A Mallorca! ¡A Mallorca!»; se gritaba con un acento parecido a cuando ustedes dicen «¡A la plaza! ¡A la plaza!» Y los turistas iban subiendo a los aviones, a los barcos y a los autocares con el habano encendido de la ilusión.

—¿Y a qué cree usted que se debe esta debilidad que los turistas y los novios de todo el mundo sienten por Mallorca?

El turista noruego dirigió una mirada envolvente al mapa, y repuso:

—Estamos en la época del snobismo, y la misma humanidad que se agolpa para ver las piernas de Di Stéfano, la cabeza afeitada de Yul Brynner o las barbas de Cela, hace cola ahora en las agencias de viajes para venir a ver la isla de moda.

Creo que el turismo noruego tiene razón. Primero se puso de moda Honolulú, luego Capri, ahora Mallorca... Las multitudes empezaron llenando las plazas de toros y los estadios, y están llenando ya islas enteras.

En efecto, tan difícil resulta encontrar una habitación en un hotel de Palma, que ya se piden hasta con un año de antelación. Hace meses recibí una carta de Oslo de mi amigo José Luis Litago, secretario segundo en aquella Embajada, en la que me pedía reservase una habitación en el Villamil o en el Bendinat para una señora inglesa. Pero resulta que ingresar en estos hoteles de lujo es casi tan difícil como ingresar en la Real Academia, y no estoy seguro de que se le pueda conseguir la habitación para la fecha que desea. Al socaire de esta ingente demanda de habitaciones, Palma se ha convertido en una gran Babel. No sólo se habla en todas las lenguas, sino que se ama, se viste, se anda y hasta se duerme en todos los idiomas, como después explicaré. Si a un ciego recién llegado a Palma se le llevara al Borne sin decirle en qué ciudad se encontraba, se iría creyendo sucesivamente en París, Londres, Berlín, Estocolmo, Nueva York, Lisboa, Amsterdam... Los propios palmesanos, menos numerosos que los turistas, andan por su propia ciudad un poco despistados, como si ellos fuesen también turistas en su propia casa.

Hay que decir también que Palma se está convirtiendo en una gran urbe. Acaba de estrenar el Paseo Marítimo, que es uno de los más bellos del mundo; construye hoteles por docenas y abre nuevas calles y avenidas. Y lo hace todo con tal rapidez, que aquí podría ser casi realidad el cuento de aquel andaluz que, al preguntarle qué edificio era la Giralda, repuso: «No *zé;* anoche era un *zolá.*»

Pero no vienen los turistas a Mallorca sólo porque esté de moda. Pudieran aducirse otras copiosas razones para explicar esta preferencia; pero entre las más importantes, citaré las siguientes:

1.ª El precio. Si para todos los turistas del mundo Mallorca es Jauja, para el turista escandinavo Mallorca es Super-Jauja. Un señor de Oslo, con siete mil pesetas, puede venir a Mallorca en avión, pasar quince días en un hotel de lujo como el Mediterráneo, hacer todas las excursiones y regresar a su país perfectamente descongelado y admirablemente bronceado. El turista noruego sale ganando, además, con toda clase de cambios, pues si su corona se le multiplica por cinco al desembarcar en Mallorca, sus catorce grados bajo cero se le transfiguran por arte de magia en veintidós sobre cero. Su pálido sol de medianoche se le convierte en un sol esplendoroso de mediodía; sus témpanos, en almendros en flor, y sus fiordos helados, en dulces calas azules de temperatura paradisíaca.

2.ª El sol. Ningún otro país podrá ofrecerles un sol que les dé tanta sensación de optimismo. Porque los otros soles les broncean tal vez mejor los cuerpos (éste es tan ardiente, que a veces se los despelleja), pero ningún otro broncea tan bien los espíritus, tonifica tan bien los pensamientos. Es además un sol que sabe cumplir con sus obligaciones de «sol de los turistas», y nunca se esconde detrás de las nubes; él sabe muy bien que los viajeros han venido hasta desde el lejano Estocolmo para descongelarse, y brilla catorce horas diarias. Pero, sobre todo, el sol de Mallorca se sabe despedir con gracia y belleza inefables, hasta el punto que la mejor película y la mejor obra de teatro que se representa en esta isla cada tarde es la puesta de sol. Quien no ha visto una puesta de sol desde la ermita de Miramar, no sabe lo que es un crepúsculo. Uno se explica que Raimundo Lulio se retirase a esta costa para contemplar el sol y las estrellas, y que el archiduque Luis Salvador construyese un templete de mármol en Son Marroig para deleitarse con el crepúsculo todas las tardes. También Santiago Rusiñol era uno de los aficionados a tan inefable espectáculo, y si la puesta era buena, aplaudía, y si era menos buena, el gran pintor y humorista la silbaba.

3.ª La luna. En Mallorca, hasta ahora, sólo se ha sabido hacer propaganda del sol; se le ha fotografiado, se le ha filmado, ha recorrido el mudo en verso, en prosa y, más modestamente, en tarjeta postal. Pero de la luna no se hace propaganda. Si se me pidiere una definición de la luna de Mallorca, diría: «Es el sol de medianoche pasando sus vacaciones en la Roqueta. Es una luna que está cortada a la medida de los enamorados como si se hubiese creado pensando en que había de iluminar lunas de

Con sus encajes, obra maestra de artesanía, y sus trajes típicos, antiguos y llenos de prestancia, dos mallorquinas, con las casas y el paisaje de Valldemosa al fondo.

miel.» Y, en efecto, cumple maravillosamente con su obligación. Transforma, por arte de magia, a novias de tercera en novias de primera, pues es, si se permite la expresión, el mejor profesor de cirugía estética. A la novia que tiene la piel con algún defecto o rugosa, se la corrige y la deja suave y tersa; a la que tiene la cabellera lasa, se la ondula, y luego deja envuelta a la novia en un halo luminoso. Yo creo que los guías de turismo, que tan bien les explican el sol a los viajeros y les aconsejan prudencia para evitar insolaciones y despellejamientos, deberían explicarles, sobre todo, los peligros de la luna a los solterones empedernidos. Es la que más matrimonios ha conseguido hasta la fecha y la que con más facilidad les hace subir a los enamorados a los séptimos cielos de su luna de miel.

4.ª El mar. Aquí el mar es tan azul, que nos cuenta un autor que, en Miramar, entre Valldemosa y Deyá, un niño no se atrevía a bañarse por miedo de quedar pintado. Es dulce y manso, no tiene nada de *Mare Tenebrosum* ni aun cuando se enfada; es el verdadero *Mare Nostrum*, y mejor aún, el *Mare Amorosum*, si se permite la expresión. En efecto, sabe entrar académicamente, suavemente..., y no se tiene noticia de que le haya chafado a nadie su luna de miel.

5.ª El paisaje. Mallorca es una de las mejores antologías de paisajes que el viajero conoce. Mallorca es España en miniatura. Más aún: su Europa; si el mundo incluso se pudiese exprimir como un limón, su quintaesencia sería Mallorca. Aquí, en esta fabulosa exposición de paisajes, hay rías gallegas, fiordos noruegos, llanuras de la Mancha y de Holanda con sus lentos molinos, montañas de Asturias y de Suiza... Esta es la razón de que en Mallorca el viajero se sienta *at home*, puesto que todos encuentran aquí un sucedáneo del propio paisaje.

6.ª Mallorca les ofrece a los enamorados el mejor campo de amor del mundo. Aquí se puede practicar ese delicioso juego de la luna de miel mejor que en parte alguna, ya que la isla les ofrece a los recién casados una antología de paisajes románticos. Aquí los Di Stéfanos y los Kubalas del amor se pueden lucir en tan delicioso y romántico juego: grutas encantadas, almendros en flor, olivos milenarios, calas de aguas azules y tersas, puestas de sol incomparables... Aun a los novios más torpones o materialistas, al contacto de este paisaje, se les inflama la imaginación y el romanticismo y propenden a soñar y a decir versos; porque así como hay aguas que son buenas para el riñón, para el hígado o para el estómago, hay otras, como las de Mallorca, que son excelentes para el amor. A los recién casados les hace ascender a los séptimos cielos de su luna de miel y a los «recién cansados» del matrimonio les consigue una segunda luna de miel, y hasta arregla, en muchos casos, matrimonios mal avenidos. Uno de los mejores rincones para recién casados y recién cansados es Cala D'Or, en la «Costa del Silencio». Por tales razones, Mallorca no sólo es la isla de los novios, sino la isla de los casados. Lo que no es, en cambio, es la isla de los líos. Aquí el «amor de estraperlo» anda cabizbajo y despistado, como si se hubiese metido en un campo que no le corresponde.

7.ª El sueño. Mallorca no sólo es la isla de los novios, es también el paraíso de los insomnes. Viajeros que han recorrido *(Pasa a la pág. 54.)*

El antiguo Castillo de Bellver, rodeado de árboles y de cielo.





Por este claustro gótico de airosa arquería paseó fray Junípero y soñó en América.

MALLORCA

UN POEMA TALLADO EN PIEDRA

EL REAL CONVENTO DE SAN FRANCISCO, MONUMENTO JUNIPERIANO

Enclavado en la ciudad vieja de Palma de Mallorca, el Real Convento de San Francisco es todo un poema tallado en piedra que pregona, al margen del tiempo, la fama de su prestigio.

Su fundación está estrechamente ligada a la historia balear. Era el propio rey Don Jaime II, quien en 31 de enero de 1281 colocaba la primera piedra de la ingente fábrica, para señalar su devoción a los cruzados de la cuerda y su ternura al hijo primogénito de su nombre, que trocó la corona por la capucha franciscana y ciñóse el cuerpo, hecho a púrpura y armiño, con el sayal del «Poverello» de Asís.

En su proyección histórica, el Real Convento vino a ser emporio de ciencia y espiritualidad, que trascendió las lindes de las fronteras patrias. Bien se expresan las crónicas franciscanas al decir que la iglesia «es una de las más famosas que tiene la Orden seráfica, y el convento es tan insigne, que se cuenta entre los más principales de nuestra religión».

Bajo las bóvedas de la anchurosa nave gótica —arquitectura de nervios y de sensibilidad—se dieron las más férvidas manifestaciones de fe en el misterio de la Inmaculada, cuando no era todavía dogma, alentadas por el espíritu de su primer defensor, Ramón Lull. Aquí, a la tibia claridad cernida por los vidrios de sus grandes ojivas, se defendían solemnes tesis doctorales y encumbradas disquisiciones lulianas.

En torno a la grácil silueta de la torre, que se yergue a los cielos con cierto aire de minarete moruno, la ciudad volcó también el ritmo convulso de su vida, llegando en mal hora a dirimir, dentro del sagrado recinto, sus contiendas de partido al filo de la espada.

A la sombra de sus muros, rebozados de pátina y silencio de siglos, reposan, en espera del gran día, obispos y doctores, frailes insignes, próceres famosos... Al conjuro de sus nombres revive la mejor parte de la historia mallorquina. Completa esta teoría de egregias figuras, encabezada por el Doctor Iluminado, el nombre de Junípero Serra, que aparece en una reciente inscripción conmemorativa de su partida para las misiones (1749-1949).

En Junípero Serra y Ramón Lull se compendia la brillante trayectoria del Real Convento de San Francisco. Nadie ha encarnado más plenamente que ellos la estructura del alma de su raza. Hijos los dos de ese pedazo de tierra abrazado por el mar que es Mallorca, midieron con su cayado nuevos horizontes, dejando jirones de su vida en los africanos roquedales el mártir de Bugía y arrastrando su pierna coja, con el polvo de todos los caminos de la Nueva España adherido a sus sandalias, el patriarca de California.

Es aquí, junto al sepulcro alabastrino de Lull, donde el fraile andariego presintió el milagro de una *Arcadia* florecida a orillas del Pacífico.

"Aquí el fraile andariego presintió el milagro de una Arcadia florecida a orillas del Pacífico"

EVOCACION DE FRAY JUNIPERO

Era todavía un niño cuando Miguel José se presentó en la portería del Real Convento solicitando el ingreso en la Orden seráfica. Al verlo tan flaco y débil, el padre Antonio Perelló, provincial de los franciscanos, estimó conveniente diferir la admisión. Dirigióse el fervoroso aspirante en intenso ruego a Dios para que se abreviaran los días de espera. Y el 14 de septiembre de 1730, cuando el otoño deshojaba las flores de sus dieciséis primaveras, Miguel José tomaba el hábito en el convento de Jesús, extramuros de la ciudad.

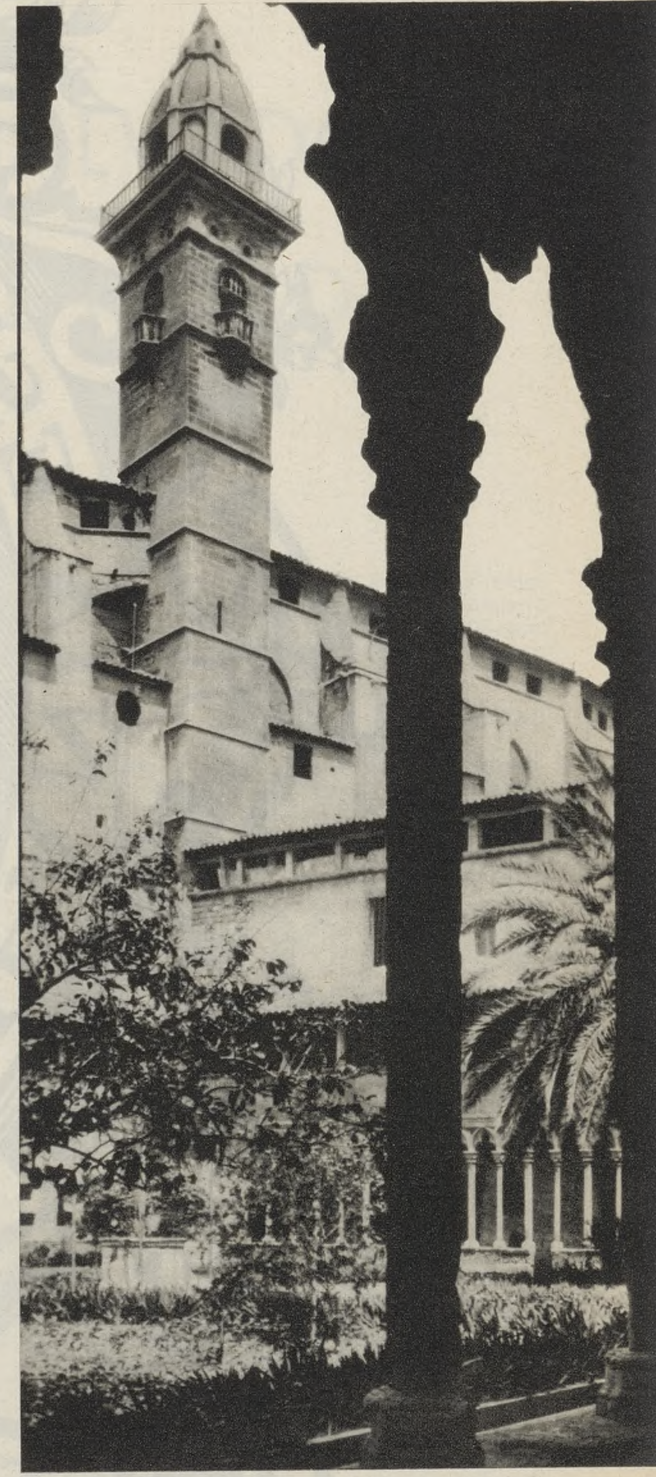
Tras fecundo año de noviciado, siguió la profesión, que marca un hito en la vida del civilizador de razas y pueblos. «Con la profesión—decía él más tarde—logré la salud y fuerzas, y conseguí el crecer hasta la estatura mediana.» Ocultó su nombre de pila bajo el de Junípero, para presentarse a los hombres como otro «juguetillo de Dios» con las sublimes insensateces del ingenuo compañero de San Francisco. Su rostro ansioso, bajo la parda capucha, apareció desde entonces transfigurado por la llama de conquista que le consumía. En la emoción de aquel día «por el que le vinieron todos los bienes» hemos de buscar el impulso vital de su magna empresa.

Cuando se presentó de nuevo al Real Convento, para estudiar Filosofía y Teología, no era el diminuto y enfermizo aspirante de antaño, sino el gran apóstol en ciernes, que llevaba en sus manos la semilla de un mundo nuevo. Su larga estancia de dieciocho años revive en el silencio evocador de esos muros, que un día se estremecieron por la prisa de su sandalia caminante.

Con fervor novicio se entregó a la disciplina escolástica, ostentando, antes de ser sacerdote, el título de lector y doctor en la Universidad del Reino. Parece aún resonar, bajo las lobuladas tracerías del viejo claustro, la palabra encendida del joven lector platicando con el rumoroso enjambre de discípulos en número de más de sesenta.

De cara al mar sin límites aprendió a ansiar los caminos de los misioneros franciscanos, cuya vida se sabía de memoria por las sencillas crónicas, llenas de color y fuerza, de persuasión y ternura.

Aquí, en el retiro de su celda, preparaba las sutiles lecciones de su cátedra de Prima de Teología Escotista. En aquella silla del *(Pasa a la pág. 54.)*



Con cierto aire de minarete árabe, la esbelta torre de las campanas, en la iglesia de San Francisco.



"CERVANTES, S. A."

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Avenida de Calvo Sotelo, 6

MADRID

☆

VIDA • TRANSPORTES • INCENDIOS • ACCIDENTES INDIVIDUALES Y DEL TRABAJO

RESPONSABILIDAD CIVIL • AUTOMOVILES • ROBOS • REASEGUROS

EL ARCHIDUQUE LUIS SALVADOR UNA FIGURA DE LEYENDA

Por GASPAR SABATER

No se puede hablar de Mallorca sin hacer referencia al archiduque. Está tan íntimamente unido a ella—a su geografía, a su historia, a su arte, a sus hombres—, que sin él es muy posible que el conocimiento de la isla, por parte de propios y extraños, hubiera sido muy distinto del que ahora tenemos. A él debe Mallorca el conocimiento de muchos aspectos de su historia y de sus costumbres que, sin su preocupación constante y meditada, no hubieran florecido en la forma como lo han hecho, y a él debe también el que la isla entrara a formar parte del mundo turístico internacional.

EL ARCHIDUQUE ERRANTE

Bartolomé Ferrá, el escritor y pintor mallorquín, escribió un libro sobre el archiduque Luis Salvador con el sugestivo título de «El archiduque errante». El título es muy adecuado y muy expresivo. Luis Salvador fué, en verdad, un archiduque errante. La mayor parte de su vida —cuando no disfrutaba de la soledad de Miramar—la pasó vagando de un sitio para otro a bordo de su yate «Nixe» y visitando periódicamente los principales puertos del Mediterráneo, entre ellos los de Grecia y Egipto, cuando no daba la vuelta al mundo, como hizo varias veces. Su insaciable curiosidad intelectual iba desde la Historia a las costumbres y desde los conocimientos geográficos a los propios de las ciencias naturales. Para él no había nada que careciera de interés. Todo era cuidadosamente anotado y todo cuidadosamente archivado. Erwin Hubert, el pintor austríaco que fué durante muchos años su secretario para los asuntos literarios, podría decirnos mucho a ese respecto. De todas sus andanzas y correrías sacó siempre Luis Salvador fructíferas enseñanzas. Ora era un conocimiento histórico, ora una aportación científica, ora una tradición puramente oral, que su voracidad iba almacenando con paciencia benedictina.

De su paso por los distintos países visitados tenemos documentos escritos, interesantísimos todos ellos, que nos muestran la tremenda inquietud intelectual de este hombre. «Túnez, cuadro de la vida en el Africa Septentrional»; «El golfo de Buccari-Porto Re»; «Leuconia, capital de Chipre»; «Las islas de Lipari», «Una excursión por el golfo de Corinto»; «Los servicios del Adriático»; «Viaje en yate por las Segrtes»; «Viaje en yate por las costas de Trípoli y Túnez»; «Los servios en el Adriático; sus tipos y sus trajes»; «Bizerta y su porvenir»; «Una flor del país del oro o Los Angeles en la California»; «La ruta de las caravanas de Egipto a Siria»; «Hobarttowh, capital de Tasmania, o un verano en las antípodas»; «Helgoland, bosquejo de viaje», y «Alrededor del mundo sin querer», son muestras de ese afán viajero que le dominó durante toda su vida.

SU VENIDA A MALLORCA

El año 1867 marca en la historia de Luis Salvador un momento decisivo. Es éste el de su llegada a Mallorca. Luis Salvador de Habsburgo-Lorena y de Borbón, hijo del último gran duque de Toscana, vino a Mallorca en circunstancias especialísimas. Contaba apenas veinte años de edad cuando arribó a las costas mallorquinas a bordo del vapor «Jaime II». Los motivos del viaje han quedado sepultados en el misterio. Hay quien los atribuye a su deseo de viajar. Otros afirman ser el motivo el hastío que le producía la vida cortesana, en la que necesariamente, por su condición y por su linaje, tenía que desenvolverse. Otros, finalmente, hablan de un amor frustrado que sumió al joven en una dulce melancolía, cuyo signo externo fué el celibato que le acompañó de por vida. Sea uno u otro el motivo de dicho viaje, lo cierto es que en aquel 1867 Mallorca, por obra y gracia de aquel joven de veinte años, de noble estirpe y ojos soñadores, se abrió por vez primera al turismo, mostrando a los extraños los encantos que posee y de los cuales puede sentirse gozosa. No en balde los poetas la han cantado en todas las lenguas y la han trasladado a sus telas pintores de todas las latitudes.

El nombre del archiduque Luis Salvador queda desde este momento unido a Mallorca para siempre. Al palaciego que tan mal le iba la vida de palacio Mallorca le dió lo que él prefería: el aislamiento, la soledad, el reposo. El enamorado y el artista hallaron belleza por doquier y motivos más que suficientes para calmar su sed y su ansia de perfección. El hombre abierto a todas las formas del saber halló una rica cantera histórica, una sana tradición y un archivo considerable de arte y poesía. Puede decirse que Mallorca ganó desde el primer momento el corazón del archiduque y ya no le fué posible separarse de ella. A partir de entonces la vida de Luis Salvador toma un rumbo definido: conocer Mallorca, deleitarse con sus bellezas, estudiarla ampliamente —en todos sus aspectos y en todas sus facetas—y amarla intensamente. He aquí un programa de actuación al que permaneció fiel durante toda su vida.

MIRAMAR

Este nombre evoca muchas cosas. Muchas, y todas ellas muy interesantes para la historia mallorquina. Miramar fué la residencia preferida del archiduque. De todas sus propiedades—Luis Salvador era propietario de todas las fincas situadas a lo largo de la costa entre los pueblos de Valldemosa y Deyá—era ésta la más querida. Se comprende esta preferencia. Miramar tiene muchos encantos. A los propios de la naturaleza—uno de los lugares más bellos de la isla—hay que unir el encanto, la poesía y la historia de que está impregnado este bello rincón de la tierra mallorquina. En Miramar fundó Ramón Lull, en 1276, un Colegio de Lenguas Orientales, destinado a la formación de los misioneros que debían ejercer su ministerio en tierras de Berbería. Y en Miramar también instaló Nicolás Calafat, en el siglo XV, la primera imprenta que funcionó en Mallorca. Razones estas por las que el archiduque, tan amante de las bellezas naturales como de la Historia y de la tradición, hiciera de este sitio el centro de todas sus actividades y el lugar destinado a sus horas de meditación y reposo.

El predio de Miramar se halla enclavado en la ladera del mar, en la falda misma de la cordillera que se extiende desde Andraitx hasta Formentor, y que atraviesa la isla de norte a sur. Es uno de los lugares más deleitosos de la isla, y la vegetación se muestra propicia. Situado en la costa, a igual distancia de los pueblos de Valldemosa y Deyá, tiene un aspecto salvaje. El archiduque la hizo objeto de sus preferencias, haciéndola su residencia permanente. En Miramar trabajaba el archiduque en su producción literaria y en Miramar recibía a los viajeros ilustres que venían a Mallorca para visitarle.

Miramar fué también escenario de las fiestas que en honor del Doctor Iluminado organizó el archiduque con motivo de cumplirse el sexto centenario de la fundación del Colegio de Lenguas Orientales. La difusión de la obra de Ramón Lull adquirió con ello un poderoso impulso. En Miramar congregóse lo más destacado de la intelectualidad mallorquina para rendir homenaje a la egregia figura de Ramón Lull. Con este motivo hizo construir Luis Salvador, sobre un atrevido peñasco, una capilla dedicada al autor de «Blanquerna».

Eso fué para el archiduque el predio de Miramar. Rubén Darío, el gran vate hispanoamericano, que halló en Mallorca la paz espiritual por él tan necesitada, escribió unos bellos versos sintetizando esta significación. Llevan por título «Miramar», y forman parte de su celebrada «Epístola a Madame Lugones». Dicen así:

Hay no lejos de aquí un archiduque austríaco
que las pomas de Ceres y las uvas de Baco
cultiva, en un retiro archiducal y egregio.
Hospeda como un monje,
y en su hospedaje es regio.
Sobre las rocas se halla la mansión señorial
y la isla le brinda ambiente imperial.
Es un pariente de Juan Orth. Es un atrida
que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto
que aprovecha la orilla del mar en secreto.

SU OBRA LITERARIA Y CIENTIFICA

Luis Salvador fué, a más de un amante contemplativo de la naturaleza, un trabajador infatigable. La lista de sus libros es considerable. Pasan de sesenta los títulos de sus obras. Escribió principalmente libros de viajes. Pero no libros meramente descriptivos, sino libros en los que a la mera descripción de los paisajes se une el estudio de su historia, su geografía, su arte y sus costumbres. Ciñéndonos a Mallorca, cabe destacar, en primer lugar, la monumental obra, escrita en alemán, «Die Balearen in Wort und Bild geschildert», impresa en Leipzig, y que, traducida al español por don Santiago Palacio, vicecónsul de España en Berlín—y revisada posteriormente por don Francisco Manuel de los Herreros—, consta de siete tomos infolio, alguno de ellos de

HOTEL - RESTAURANTE

EL PATIO

Selecta cocina francesa y española
Distinguido ambiente
Todo confort

Gomila, 5 - Teléfonos 1035 y 4803
PALMA DE MALLORCA

NACIONAL HOTEL

1.ª Categoría

Junto al mar y Campos de tenis
Piscina particular

Paseo Marítimo - Teléf. 3892 - Cable: Nalhotel
Palma de Mallorca

HOTEL DUX



Pequeño y acogedor
1.ª Categoría
A la orilla del mar

Palma de Mallorca



Todas las habitaciones con cuarto de baño, calefacción central y teléfono - Servicio de ascensor

Dirección Postal: HOTEL NORAY - IBIZA
(Baleares)

Dirección Telegráfica: NORAY

Centralita telefónica 216

BALCON ABIERTO A LA MARAVILLOSA BAHIA DE IBIZA Y A LA CIUDAD

Salón Social - Bar - Terrazas

BAR-RESTAURANTE

BAGATELA - CABIROS

Vara de Rey, 13
Teléf. 174 - **IBIZA**

Sucursal en San Antonio
Carretera a San José

PARA SUS VACACIONES
EN LA ISLA DE IBIZA

HOTEL SAN ANTONIO



112 habitaciones
Junto a la incomparable
bahía de San Antonio

Calle Miramar, n.º 1
SAN ANTONIO
Teléf. 8

HOTEL BAHIA

SAN ANTONIO ABAD (IBIZA)



Espléndida situación sobre la bahía. Piscina - Tenis - Calefacción central - 25 habitaciones con baño individual

---

Hotel Panoramic

TODO CONFORT

PLAYAS CALAMAYOR



PALMA DE MALLORCA (Baleares)

más de 600 páginas, bajo el título de «Las Baleares, descritas por palabras e imágenes». Esta obra fué la preferida y la más estimada por el archiduque y la que debemos considerar como su más importante. El hecho de que sea la única de sus obras aparecidas bajo su nombre—sus restantes libros son anónimos—y la dedicara a su primo el emperador Francisco José, dice ya de esa preferencia y de esa estimación.

Otras obras suyas sobre Mallorca son las tituladas «Torres de vigilancia de Mallorca», «Contribución al conocimiento de la fama de los coleópteros de las Baleares», «Rondayes de Mallorca», «Voces de origen árabe en la lengua de las Baleares», «Catalina Homar», «Lo que algunos quisieran saber», «Indicaciones a los que visitan Miramar», «Los castillos roqueros de Mallorca; historia y tradición», y «Somnis d'estiu ran de mar», en mallorquín esta última, lengua que el archiduque hablaba a la perfección. Este es el balance de la labor literaria y científica que nos dejó a su paso por la isla.

LEYENDA Y FANTASIA

En torno a la figura del archiduque, durante su estancia en Mallorca, se ha creado una leyenda, que, por lo precisa, lleva carácter de convertirse en historia. El archiduque era un ser de excepción. Ello implica unos usos y unas costumbres distintos del conjunto general de los mortales. De ahí precisamente el origen de esta leyenda. Sin embargo, el archiduque fué protagonista de muchos hechos que, aun siendo ciertos, nos parecen, vistos ahora, en perspectiva, hijos de la pura fantasía.

De carácter sencillo, gustaba de conversar con la gente humilde, y lejos de rodearse de lujo y ostentación, vivía de manera severa, casi ascéticamente. Un tanto descuidado en el vestir, nadie hubiera dicho de su condición. A ese respecto se cuentan escenas muy curiosas. Quería guardar siempre el incógnito y pasar inadvertido. En más de una ocasión fué confundido con su secretario. Antonio Vives—secretario que fué del archiduque durante toda su vida y al que legó éste al morir su cuantiosa fortuna—era tomado por el verdadero señor y Luis Salvador por un simple criado suyo. Eso le agradaba sobremanera. No invocaba nunca su condición, y su única preocupación era pasar inadvertido.

Esta manera de ser suya dió pábulo a esa leyenda, que va poco a poco disipándose y que acabará por desaparecer.

COLOFON

Eso fué el archiduque. El hombre que, lejos del mundanal ruido, dedicóse a su obra y a sus viajes—necesarios para las primeras—, ahito de soledad y de paz. En Mallorca encontró la paz ansiada y en Mallorca—en Miramar, más concretamente—dió forma a sus obras, en una entrega total y desinteresada. De ahí nació esta íntima compenetración entre Luis Salvador y Mallorca. Sin Mallorca, difícilmente hubiera podido llevar a cabo el archiduque su gran obra literaria y científica, y sin él, difícilmente también hubiera entrado Mallorca a formar parte de ese turismo internacional que hoy la busca y desea. El fué el «pionero» de ese conocimiento de la isla y su verdadero desinteresado descubridor.

PALMA, LA CAPITAL

CUENTAN las crónicas que el emperador Carlos V, al visitar en 1541 la capital de las Baleares, en su desgraciada expedición contra Argel, tan grata impresión le causó la ciudad, que dijo haber encontrado un oculto e ignorado reino.

La muy noble y leal ciudad de Palma fué visitada en el siglo pasado por ilustres viajeros, que dijeron ser una población bella y acogedora, de vida reposada, que con sus costumbres patriarcales y vetustos edificios parecía haber alargado la Edad Media hasta la Epoca Contemporánea. Pero la ciudad de aquellos escritores románticos que la descubrieron para el turismo ha sufrido honda transformación en todos sus aspectos y hoy día es uno de los centros turísticos más importantes del Mediterráneo. El gran número de extranjeros que deambulan por sus calles y plazas le da la categoría de población cosmopolita.

Palma es residencia obligada de los turistas que llegan a Mallorca atraídos por las bellezas naturales de la isla. Su privilegiada situación, junto al mar y asomada a una de las más bellas y dilatadas bahías del mundo, parece que se recrea contemplando su silueta en las aguas azuladas, bajo un cielo purísimo y de gran luminosidad.

Fundada por los romanos, siguió luego las vicisitudes de la Historia. Conoció el dominio de los bizantinos, vándalos y árabes antes de ser conquistada por el rey Jaime I e incorporada, como capital del reino de Mallorca, a la corona aragonesa.

En las últimas centurias del medievo la Ciudad de Mallorca, como así era llamada entonces, llegó a ser un próspero emporio mercantil. En su puerto recalaban las naves que del Mediterráneo oriental y medio se dirigían a occidente, y de aquella época de esplendor y pujante comercio queda como testigo la magnífica Lonja, hoy solitaria, en un tranquilo barrio que antaño conoció el bullicio y ajetreo cuotidiano de calafates, toneleros, marinos, pescadores, mercaderes y gentes de razas exóticas.

Si en aquellos lejanos tiempos Palma veía llegar las naves con las velas henchidas y las bodegas repletas de ricas mercaderías, hoy contempla los modernos titanes del mar, que le traen legiones de turistas.

Como población de abolengo histórico, conserva su tesoro arqueológico monumental: la magnífica catedral gótica, de espaciosas naves, que por su grandiosidad sobrecoge el ánimo del que por primera vez la visita; la Lonja, joya del arte gótico civil mediterráneo; el castillo de Bellver, emplazado en lo alto de una colina dominando la ciudad; el puerto y la bahía; los palacios señoriales dispersos en recoletas y estrechas calles; el convento de San Francisco, que guarda los restos del bienaventurado Ramón Llull, el gran fracasado de nobles y altas empresas misionales, y por cuyo claustro conventual deambularon, con el breviario en la mano, el padre Junípero Serra y otros religiosos antes de emprender el vuelo evangelizador hacia las tierras californianas; la Casa Consistorial, con monumental fachada barroca; unos baños árabes y una puerta del desaparecido recinto amurallado de la Almudaina, recuerdan la Medina Mayurka de la dominación islamita, y tantos otros edificios monumentales que tienen sus piedras embebidas de historia patria.

Los aledaños de Palma tienen su encanto, con sus tierras esmeradamente cultivadas y los caseríos, que dan alegría al paisaje. Desde la terraza del castillo de Bellver o en lo alto de la loma de la Bonanova se divisa una dilatada panorámica de sorprendente belleza, dominando la inmensa azulada bahía; la ciudad, con la gran mole de la catedral, de muros seculares requemados por el sol; los dispersos caseríos en la llanura o recostados en las laderas de los montes; los barrios residenciales bordeando el mar, cuajados de hoteles y residencias, todo ello bajo el cielo luminoso mediterráneo y envuelto en el más variado colorido.

Palma es un municipio, capital de las Baleares, que cuenta con 341.000 habitantes. Su Ayuntamiento, en su afán de superación, no regatea esfuerzos para hacer frente a los problemas que plantean las ideas urbanísticas modernas, y está llevando a la realización el plan de reformas urbanas que tiene aprobado. Un Patronato vela por conservar el carácter de las zonas declaradas histórico-monumentales, enclavadas en el casco de la ciudad antigua.

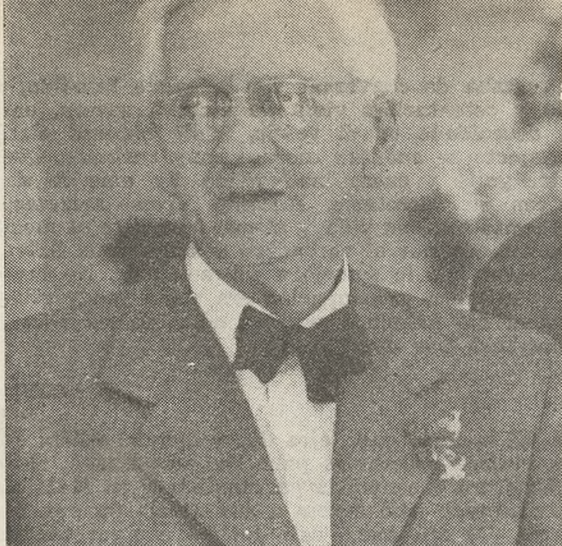
Palma es una de aquellas ciudades—según expresión del ilustre escritor francés Francis de Miomandre—que uno quiere con pasión sin saber por qué, y sólo oír su nombre embelesa.

Juan MUNTANER
Cronista oficial de la ciudad

DIVULGACION MEDICA

DE LOS ANTIBIOTICOS AL "APIDYK" O LA DROGA DE LA FELICIDAD

Por el DOCTOR ERRE



Doctor Fleming, abanderado y glorioso maestro, que inició nuestra era floreciente de los antibióticos.

HACE no más de nueve o diez años, la penicilina era como un ensueño dorado y verdeante de quimeras y esperanzas para millones de humanos esparcidos por todos los ámbitos del mundo. Se aguardaba con angustia la difusión del antibiótico, entonces muy restringido por la carencia de laboratorios que dominaran la técnica de su elaboración.

Se creía—sigue creyéndose—que la penicilina sería capaz de vencer como de un papirotazo a Sansón, Atila y al moro Muza, los tres juntos, si resucitaran.

Llegó, pues, a difundirse, «popularizarse», la penicilina—más otros antibióticos, para sólo citar los básicos: cloromicetina, aureomicina, terramicina, estreptomicina—, y es de reconocer el incalculable número de vidas que ha salvado.

Luego de colmada la urgente demanda mundial de antibióticos, hubo que «seducir» a un gran sector de la clase médica y a un crecidísimo número de pacientes con otros «modelos»...

Es posible que pasen hoy de media centena, todos más o menos eficientes: pero como si patrocinados por Fleming, abanderándole, gloriándole con justicia cada uno de sus respectivos creadores...

Sin embargo, sucedió—está sucediendo—que la inocuidad atributiva de los antibióticos—e incluímos la penicilina—era más aparente que real, sin que por ningún concepto piense nadie que intentamos demeritar a ningún antibiótico.

Pero insistamos en el caso, por ejemplo, de procesos importantes: penicilina contra neumonía; el fracaso era debido por haber sido tratado el enfermo anteriormente a causa de un resfriado común.

Puede asimismo entrañar—para no salirnos de la penicilina—el peligro de resistencia o «penicilino-resistente», aun cuando el enfermo no haya sido tratado jamás con dicho antibiótico, si los microbios, cupiera decir, se alzan insumisos por ley de contagio o herencia de unos a otros. Claro que, a pesar de tales obstáculos, nadie niega—cuando su empleo es bajo control y asesoramiento médico—la maravillosa eficacia de los antibióticos.

Y de pronto he aquí una droga tan maravillosa o fascinante como cualquiera de los antibióticos, mas con la ventaja de una inocuidad absoluta, sin ninguna contraindicación y de una eficiencia profiláctica o preventiva contra la enfermedad. Esto es, se cumple con el Apidyk el más esencial postulado hipocrático: precaver sobre curar. Y también, cuando establecidas, cortar, casi como a cercén, no pocas enfermedades.

Pero vayamos escalerilmente para descorrer la teoría.

Hace unos meses mi casa era un pequeño infierno, esos menudos y angustiados infiernos cuando la enfermedad, más o menos sobrellevada por el humor o la resignación, y acaso por un estado perenne de irritabilidad, anida en tantos hogares. Y sabido es que si no hay hombre grande para su lacayo, es por desdicha frecuente que no hay médico—ni pequeño ni grande—para su propia familia. Sobre todo si uno procede, como es natural, sin cientificismos o dogmatismos, de los que a veces hay que hacer uso para persuadir a determinados enfermos.

El tío José—ochenta y dos, medio inválido por una poliartritis reumática—era emplazado un día y otro por mi hermana para que fuese «al Apidyk».

—O como al Canfranc, ¿no?

—Pues no, tío. Si el Apidyk es la mejor fórmula que se ha descubierto de la Jalea Real. El Apidyk está de moda y lo tenemos en esas treinta colmenas de nuestra finca.

Como es de ver, «el panorama» era invernal. Para eso estábamos, en nuestro piso de los altos de la calle de Alcalá, finalizando enero.

Al chico, sobre cabalmente aplicado, le atiborraba de compuestos fosfóricos; al tío José le sostenía con dosis periódicas de cortisona; incluso a mi hermana le trataba una emboscada coronaritis; nuestra Raimunda—veintiocho años, nueve a nuestro servicio de intachable fidelidad—fué vigilada sostenidamente por el eminentísimo dermatólogo Sainz de Aja. Se le hicieron repetidas investigaciones serológicas—valga decir—«en todas las direcciones». Nada. Sabido es que todos los eczemas—cuando no episódicos—tienen un subfondo glandular. Pues ni con reactivaciones hemológicas, hormonas, vacunas..., cedió el rebeldísimo eczema en los siete años que le ha padecido.

Yo mismo, que habitualmente me suele llevar un par de horas un trabajillo, notaba en días que no me «carburaba» la pluma. Una sensación de vaciamiento, de oquedad.

En esto, coincidente y providencial, un compañero me habló seriamente del Apidyk.

En la clínica de Blanco Soler y por otros rincones que uno anda se hacían muchos comentarios, ciertamente si eclépticos—«puede ser, no puede ser»—, en el fondo expectativos, en torno a la Jalea Real. Con la natural cautela—si paciente, impaciente—dejé transcurrir unas semanas. Supe que la mayoría ya ensayaban, casi clandestinamente, como en sordina, el Apidyk. Y empezaban a pintar los oros o el palo de los triunfos: quién obtuvo inmejorables resultados en la enfermedad de Parkinson, quién resolvió favorablemente una poliartritis reumática o un artritismo degenerativo, o quién venció, como en juego de magia, una convalecencia tórpida...

Y por contera me animó un nombre, y—ya se verá—luego, el hombre.

Un López Quijada fué un amigo no muy lejano de mi juventud.

Fuí resueltamente al Laboratorio Dykinson.

Si frustrada la suposición, este López Quijada—un mozo poco más allá de la treintena, efusivo y modesto, como quien esparce su ciencia pródigamente a quienes llegan—sobrepuso intuitivo a mi curiosidad o buceo previsor el secreto caso de mi angustia.

Fué una charla de médico a médico, fraterna; tras los primeros minutos de iniciada, proseguida como si aquí empezase.

—Usted, querido compañero, viene más como enfermo que si dijéramos «en doctor».

—Pues sí, querido y amigo doctor.

Expuse concisamente, sobre mi caso, el de los míos, y luego este bueno y comprensivo doctor López Quijada, en muy sincerísimas palabras, sin ambages y eufemismos—exentas de las feriales ponderaciones que suelen atribuirse a ciertos remedios—, me dijo «la verdad» escueta y sencilla de la Jalea Real.

Es preciso resumir en breves renglones su convincente y larga exposición:

—Digamos en primer término: «El Apidyk, preparado en polvo, exento absolutamente de agua, liofilizado a la manera del plasma humano y de las modernas vacunas, es un compuesto puro de Jalea Real, que únicamente nuestro Laboratorio Dykinson ha conseguido. Carece de contraindicaciones, y es de alegar, con la mano al pecho, que no está creado para combatir una determinada enfermedad, sobre todo si es de origen microbiano, sino para tender y ceder al organismo enfermo una sólida base regenerativa en los estados generales deficientes, reactivando las funciones glandulares debilitadas o agotadas hacia una sensación de inefable bienestar. Por lo cual las indicaciones principales del Apidyk, y a tenor de una dilatada y minuciosa experiencia clínica, son: agotamiento físico e intelectual, senilidad, envejecimiento precoz, retardos del crecimiento, trastornos de la edad crítica—puberal y climatérica—, anemias, anorexias, convalecencias tórpidas y astenizantes. Ahora bien, si en cuanto he mencionado está indicadísimo el Apidyk, puedo garantizarle, por nuestras experiencias clínicas, una muy acusada mejoría en las poliartritis reumáticas, artritismo degenerativo, enfermedad de Parkinson, úlceras crónicas, eczemas rebeldes... Y dejémoslo en suspensivos, pues que, naturalmente, por ambición lógica en investigadores y clínicos, aspiramos a combatir con el Apidyk otras manifestaciones de la enfermedad.»

He aquí, muy concisamente, la magistral disertación del ya nuestro venerado López Quijada. Y muy venerado, pues en ese puente de febrero a junio, en este actual de julio, entró como de lleno y de rondón la felicidad en mi casa.

Mi hermana dice que se juega lo que le pertenece de la finca y sus ahorros a quien le demuestre clínicamente tener más de treinta y cuatro años. Su coronaritis ha evolucionado tan favorablemente, que ni cardiogramas ni el fonendo acusan el menor vestigio de lesión cardíaca.

Mi chico, sometido a un plan contra reloj de textos y prácticas, merced al Apidyk ha ingresado en Arquitectura. La inapetente se come «todo lo que sale a la mesa» y lo que previsoramente se trae de la calle, por si es poco «lo que sale».

A nuestra buena Raimunda sólo cuatro frascos de Apidyk—como en una milésima parte de tiempo, dinero y situación depresiva o moral martirio—le han dejado la piel, por indudable restauración o equilibrio íntegro glandular, como el raso y la seda. Su alegría, su rejuvenecimiento, su remozada belleza, es algo tan asombroso e impresionante, que nosotros y toda la vecindad perdonamos el vasto e increíble repertorio de su incesante cantar. ¡Porque tiene una laringe...!

Total: cuatro frascos de Apidyk para, de una chacha melancólica y complejada, «sacarse» prestímanamente—«Nada en esta mano, nada en la otra»—la más folklórica de las de artesa y fogón.

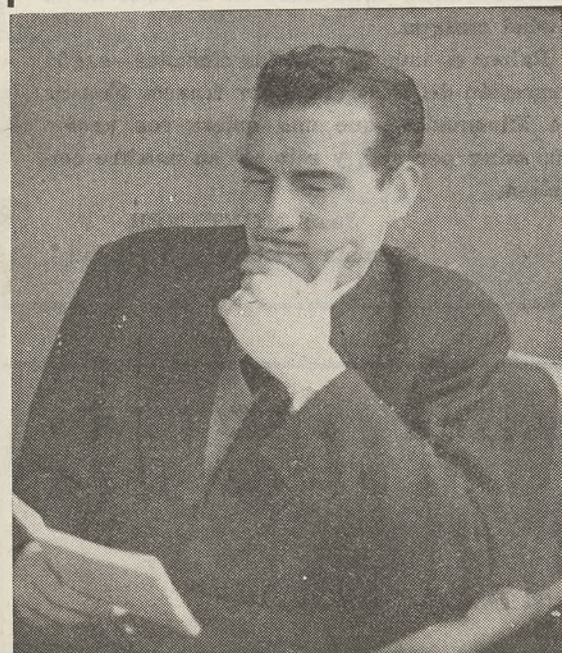
El tío José, no es que juegue al fútbol, pero se da unos toles por esas calles como si ahora recordara sus tiempos de agente comercial.

Y uno—que soy yo—no es que «dibuje» o escriba mis artículos mejor que antes. Seguramente siempre los hice mal. Pero, por lo menos, me salen de un tirón, en «sólo» un par de cigarrillos. Como toso menos, se me hace que dejo «para luego» el temible cáncer de pulmón.

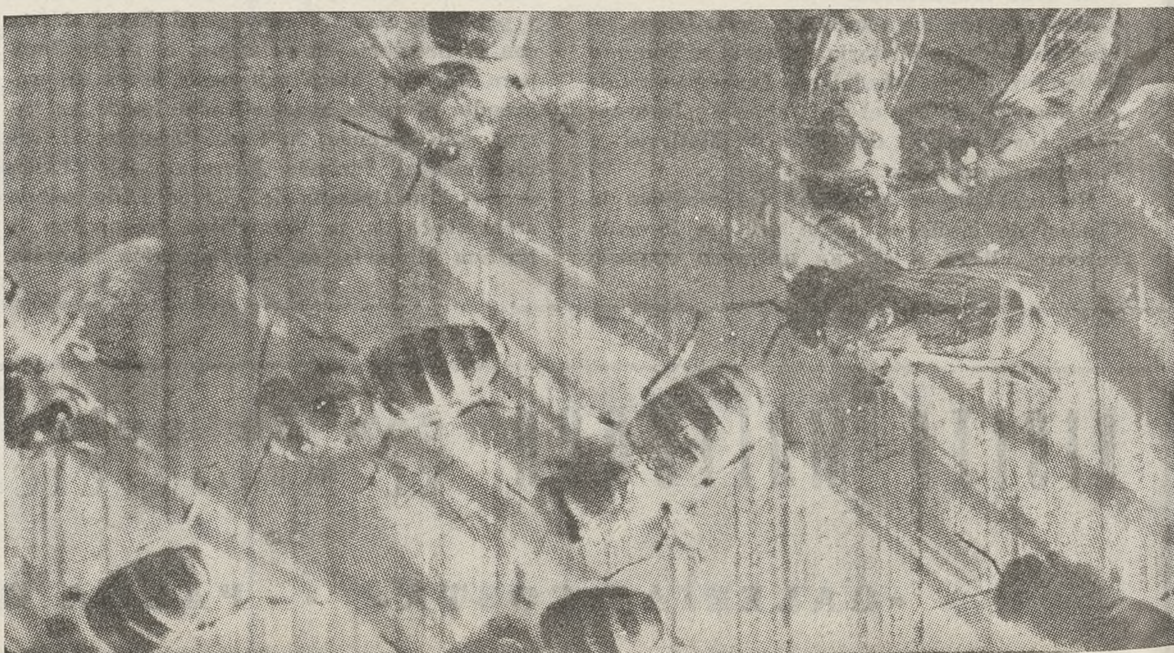
En resumen: ¿se puede o no llamar al Apidyk Droga de la Felicidad?

DOCTOR ERRE

Doctor López Quijada, de una reconocida solvencia en cuantos problemas ha planteado la Jalea Real, esencialmente integrada por el preparado Apidyk.



He aquí el maravilloso manantial inagotable del más actual y eficiente de los progresos médicos: hacia la salud, hacia la belleza, hacia una más larga existencia.



Manolete murió en Vitoria el día 4 de agosto de 1947

Por GREGORIO DE ALTUBE

SIN considerarlo insólito, creo poco frecuente que un Notario en ejercicio se ocupe en escribir de temas taurinos. Por ello, y para tranquilidad de los puritanos que nos quieren revestidos de un estado semieclesiástico, me apresuro a justificar tan insospechada intervención. Antepondré, como jurista, una Exposición de Motivos que explique el título de mi trabajo con razones mejores a la sensacionalista que los lectores le puedan suponer, y, sobre todo, si con el título prometo un testimonio, persigo un objetivo tan aproximadamente profesional, que espero me consientan esgrimir el arancel.

Y con lo dicho, al grano; mejor expresado, "al toro", por ser precisamente Don Juan Belmonte quien va a procurarme la explicación.

Cuando este diestro singular escandalizaba con sus primeros y detonantes éxitos en las plazas pontificales de Sevilla y de Madrid, los aficionados diplomados, es decir, los *entendidos*, sostenían con criterio inapelable, y en su mayoría con corbata de lazo, que no se podía torear, por ser del toro, en el terreno que Don Juan Belmonte, ante sus ojos y narices, toreaba. Tan autorizada opinión me recuerda la anécdota supuesta a un brigadier que recorría un campo de batalla con el gráfico en una mano y un guía lugareño a la vera de la otra.

El soldado decía:

—Aquí tiene que haber un montecillo.

El rústico disentía:

—No, señor, aquí no hay un montecillo.

—Pues tiene que haberlo—insistía el militar—, porque lo pone el mapa.

—Pues estará equivocado el mapa—replicaba el práctico.

—Imposible—concluyó el brigadier—, estará equivocado el terreno, porque el plano es de los del Estado Mayor.

El cuento no dice más y su falta de moraleja me obliga a recordar que Belmonte, ante la alegada y autorizada opinión, no sólo no se calló como el rústico, sino que, ciñéndose en la expresión tanto como en la media verónica, dejó escritas las siguientes líneas: *El toro no tiene terrenos porque no es un ente de razón y no hay Registrador de la Propiedad que pueda delimitárselos.* Esta inesperada cita de nuestros casi siameses compañeros me obliga a salir por los fueros de la fe pública acreditando, para que no se generalice la exclusión, cómo los notarios podemos atestiguar lo que en tales terrenos ocurre.

En rigor de verdad, es el encargo que yo recibí de una comisión vitoriana organizadora de un homenaje a Manolete, que, con muy adecuada sencillez, se celebró en la capital alavesa, y procedía, porque su muerte produjo en Vitoria tan dolorosa impresión como en la más sentida de las localidades españolas. No era el de Vitoria un público mayoritario ni entusiásticamente manoletista, pero mediaban razones circunstanciales para que el duelo de ese público tuviera un pliegue especial.

Exponerlas es el objeto que persigo como único medio de dibujar, con inédito perfil, un trabajo sobre tema, cual el taurino, tan generalizado por toda la escala de los ingenios españoles.

Cuando el sonoro caer de la losa que cubre el cuerpo del infortunado lidiador perseguía un eco en tantos campanarios de España, unos apasionados locales, quiero decir vitorianos, propusieron la celebración de una misa en sufragio de su alma. La iniciativa fué secundada tan multitudinariamente, que quienes de costumbre asistimos a misa observamos en aquella misa la presencia de gentes que nunca habíamos visto en misa. He ahí un aspecto catequístico, imprevisible en el desaparecido torero, que puede prestigiar el ángulo moral del espectáculo taurino.

Animados por el éxito, los organizadores del homenaje proyectaron la colocación de una lápida evocadora del gran torero en una de las dependencias de nuestra plaza de toros, y en su modelado les alcanzó el subsiguiente invierno. La amistosa benevolencia de los iniciadores me había confiado la dedicación oral del bronce, y si el acto hubiese padecido la austera desnudez de la época invernal, yo, brevemente, como lo exige el frío, me hubiera producido en estos o parecidos términos:

"Posiblemente, muchos vitorianos nada aficionados a las corridas de toros juzguen este candoroso y dolorido homenaje a la memoria de un lidiador como un acto poco serio, y, sin embargo, nosotros, al colocar esta lápida en el edificio que sirve para festejar las horas más alegres de nuestros más alegres días, lo hacemos no en honor a un torero, sino en honor a la seriedad de un torero.

"En todos los órdenes de la vida se puede ganar altura; pero así como hay funciones que parecen atribuir prestigio incluso a un títere si las desempeña, hay profesiones, entre ellas la de hacer títeres o la de matar toros, en las que sólo puede lograrse el prestigio al precio del acierto, de la gracia y de la vida.

"Mas no filosofemos, pues nos hemos reunido aquí para dedicar un cariñoso homenaje al recuerdo de don Manuel Rodríguez Sánchez, Caballero de la Cruz de Beneficencia y Caballero, también, de la Triste Figura, porque en el semblante de Manolete había ¡siempre! una sombra de pesar, como si la montera fuera el ala de cuervo que la proyectara.

"Recordando la profunda melancolía de aquella caída expresión, el gesto resignado del torero a quien más se le exige, el gesto cansado del triunfador a quien no se le perdona el triunfo, unos cuantos vitorianos hemos venido, en esta dura mañana del invierno, a la plaza de toros, solitaria, gris y fría, para encender en una lámpara de bronce el recuerdo emocionado de quienes le compadecíamos incluso cuando le aplaudíamos."

Estas hubieran sido todas mis palabras; pero la comisión, excesivamente taurina, y algunos de sus miembros, francamente castizos, desdeñaron aquel justo valor de desolación del invernal homenaje, tan acorde con el acto, y lo aplazaron para que, rodeado de la animación de una feria, tuviera, en fecha solemne, el esplendor que perseguían.

Lo consiguieron, pero colocándome a mí en situación parecida, si prescindimos del toro, a la final de la vida torera del ya tan lejano diestro Bombita. La recordaremos.

Había despachado Don Ricardo en la plaza de Madrid, y con fortuna, su último toro. Sonriendo como siempre, satisfecho como nunca, se refugió en la barrera, que no pensaba abandonar. Se había despedido de los azares del ruedo, y, para evitar contingencias, se volvió a Joselito diciéndole: "Yo ya he terminado mi vida de torero. No me ofrezcas banderillas en el último toro." Joselito, que, por entonces, aun albergaba al amor de su coleta los inconvenientes del niño prodigio, le ofreció las banderillas en el último toro. Bombita salió del lance feliz y gallardamente. También a mí, y al creerme libre de todo compromiso, me pusieron las banderillas en la mano, y lo peor es que no pude salir de aquel mal tercio ni gallarda ni brillantemente, porque, hablando de Manolete, es imposible abandonar el tono menor, la languidez de una imagen impregnada de la ya enunciada compasión por aquella su necesaria manera dolorosa, angustiosa de torear. Yo le recuerdo iniciando una de sus faenas ingrávidas, descolorido de traje y de cara, entrecruzando los pies, como quien camina en trance, cuando se oía el silencio, elevando la muleta, para indicarle al sol que siguiera su camino, y manteniéndose estatuario con el ritual de un fakir. ¿Recordáis aquellas sus manos plásticas, lo más aristocrático de su figura, abiertas a la explicación de un arte y modelando un toro que, ya obediente, se limpiaba de la roja sangre barnizada en su triste carne palpitante aunque vestida de oro y seda pálida? Giraban los naturales, solemnes, como si dieran la vuelta a un mundo y aquellas manos lo hicieran en redondo. Seguían manoletinas, su esquelético adorno, ejecutado tan estoicamente que parecía realizarlo con voluntaria torpeza de inválido, para entre-

---

MANUEL Rodríguez, «Manolete», murió en Linares (Jaén) ahora hace diez años. Exactamente, el 28 de agosto de 1947. El título del trabajo que cubre estas líneas no debe conducir a errores. Don Gregorio de Altube tiene sus motivos para afirmar que «Manolete» murió en la plaza de Vitoria el 4 de agosto. Lea el lector. Este interesantísimo trabajo—con el que MVNDO HISPANICO atiende su tradición de recordar cada año la muerte del famoso torero cordobés—ha sido publicado en un bellísimo libro editado por Industrias Gráficas Valverde, de San Sebastián. El libro lleva el acompañamiento de magníficas ilustraciones a todo color de un grupo de destacados pintores actuales, impecablemente reproducidas en offset. De ellas hemos tomado la que presentamos como portada de este número y las que aparecen reproducidas en la página 27.

garse rendido, persiguiendo una cadencia, a la lira de unos cuernos.

En la lenta agonía de aquella noche calurosa de Linares, callaba obstinado el torero, porque no quería que al hombre se le escapara un decir; el herido tenía a flor de labio estas palabras: "Ya sé que ahora todos me aplaudiréis."

No, no puedo remontar el tono de la blanda confidencia, porque ahora veo yo la fiesta de los toros a través del prisma moroso de una plaza de provincia que, envuelta en el atardecer, oye la sentencia de un gran torero. De una plaza de provincia de las que amargamente recuerda Belmonte, por la dura exigencia de un público que quiere verlo todo en una sola corrida. De una plaza de provincia, hoy un poco desfigurada, pero que en más de medio siglo mantuvo la nostalgia de una espadaña. Monástica la juzgó Montherland y austera la conocimos todos con la curva desnuda y sucia de un cántaro terrero. Y es que son, las de provincia, plazas tristes y dislocadas, plazas arrabaleras que piden perdón por el solar que ocupan a unas acacias polvorientas, deslucidas por el sol, en la explanada donde acampan los gitanos.

Pues bien, con esa plaza dormida, redonda como una moneda, contribuye nuestro Vitoria a la fiesta de los toros. Sin duda, no vamos a plantear aquí el problema de la calidad del espectáculo. Somos aficionados y aceptamos las consecuencias harto más consecuentemente que Pérez de Ayala cuando plantea la cuestión, a lo Pilato, en los siguientes términos: *Si yo fuera dictador*—Dios lo remedie—*suprimiría de una plumada las corridas de toros; entre tanto continúo asistiendo. Las suprimiría, pues opino que socialmente son un espectáculo nocivo. Asisto porque estéticamente son espectáculo admirable y porque individualmente, para mí, no son nocivas, antes sobremanera provechosas como texto en donde estudiar psicología del pueblo español.* ¡Magnífico, Don Ramón!, magnífico para los confesores, que pueden deducir de ese criterio una patente de corso; sencillamente, la práctica del pecado como texto de moral.

No, para nosotros la fiesta es bella sin regateos, y porque lo es la presenciamos. Por lo demás, y en lo retórico, ahí está la frase de D'Annunzio que levantó una noche de la cama a un gran torero: "El peligro es el eje de la vida sublime." La verdad, el espectáculo se halla envuelto en sangre, pero no hay otro exponente del riesgo, y en cuanto al público, en el de las plazas, como en el de los Olimpos, caben todas las conductas. Por lo que, dando de lado a la cuestión, regresaremos a nuestra plaza de Vitoria obedeciendo, para salvar criterios opuestos muy respetables, a la teoría del hecho consumado.

REGRESAMOS, pues, a nuestra plaza de Vitoria, a las cinco y cuarto de la tarde del día cuatro de Agosto de mil novecientos cuarenta y siete. No es una tarde de Agosto. En Vitoria, en Agosto, no tenemos tardes de Agosto. Alguna nos regala el mes de Julio, incluso el de Abril; pero en Agosto, lo repito, no tenemos tardes de Agosto. Las nubes en el Norte, quién lo creyera, son amigas de los toros, y a la hora de empezar, cárdenas y redondas, se disputan la perpendicular del ruedo. El viento, hábil galán, coquetea y las coloca, las coloca y descoloca, pues, tonto como galán, cree que algunas de esas nubes están celosas y se suicidan cuando estallan los cohetes. Como al mejor galán, se le escapan ramalazos, que van a dar en el rostro de quien por lucir el traje nuevo despreció la gabardina. Al añorarla, consciente de su imprudencia, traduce con horror el escalofrío de las banderolas y hasta cree que tiritan los carros de los helados; no le sirve de consuelo el presumir de las mulillas relucientes, perdigueras, emperifolladas y folklóricas, que, festejadas a latigazos, demuestran, con cascabeles, caben en las panderetas los pelotaris.

La Banda Municipal, con sofocado furor de sobremesa, pone en vilo a la ciudad. Su pasodoble castizo marca el quiebro de los camareros, torean con la bandeja y cobran por triplicado. En la calle hay un fuerte olor de veguero, de carne, de gasolina y de anís. Las muchachas, prietas, deslumbran con sus tocados recientes; la hora destila colorete. ¡Venga otra copa y otro abrazo a ese amigo íntimo que acabamos de conocer!

Los autos nos salen de los bolsillos, los *claxon* corean el pasodoble, nos tropieza el ambulante con su cosecha de bastones, nos atracan las floristas, nos estorban los de pueblo, cruzan, sudan, gritan y se aplastan, y de ese grupo, que aun parado te acomete, surge como un planeta rebosante la redoma visceral de una bota de vino.

Imperioso y poderoso, con todos los privilegios de una ambulancia, cruza el auto del matador. Envuelta en oro esconde la mayor tristeza del momento. Si os fuese dado ver, con los ojos del espada, el mar de animación del que vuestra alegría forma parte, os asombraría el reverso. Las manos que saludan entusiastas os parecerían hostiles, esa gozosa, esa regocijada compenetración del público en marcha, más que nunca los brazos sobre los hombros, os roería como una manifestación de crueldad, y en el puro insolente del señor beatífico y gordo veríais un asta que llevaríais toda la tarde clavada en el corazón.

Y se comprende. El torero de moda vive, durante el estío, un sábado incesante, un sábado sin esperanza de domingo. Despojado con un baño de la corrida de la víspera, el matador ha recorrido media España. Los álamos, los olmos de la ruta, los destartalados soportales de los lugarones y las cruces de los viejos pasos a nivel, jalonan y persignan sus bostezos. ¿Duermen los toreros la vigilia de las corridas? Los destacados disponen de un recurso supremo: el cansancio. Además, la noche pertenece a la corrida de la víspera, pero el mediodía siguiente, filtrándose emparrillado por las persianas siempre mal cerradas de las habitaciones del hotel, los coloca ante la corrida de la tarde. El mozo de estoques merodea, queriendo hacer creer al maestro estar seguro de que duerme profundamente, pero los amigos acosan, no ven modo mejor de matar la hora, traen referencias del apartado y el humo de los cigarros envuelve la inquietud del *fenómeno*.

Mientras tanto, en las terrazas de los cafés, en el tradicional paseo provinciano, los aperitivos, el optimismo de los pronósticos, el garbo machucho de los banderilleros a la sombra de la corpulencia de los picadores. La ciudad vive una hora nueva, la hora de la alegría amortizada año por año, estampada en los trajes vistosos de las mujeres, y salpicada de flores, mariscos, gafas de sol, permanentes y pantorrillas.

Luego, cuando el aroma de los cigarros abotarga la ciudad, en la habitación del espada se procede a lo irremediable. Como si las lámparas se colgasen de las sillas, el traje de luces, primorosamente colocado, se refleja en todos los espejos. Vestirse para un torero es pasar el Rubicón, y el calzarse la taleguilla, tan ajustada, pone sobre su carne la evidencia del peligro. Colocarse a dos manos la montera es llenarse la cabeza de negros pensamientos, y al encajarse la casaquilla, involuntariamente, se encoge de hombros el torero, echándose el capote al brazo y decidiéndose a partir.

POR fin, señores, ya hemos llegado. Son las cinco y media de la tarde y ese cuatro de Agosto, en la Plaza de Vitoria, Gitanillo, Manolete y Parrita hacen el paseo al frente de sus cuadrillas. En los tendidos repletos hay más que división de opiniones. Unos aplauden furiosa, desesperadamente; otros silban, cencerrean, abroncan. Manolete, contra costumbre, sonríe. ¿Qué ocurre?

He aludido a una circunstancial actitud, circunstancial en lo unánime, del público vitoriano en favor de Manolete. Tiene una explicación muy sencilla. Convengamos en que la singularidad de ese torero prestigiaba una feria; ello supuesto, razonar es fácil. El año mil novecientos cuarenta y cinco, después de su cogida en Alicante, Manolete reapareció en Vitoria. No repuesto del todo, su actuación, en esta plaza, se caracterizó por el pundonor y, por prematura, le impidió torear, al resentirse, durante todo el mes de Agosto. El año mil novecientos cuarenta y siete, luego de su percance en la Corrida de Beneficencia de la capital de España, cuando aun se anunciaban como escasas sus posibles actuaciones, Manolete se comprometió a torear dos corridas en Vitoria, reapareciendo también en nuestra plaza. Por tan galante reincidencia los vitorianos no querían sutilizar en lo crematístico, preferían presumir y agradecérselo.

A la inversa, Bilbao. Bilbao, donde las intervenciones del torero cordobés se espaciaban, creyó perjudicado el cartel de su feria, ese año, con la negativa de Manolete a encabezarlo. Por ello, la protesta de los bilbaínos, ese día, en la Plaza de Vitoria, fué estentórea, y teniendo en cuenta el tono un tanto..., diremos... opulento, con que toman posesión los bilbaínos de algunas localidades vecinas, la reacción de los vitorianos, al margen de su helenismo, fué también estrepitosa. Sumido en aquel desconcierto, Manolete sonreía, y lejos de traducir, su desacostumbrado talante, una expresión de tranquilidad, denunciaba la inquietud que caracterizó sus últimas actuaciones en el ruedo vitoriano. Manolete, en tales actuaciones, estuvo descompuesto. Anotemos el dato porque encabeza su sentencia.

He dicho que el público vitoriano, al margen de lo episódico, no era mayoritariamente manoletista, y paso a demostrarlo.

Con todas las salvedades para una terminología circunstancial, clasificaré a los grandes toreros en culminantes y excepcionales. Ejemplo de los primeros, Joselito; de los segundos, Belmonte y Manolete. Los denomino excepcionales por personalísimos. La autoridad de Don José María de Cossío prefiere calificar a los excepcionales de revolucionarios, y el término produce tal horror a su conservadurismo, que le obliga a enunciar, aunque diplomáticamente, un enérgico principio: "Belmonte y Manolete son grandes toreros de una mala escuela."

Discutir el calificativo de revolucionario en Belmonte es imposible. No es de Cossío; todos los cronistas, todos los aficionados de la época de aparición del trianero, se lo adjudicaron, y muchos, considerándolo poco sísmico, dieron en llamarle *Terremoto*.

Sin embargo, serenado su arte, Belmonte fué el primer clásico del toreo. Las palabras terribles tienen esas sorpresas y tampoco debe extrañarnos que Minguijón pueda decir como la Revolución Francesa se redujo a imitar la antigüedad clásica.

Ahora bien, aceptada la escuela de Belmonte como fundamental en la historia del toreo, calificar de revolucionario a Manolete, que estilizó lo belmontiano hasta lo esquelético, me parece equívoco. Hay en el cordobés un algo de fin de raza, un algo tan depurado, tan frágil, tan de límite, que parece apagar con el frío azul de los filos el fuego que lleva encendido el rojo término de revolucionario.

Por eso he preferido llamar a Belmonte y Manolete toreros personalísimos, por eso y porque, además, el exclusivismo de lo personal me lleva de la mano a convenir en la consecuencia de Cossío. Decantándola, pudiéramos resumirla así: *el defecto de lo excelente está en sus imitaciones.* Como lo demuestra que, al desaparecer la última de las dos figuras aludidas, ambas de gran porte pero de muy mala estela, el público y parte de la crítica se empeñaban en presentir no uno nuevo y gran torero, sino un *doble* de Manolete.

Observen ustedes que ya hemos emparejado al cordobés con el

trianero. Por lo visto, y para el comentario, la conjunción es inevitable. Fijemos, pues, su común denominador para que sobre él florezcan las peculiaridades.

Evitemos, al perseguirlo, la ingenua clasificación de las escuelas taurinas en sevillana y rondeña. La dualidad, a poco de formulada, quedó diluída. Aquel crítico jocundo que se llamó Peña y Goñi, y como buen donostiarra prodigó el pseudoandalucismo, luego de proponerla, analizarla y alquitararla, concluye diciendo que la tal clasificación es un disparate. Aceptemos de Cossío términos más concretos por cuantitativos y distingamos entre toreros largos y toreros cortos. Aquéllos cubren todos los tercios y prodigan la variedad y la alegría. Estos reducen los lances y los solemnizan con el estilo. Cuando coinciden las dos maneras en dos figuras excepcionales, clavan una época. Si la época sólo dispone de un gran torero, se produce un desequilibrio, que desasosiega al público y acaba con el lidiador. Tal es el caso de Guerrita y Manolete, y véase, al correr, como la cuna no sirve de término de clasificación taurina, porque el Guerra, también cordobés, era de los toreros largos y Manolete era de los toreros cortos.

Precisamente en lo reducido de su repertorio coincide con Belmonte. En éste, o a éste, le imponía el cerco a la variedad su pobreza de facultades. Poco importa que luego Don Juan, en uso de una gran inteligencia, haya convertido su escaso radio taurino en una filosofía del toreo. En Manolete, diremos, diremos por condescendencia, el cerco lo fija su senequismo. Hablo de condescendencia porque yo de Séneca, especie de mozo de estoques de Nerón, no tengo una gran idea.

Olvidando el paréntesis nos encontramos con Belmonte y Manolete erguidos sobre un círculo de muy escaso diámetro, que es su común pedestal. ¿Qué los distingue? El punto, la sazón. Belmonte, como torero, llega a los ruedos aderezado. Manolete, fiel a Córdoba, asoma en los ruedos como estoqueador. Luego Belmonte se serena y mata con facilidad; Manolete se adereza como torero. Ambos se estilizan, y nos queda de sus lances, lentos como los ocasos, un doble recuerdo envuelto en luz de luna y en luz de sol.

Creo advertir un mundo más ameno de grabar los dos perfiles. Consiste en recordar su respectivo noviciado taurino. El de Manolete fué rodado y pudo producirse con parecida facilidad a la que encontraron para sus estudios muchos titulares del Bachiller. De familia torera, le fué fácil salvar el puente de los tentaderos. Tan deportivo fué su aprendizaje, y esto taurinamente es casi herético, que se trasladaba a los cortijos en bicicleta. En fin, algún puntazo en la ingle, triste sino, para que asome su silencioso aguante y pueda Corrochano anunciar la sobriedad, la finura, el aplomo "de aquel muchacho que en una fiesta campera se revela como torero de cámara lenta". En ese aspecto incial es la suya una vida con serenidad de friso; después, como torero, Manolete es un virtuoso reflejando a Córdoba profunda y quieta, y aun pudiéramos elegir como lema de su historia la estrofa de Machado: "el gran suspiro que es la tarde, crece".

El aprendizaje de Belmonte fué más barroco. No pienso detenerme en la relación de sus incidencias juveniles, ya impresas; pero tampoco puedo escamotear la referencia a su noviciado en aquellos tan bárbaros maitines, que dijera Villalón, porque son la clave de su rito.

Azares de familia, su rebelde independencia y, aunque no lo creáis, la lectura de novelas de Salgari, arrimaban al muchacho, en los atardeceres de sus quince años, a las tapias de un Convento, frente a una encrucijada trianera que ofrecía solar a un aguaducho. Allí se reunían varios *judas* que querían torear como Montes y añadir, a los riesgos del arte, los riesgos del delito. Seguían a la noche por las veredas, sin trapos ni capotes, pues eran piezas de convicción, cubriéndose de polvo como tancredos. Pero ellos desdeñan la máscara, esconden la ropa entre juncias y cruzan desnudos el río.

Filibusteros en ruta hacia un nuevo Maracaibo, sin más pabellón que una chaqueta, citados con la luna, pues también saben de sus horas los piratas de secano, rondan las dehesas en busca de un tropel de tempestades. Desgajan un toro, lo encelan, lo acorralan y..., y ahora ya, ¡señores!, pisamos mitología.

La cosa debe de tener su aquel, porque en el cielo inmenso se multiplican las estrellas. Hay un dulce rumor de fronda, rumor de fronda que no existe, y, sin embargo, se explica el rumor, y se produce, porque la noche va a sentarse. Belmonte, desmedrado, está desnudo. Con los pelos al aire, en el charco de luna, es un triste olivo, y con un pingajo de chaqueta, que cuelga su miedo en mangas, llama al toro. El toro es zaino como la duda, y duda porque no sabe qué siseos misteriosos le arrancaron de su alcoba. Le acaricia la luna, aunque zaino reluce, y aquella masa lustrosa, azotada por el rabo, se derrumba sobre el crío. Como si tuviera un gran dolor, Juan se retuerce—¡ya se llamaba Juan!—; se retuerce morenillo y tieso y, en un tirabuzón de gracia, recoge sin soltar al toro, hablándole como a un lebrel, porque si el toro gana la sombra, es un suicidio renovar el lance con la guayabera.

Hay que torear con fruición, llevando prendido al toro en un vaivén de marea, los ojos en el testuz, calcando sobre una hélice los giros de la verónica. En el jadeo común, la baba con el sudor; en el cruce de los lances, entre vientre y vientre, solo el frío; y, por fin, el toro, desbaratado, consigue matar con su resuello un suspiro de aquel chavalín desnudo.

Aquel Juan, fundido en la noche, conservó siempre la fruición en un regodeo, en una alegría íntima de torear, en aquel mecerse, en aquel columpiarse de coloquio con el toro. Su maravilloso juego de cintura y brazos le trasfiguraba sobre la punta de los pies y salía de la media verónica, como de una campana, inclinado, vacilante, frenando los pasos, sorprendido de que le sostuviesen; pero abriéndose por su enorme sonrisa, transmitía al público tal sensación de magia y gozo de poseerla, que desarmaba al más sombrío de los espectadores. Aquel "ritmo de liturgia no aprendida", en frase de Diego, era contundente.

Contundente, sí, contundente; esa es la palabra que quiero destacar, destacarla y conservarla, como única consecuencia de cuanto llevo dicho del sevillano. Que no me supongan los lectores camino de arbitrar una semifinal entre ambos diestros. No persigo ni promociones ni preferencias; sería impropio de la ocasión e inútil como tema. Lo que sigue os explicará por qué me he detenido tanto en Juan Belmonte.

Insisto en que el público vitoriano no era *de suyo* manoletista; tampoco fué, en su día, belmontista. Ello no constituye una singularidad local, sino una coincidencia con públicos como el de Pamplona, Burgos o Logroño, amigos de ir a los toros con meriendas de tenedor, tan completas, que en sus cestos bien provistos sólo faltaban los tenedores. Claro está, en dichas plazas había aficionados estrictos, pero superados por los espectadores conscientes de su propia feria que iban a los toros, número del programa, como subían a los toboganes y que—nadie puede negarles su derecho—preferían, entre los diestros, a ese torero saltarín y cumplido que hace de monosabio, se enfada con sus peones, brega, banderillea, brinda a los niños de la Beneficencia y descabella a la ballestilla.

Aquel público venturoso, entre tajada y tajada, admirando tanta diligencia, no encontraba caro un espectáculo que, además de ofrecerle tanto episodio, permitía que alguno de sus miembros le diese con un botijo en la cabeza a un picador.

Pues bien, hoy, ese espectador, típico en su feria, espectador taurino antes con radio provincial, privado de sus principales bases de optimismo, el botijo y la copiosidad en la merienda, llena habitualmente todas las plazas. Va a los toros no porque sean toros, sino porque son espectáculo. Va a los toros—y nadie puede negarle su derecho—como va al fútbol, al concierto o al tiovivo, porque ello constituye un exponente económico y un *presente* en la actualidad. El espectador se ha atribuído protagonismo—conste que anoto, no censuro; la verdad, son muchos para atreverme a reprochárselo—. El espectador, decía, se ha atribuído protagonismo; mejor que a ver el espectáculo, acude para que le vean en el espectáculo, y es muy difícil que a ese público, por activa, circunstancial, volandero y mimético, pueda interesarle en los toros la sobriedad, el quietismo y la estilización.

Ahora bien, ¿por qué ese público, en teoría indiferente; por qué ese público, que por su número y por su dinero ha creado el acontecimiento—entendámonos, el "acontecimiento", no el toreo—, el acontecimiento Manolete, ha sido—ahora viene lo de torero—, ha sido con el torero Manolete, mucho más exigente que el de su época, aun el no belmontista, lo fuera con Belmonte?

Hablar de la calidad, de la inteligencia, del conocimiento de los aficionados, es pueril. En ese aspecto, el de la calidad de los aficionados, el viejo tópico "cualquier tiempo pasado fué mejor", adquiere categoría de mito. El ya aludido Peña y Goñi aseguraba que el aficionado de la época de Frascuelo se parecía al aficionado de la época del Tato como se parece una hormiga a un elefante. Os recordaré que fueron épocas próximas, sin solución de continuidad. Calculen ustedes dónde voy a encontrar yo ahora un término de comparación para el aficionado de mil novecientos cuarenta y siete; no hay microscopio que me lo preste.

Ciertamente, nuestra guerra civil impuso unas quintas muertas de espectadores noveles, que al sumarse en la reapertura de las plazas, pudo atribuir demasiado volumen al contingente de neófitos. ¿El tamaño de los toros?, vieja historia. También podríamos escardar motivos en el campo de la rivalidad que dividió al público en la época de Joselito y Belmonte; pero serían mejor circunstancias que motivos, porque la razón última de la actitud del público con Manolete está, no en el público, sino en Manolete, y por estar en Manolete fluye por igual de su estilo y de su carácter, mana por mitad del artista y del hombre; a ver si me explico.

Será raro el aficionado español que no haya soñado alguna vez con ser torero. Supone una personalidad, una popularidad, adquiridas con tan aparente facilidad, entre el clamor de ovaciones, a quienes compiten con el sol vestidos de seda y oro, que se explica constituya ese sueño un anhelo casi nacional. La condición de ídolo, cuando el ídolo come, bebe, fuma y se divierte, es deseable. Ahora bien, en el camino a ese ideal nos detiene el riesgo, y supuesta la barrera del riesgo, en quienes no la saltan, unos, los menos, admiran a quien lo desafía; otros, los más, envidian a quien lo sortea. Entre éstos brota la cizaña de Cossío: "los pesarosos del triunfo ajeno..., la siempre viciosa flora de la afición", y en esa cizaña florecen la injusticia y la crueldad. Para que esa minoría en flor no encuentre el eco de la mayoría a que pertenece, mayoría que en todo momento de la fiesta recuerda el precio de la localidad que voluntariamente adquirió, es necesario que el torero caro prodigue, renueve incesantemente, la sensación del riesgo.

Belmonte y Manolete la han prodigado durante su vida torera, pero con muy distinta espectacularidad. He hablado de fruición, o de la fruición, en el toreo de Belmonte, y he querido deducirla, pues siempre es más ameno situar la fuente en la anécdota, de su aprendizaje nocturno, de aquella su necesidad de no despegarse del toro, de aquella imperiosidad de que el toro no ganara la alevosía de la sombra. Por ello, o por su más legítima causa, el alma tore-

ra de un torero de alma, los lances esenciales de Belmonte, la verónica y el pase natural, podían reducirse gráficamente a un ángulo cuyo vértice era el torero. Sin perjuicio de los tiempos propios, de la línea peculiar de esos lances, a los que Belmonte dió clasicidad, había un doble juego descompuesto en un atraer al toro a su cuerpo y en un sacárselo con apuros después, que, unido al unánime consenso en su pobreza de facultades, mantenían en el ánimo del público esa sensación de riesgo constante. Reiteremos que los *entendidos* insistían imperturbables en aquello de que en tal terreno no se podía torear; y el avieso espectador salía de la plaza tan convencido de que aquel día le había salvado un milagro a Belmonte como lo estaba de que en la corrida siguiente tenía que caer.

Claro es, también mediaban otras circunstancias, y, entre ellas, por ser la única que a mi tesis interesa, el volumen de sus lances. La verónica de Belmonte era estremecedora en su línea pero alegre de vuelo. Era una verónica de *hosanna*, y esa verónica, estilizándose en anacoretas del toreo como Laserna, fué perdiendo vuelo, altura y vaivén, para reducirse a una verónica de *requiem*, de cuya serie no es posible salir con el aire triunfal, contundente —ha llegado el momento de esgrimirlo—, con el aire contundente de Belmonte, que parecía decir al rematarlas: "No me importa que me aplaudáis; yo la he gozado."

De la verónica de *requiem* parece salir el torero, musitando con melancólica expresión: "Soy un asceta, pero no me divierto."

Creo haber calificado de esquelético el toreo de Manolete. Realmente estilizó sus lances en puro perfil. Los privó de la alegría, de la pompa, de la ventaja; los redujo al temple, a la eficacia y al riesgo, y eran tan de ápice, de equilibrio tan difícil, que en su centro el matador tenía que prescindir del movimiento. Era un toreo macerado, como místico; pero esto sólo lo admira el creyente. Por otra parte, su dominio hacía tan habitual el riesgo, que lo cubría de naturalidad, y el espectador simplista creía que era fácil su género. En aquel terreno inverosímil parecía mediar un círculo aséptico entre el toro y el lidiador. En su perfección faltaba el incidente, la torpeza, y el público admiraba aquello, pero de puro sutil no podía recordarlo luego, casi no podía creerlo, y Manolete tenía que repetirlo de continuo.

Por eso no tuvo rentas como Belmonte, a quien, en sus tiempos bravos, una faena lograda le permitía bostezar en otro o en otros toros. Digo en sus tiempos bravos, porque en los mejores su maestría fué amortiguando el dramatismo, y aunque en éstos superase todas sus temporadas anteriores, le dictaron las siguientes líneas: *Antes los aficionados comentaban si se toreaba con la derecha o con la izquierda, pero ahora lo que preocupa al espectador es la ganancia. Esto hace que el público actual sea más reacio al entusiasmo.*

Hay algo más, y en diciéndolo, quiero regresar a la Plaza de Vitoria, de la que temo haberme alejado demasiado. El público tiene un sexto sentido, una antena especial, para percibir y medir por brazas el calado de su posible influencia en el ánimo del torero. Cuando advierte hondura es implacable; el público es masa, no lo olvidemos, y pretende lo sobrenatural; cuando menos, incluso brutalmente, lo persigue. Belmonte, por temperamento, por llevar mucha noche en el cuerpo, se desenfilaba de esa tiranía con un humorismo sarcástico y con un gesto—no lo olvidemos tampoco—contundente. Lo aclararé con una anécdota. Manolete padecía esa tiranía con transparencia de cristal de aumento; como el sol, a través de una lente, le quemaba.

He prometido una anécdota de Belmonte y añadiré otra de Manolete. Dicen que las anécdotas, como los pájaros disecados, amenizan las enseñanzas; cuando menos, abrevian los razonamientos. La de Belmonte la copiaré del libro de Chaves Nogales:

—*¿Pero es que ustedes los toreros no oyen las cosas que les dice el público?*—preguntan a Belmonte.

—*Lo que no oye el público*—replica Belmonte—*es lo que le decimos desde el ruedo los toreros.*

La de Manolete puede leerse en la biografía de Narbona:

—*Convengo*—decía el cordobés—*en que la fiesta es pasional. Pero creo demasiada la pasión, que sólo se calma cuando le ven a uno camino de la enfermería.*

Es la negra consecuencia del ídolo sumiso, y destila tan estoica amargura, que bien merece una leyenda de Ortega y Gasset: "...añade a su perfil una orla trémula de fatal melancolía."

Sí, de fatal melancolía, de la fatal melancolía que enfriaba su sonrisa en la fría tarde vitoriana del cuatro de Agosto que nos ocupa. En ella, y en su primera res, Manolete había salvado el mayor obstáculo. Hasta el cielo se serenó y los temidos bilbaínos, dicho sea en su honor, callaron discretamente o aplaudieron cuando los simpatizantes le ovacionaban. Pero he dicho que Manolete en aquella feria estuvo descompuesto y, fiel a la verdad, no puedo corregirme. En toda la tarde no dió pase ni paso sin previa mirada, sin previa consulta a Camará. Fué, la de sus toros, una lidia con apuntador. ¿Por qué?

Manolete había vuelto no a la necesidad, sino a la angustia de la faena culminante, que puede quebrarse por cualquiera de los cien imponderables que suman lo perfecto. Yo le había visto torear ese año en Pamplona; le vi seguro, valiente, veterano, y supuse hubiera remontado ya el Cabo de las Tormentas.

LUEGO toreó en Madrid. El público de Madrid ha sido siempre muy exigente con el torero andaluz que no ha sido descubierto por el público de la Palaza de Madrid; pero aquella tarde fué un bellaco, fué un bellaco quien pidió a Manolete que se acercase más al toro, y Manolete, que en el ruedo no distinguía de bellacos, se acercó. Donde no cabía el estoque puso la pierna, y en su última faena de las Ventas se dejó ir en sangre para fundir con ella su propio pedestal. Era el símbolo de la entrega.

Reapareció en Vitoria esa tarde del cuatro de Agosto, que se nos escapa de la mano como un vencejo. En su segundo toro, el quinto de la corrida, estuvo desafortunado. Cuando salió el sexto toro, Manolete padecía ese tifón de la bronca que quiere alejar al diestro. El público se franquea a veces y en aquella ocasión voceaba, claramente, que prefería no verle torear; y, sin embargo, entonces, cuando nadie iba a agradecérselo, cuando su intento encendía de nuevo la ciega indignación, Manolete se lanzó a un quite brutal. Fueron dos lances y una media verónica, tan ceñida, que abortó en recorte. El toro, en el viaje, llevaba la cabeza alta, el cuerno izquierdo iba derecho al corazón; Manolete aguantó impávido, suicida, y entonces le vimos morir; estuvo muerto, y si no se ha sabido es porque el toro, ladeando la cabeza, evitó que lo difundieran los periódicos. Pero, creedme, Manolete estaba muerto, y muerto se sostuvo en Gijón, en Santander, en San Sebastián; cayó en Linares, camino de su tierra, en el calor de una feria andaluza, pero a Córdoba, a su casa, eso ya lo sabíamos, no llegó. Desde Vitoria Manolete estaba muerto; ¿que cómo cayó?; recordarlo es...

Recordarlo es comprenderlo. Remata su última faena a un miura con un gran volapié. Antes, Manolete, no podía retirarse. Entonces, sí; había llegado el momento, y yo no sé por qué los testigos se asombran de que entrara a matar despacio. ¿Qué prisa tenía ya? Tampoco *Islero* tuvo prisa, acudió a la cita y esperó; ambos estaban de acuerdo. El era un toro feo; ¿que le rozaba los alamares, la pechera, la taleguilla?, naturalmente; elegía sitio en el torero, y mientras tanto le dejaba hablar, ¿qué verdugo no lo hace?, y Manolete habló: "Yo no sé quejarme—dijo—; el toro es de respeto, de Miura, de sentido y receloso; ésta no es su lidia, ya lo sé, pero es la que os gusta; habéis pagado para beber emoción."

En la ansiedad de los tendidos, un aleteo. *Carnicerito*, desde la barrera, le ofrece el estoque. "Espera—le dice el maestro—; aun no he terminado".

En el revuelo de unas manoletinas de espanto, cuando el toro le decía "que no te voy a poder esperar", Manolete añade:

"En el suelo queda una montera; la misma que usé en Arlés. Era en novillada nocturna. No sé si yo hacía de payaso o de torero; sé que vestía mi primer traje de luces; tuve que alquilarlo. Este de hoy ya es mío, está pagado, puedo romperlo, y ahora, señores, ¡en paz!"

Han pasado unos segundos; al público le enfría esa helada corriente de aire que pasa entre la vida y la muerte. Las cornadas profundas se oyen porque llegan a los oídos después de verlas con los ojos. La sirena de un *carrusel* aprovecha el silencio para recordar a los espectadores que allí cerca, en los próximos jardines, los espera la feria.

La enfermería de la Plaza de Linares tiene unas ventanas con reja y esa mesa de hule, con esqueleto de toro, que espera a los lidiadores. Sangre, cirugía y telegramas. Una cosa es cantar la epopeya y otra muy distinta es vivirla de a pie. Aquello empieza desgarrando un traje de luces, el celofán de la envidia. Manolete, herido, está desnudo hasta lo profundo de la carne y tiene frío. Lo cubren con un capote de brega; es su último lance y, como siempre, lo aguanta mudo y quieto.

La feria de Linares, ya lo hemos dicho, queda a la vera de la plaza; en la feria han encendido las luces, pero esa noche las luces no tienen cascabeles. A las nueve de esa noche, Manolete cruza Linares tendido en una camilla; pide: "¡Despacio, despacio!", y oye apagarse la feria.

Manolete está en un hospital todo blanco. Blanco de muros, blanco de sábanas, blanco de muerte. Una vez llegó él a ese hospital con una niña en brazos. Era de día y el sol ponía oros en lo blanco. Manolete, entonces, lo vió todo ¡tan blanco!, que, como quien ofrece una paloma blanca, le dijo a la Superiora: "Este hospital es tan bonito y lo tienen ustedes tan blanco, que dan ganas de ponerse malo aquí." El hospital le ha devuelto el piropo, y sigue ¡tan blanco!, que lo envolverá con la blanca y almidonada serenidad que ha puesto en los hospitales San Vicente Paul.

Manolete era torero y los toreros son cristianos. Cuando vamos a los toros, sólo ellos se preocupan de hacer la señal de la Cruz. Manolete se confiesa, lo absuelven y se pregunta: "¿Debo algo?; ah, sí"; y lo paga, porque, rasgado de arriba abajo, dice: "¡Cuánto sufrirá mi madre!"

Manolete ve todo tan claro que pide un cigarrillo; lo enciende y se lo da a Guillermo, su mozo de estoques. Los mozos de estoques son lo que queda con lo mejor de los escuderos. Se enamoran, adoran, les roban a los espadas. Manolete le ofrece esa galantería como su último brindis.

Entonces la noche empieza a palidecer, y Manolete, obediente, palidece.

Lo demás ya no interesa. Córdoba se cubrió de luto. Cuando el féretro la cruzaba sus cancelas se asomaban a las calles. Es natural, pues en la maravillosa filigrana de su encaje aprenden posturas los banderilleros. Las palmeras, mecidas por el duelo, ofrecían su ovación. La cal de las paredes, en la Lagunilla, le pide cobres al ocaso para grabar su historia. Doscientas coronas floridas dibujan un ruedo en derredor de su tumba, y la luna, que era llena, bañó de plata el silencio. Desde entonces le hacen guardia los cipreses y la sierra da sombra para siempre a "su tristeza de sauce, a su empaque de obelisco".



TIENDA



BORT

VALVERDE

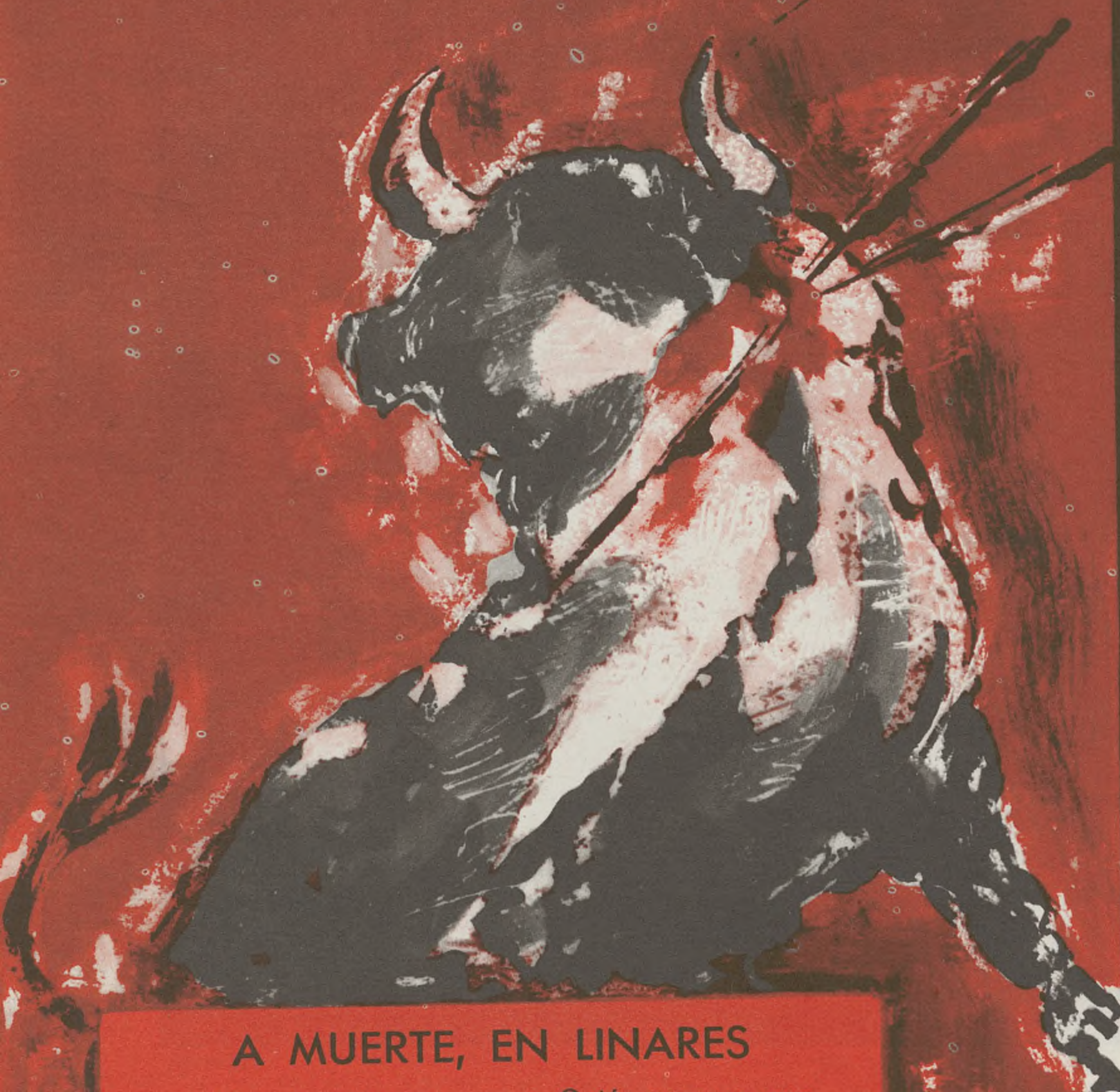
LA PLASTICA, EL TOREO Y LA MUERTE

Al cumplirse los diez años de la muerte de Manolete traemos a nuestras páginas unos matices más de su inmarcesible memoria. Hacen ya número importante los libros escritos sobre el genial torero. Y hoy se publica, al cabo de diez años, éste, que firma Gregorio de Altube, ilustrado por algunos de los mejores dibujantes españoles. Cuatro de estos dibujos reproducimos para nuestros lectores, cuatro recuerdos plásticos de la muerte del héroe, que «ya había muerto en Vitoria», según la romántica tesis de Altube.



VALVERDE

DOS POEMAS A MANOLETE



A MUERTE, EN LINARES

«No—le gritaron—, no.» ¿Quién para un rayo,
si ya la espada inevitable ardía?
Estatua de sí mismo todavía,
Manuel era un desprecio que me callo.

Un entrañabilísimo tocayo
por donde se vaciaba Andalucía;
un manantial de luto y de sangría
recién desenraizado con el tallo.

La media tarde en el morado cielo,
un redondel de sombras y de hielo,
y el toro hacia la muerte, como un sino.

De pie la cita estaba en los relojes,
y el ventarrón, llorando por las trojes
de aquel agosto de color de vino.

Salvador **PEREZ VALIENTE**

ELEGIA

**Había que asomarse y ver de pronto el mundo,
sorprenderle en la antigua gracia de sus riberas;
llegar entre sus venas de agua hasta el mar profundo
y ascender a los montes por sus verdes laderas.**

**Había que pararse donde Europa termina,
en esta piel abierta de toro, que se extiende
quemada en las antorchas del sol cuando declina:
lo cercano a la muerte, con la muerte se enciende.**

**Había que ser hombre y acercarse a la tierra,
y descubrir los dedos de Dios entre las cosas,
y aprisionar el aire, y levantar la guerra,
en el cáliz callado donde duermen las rosas.**

**Así tú, generoso creador de armonía,
minuto del peligro puesto a mayor altura;
así tú, dando al viento mortal de cada día
la vela de tu capa, quieta en tu arboladura.**

**Porque mejor que el río eras, mejor que el ave,
mejor en tu discurso que el agua, que no cesa;
más alta es la montaña que en unos brazos cabe,
más ligera la nube que se alza en la sorpresa.**

**Qué collar le ponías a la garganta ahogada;
a los ojos, qué quieto diamante endurecido;
pero era el toro una amplia caricia prolongada,
un huracán oscuro fielmente conducido.**

**Como tu misma tierra, naciste sin sosiego.
Dulce es siempre la vida donde el peligro empieza.
Tu corazón, como una lenta rosa de fuego,
al arder te iba dando soledad y tristeza.**

**Soledad porque nadie te seguía a la muerte;
soledad en el hielo de tu última hora;
tristeza de ser hombre, tristeza de saberte
hecho de enamorada ceniza triunfadora.**

**Por eso eras el clásico poema y su medida,
el número en que tiene la sangre sus fronteras,
la víspera de un sueño donde todo se olvida,
la delgadez de un ala y su silencio eras.**

**Y ahora, cuando te ciegan las sombras de repente,
no podemos creernos sin tu estrella brillando.
Nunca encontré mi verso para ti suficiente,
y ante tu muerte tengo que mirarme cantando.**

**Ya sé que nada cuenta mi palabra en tu cielo,
que se alza desde un pozo de llantos encontrados;
pero siente algo tuyo dándole fuerza al suelo
ahora que veo a España creciendo en sus sembrados.**

**Y esto vengo a decirte: cómo estás en nosotros,
en los que un día vimos tu andariega amargura;
cómo ya contaremos para que cuenten otros
y diremos los tiempos que diste a la hermosura.**

**Como un toro se extiende la patria en que naciste;
yo la veo llorando por la gloria que escalas;
pero hay un sol de oro que eternamente viste
a los dioses heridos de muerte entre las alas.**

**Así sobre las lágrimas, el laurel y los nombres
queda el dolor más alto coronando tu suerte;
porque ardiendo, muriendo, con sus hombres más hombres,
está el toro de España más vivo con tu muerte.**

José **GARCIA NIETO**

A LA CONQUISTA DEL RUEDO IBERICO

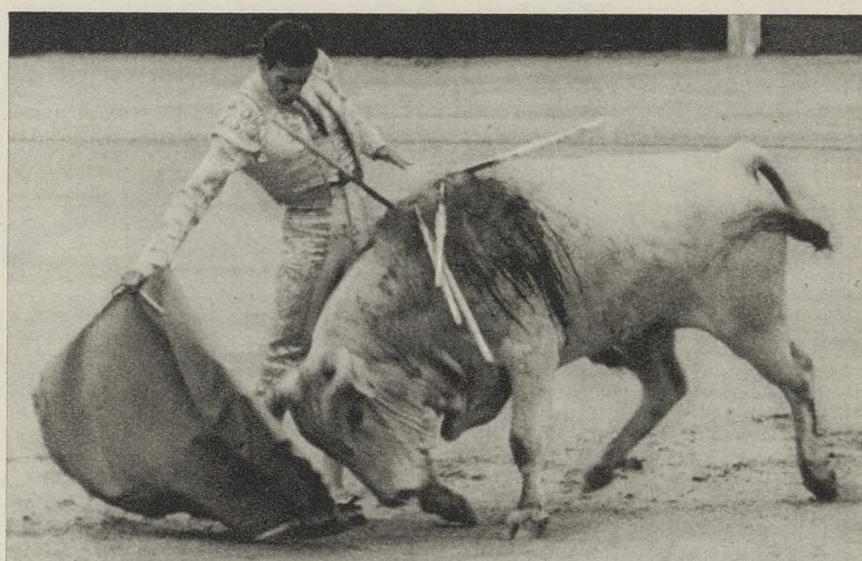
14 TOREROS HISPANOAMERICANOS EN LA TEMPORADA ESPAÑOLA

Texto: MARINO RUBIERA

Fotografías: MARTIN

VENCIDA la primera mitad de la temporada—atrás quedan ya los restallantes sanfermines—, el año taurino español se adentra en los días de la mitad segunda, cuajadísima de carteles, en los que los toreros apenas si conocen el descanso. De un lado a otro cruzan la geografía nacional para aprovechar fechas, y a veces resultan más demoledores y peligrosos los rápidos y largos desplazamientos que el enfrentarse con los toros. Recién acabada la corrida, los toreros, sin tiempo para quitarse el traje de luces, suben al coche y pasan la noche tragando kilómetros en un duermevela que no da descanso. Y del coche a la plaza, a vérselas con los toros después de haberse enfrentado con la carretera. En el ruedo estaba en una ocasión Marcial Lalanda. Tocaron a banderillas y el diestro se aproximó a la barrera y en ella se acodó; tocaron al último tercio y Lalanda no se movía; se acercó un subalterno a preguntarle si le sucedía algo y vió que Marcial Lalanda estaba dormido. En ocasión más reciente, Miguel Báez (Litri), después de brindar al pueblo en general y de lograr un estruendoso triunfo, se acercó a su apoderado, Camará, y le preguntó cómo se llamaba aquel pueblo. Pero los toreros no renuncian al cansancio y al peligro, porque van tras la fama que da el mucho torear, el ser los primeros en el escalafón y en la popularidad taurina. Para lograrlo, para conseguir el cetro que les erija en rectores de la fiesta, luchan brava y noblemente entre sí. Y esta lucha no se circunscribe este año —como tampoco ocurrió en años pasados—a los toreros espa-







JOSELITO DE COLOMBIA

Aunque se trata de un torero muy valiente, no se puede decir que la valentía sea su primera cualidad ni la que da tono a sus actuaciones, pues con ella va parejo un toreo de mucha clase y un deseo enorme de exhibirla. Ha toreado en Madrid con muy buen éxito, y Joselito de Colombia puede ascender a un lugar privilegiado en el escalafón. Afición no le falta y está sobrado de valor y arte, por lo que reúne todos los elementos para ser primera figura.



MANOLO ZUÑIGA

Es hermano de Joselito de Colombia y todavía no se ha presentado en Madrid, pese a que en plazas de provincias alcanzó destacados éxitos, que lograron resonancia en el ámbito taurino. Sin embargo, esta temporada su nombre aparece algo oscurecido, sin figurar en carteles de importancia; pero como al colombiano no le faltan arte y valor y mantiene su afición, entra dentro de lo posible que recupere pronto su sitio y acreciente su personalidad en los ruedos.



PEPE CACERES

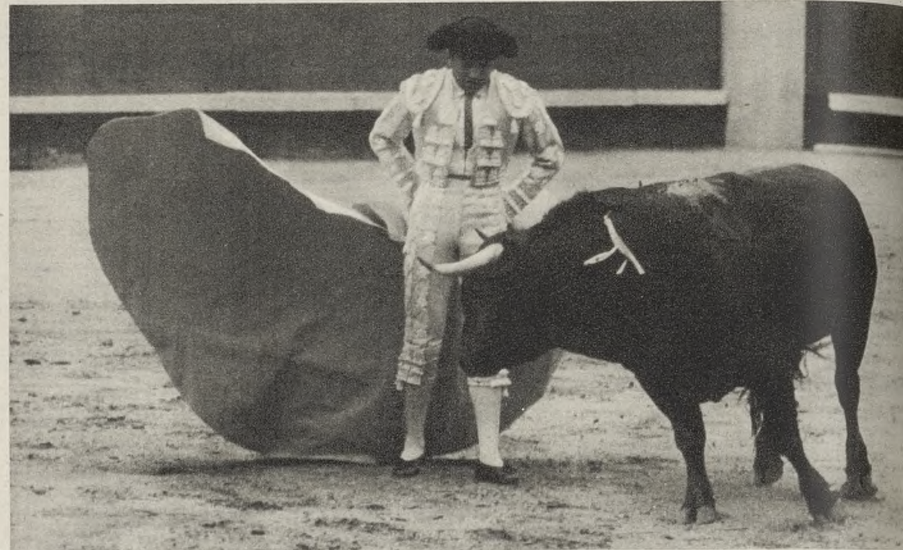
Con los hermanos Zúñiga forma el trío colombiano. Pepe Cáceres, que es un extraordinario estoqueador, alterna con las primeras figuras y junto a ellas triunfa por su buen estilo, su gran valor y su tesonera voluntad. Este colombiano ha conseguido que su nombre adquiera resonancia, especialmente por su decisión y acierto con la espada, y ante él se presenta una buena perspectiva, que seguramente no habrá de desaprovechar, incluso en esta temporada de 1957.



JOSELITO HUERTAS

Su gran cartel en España le ha colocado a la cabeza de los toreros mexicanos que este año andan a la conquista del ruedo ibérico. Joselito Huertas es un artista del toreo que alberga mucha valentía y ansias de triunfar, lo que explica los grandes éxitos que alcanza en muchas de sus actuaciones. Si mantiene el empuje con que lleva esta temporada, al final será el torero que más haya toreado entre los de su nacionalidad y de los primeros en el escalafón general.

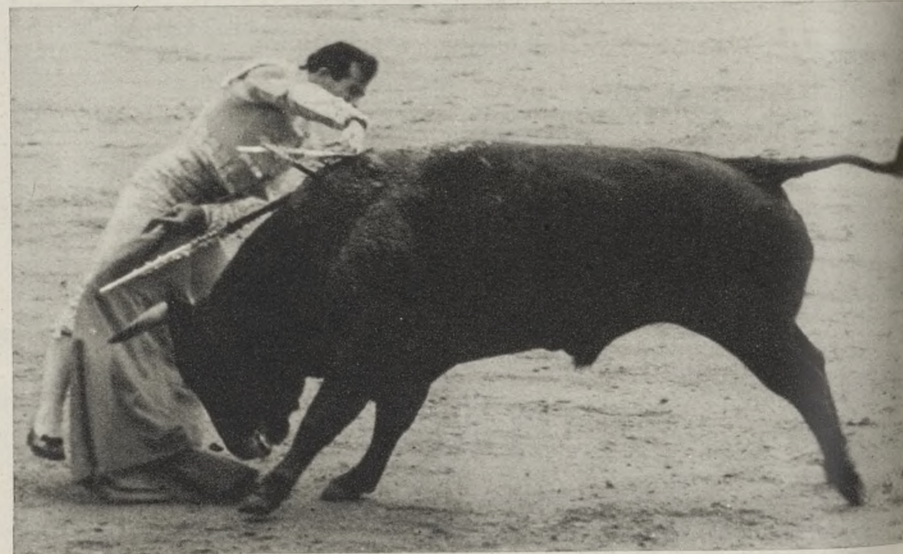




ñoles, porque catorce mozos hispanoamericanos están dispuestos a disputarles esa supremacía. Y alguno de ellos con capacidad para preocupar a los diestros hispanos.

En los ruedos españoles se encuentran en estos momentos, en que la temporada taurina alcanza su período más movido, los venezolanos Girón—los tres hermanos César, Rafael y Curro—, César Faraco y Joselito Torres. Aprieta Curro en su marcha, y el hermano mayor, César, jefe de la dinastía, ha aflojado algo en sus entusiasmos. Colombia está representada por los hermanos José y Manolo Zúñiga, y Pepe Cáceres, y





JESUS CORDOBA

La cualidad más importante de Jesús Córdoba es la finura de su toreo. En el caso de este diestro mexicano el arte está muy por encima del valor personal, por lo que sus actuaciones tienen un tono de irregularidad, que perjudica la buena marcha del diestro. Si se confía con el toro, su labor alcanza los mejores matices de arte, pero no se confía con la frecuencia que sería de desear. No obstante, y como sucede siempre con los artistas, su nombre es tenido en cuenta.





GUILLERMO CARVAJAL

El valor es la primera cualidad de Guillermo Carvajal, un torero que no regatea entusiasmos ni riesgos con tal de hacerse aplaudir. Su toreo—de buen arte, además—llega a los públicos y le ha valido triunfos estruendosos, como en la feria de Pamplona. Es el suyo un toreo dramático por lo que expone, sin que el diestro conceda mucha importancia al peligro, manteniéndose en la cercanía de los pitones sin temor ni intranquilidad, lo que pone de relieve su valor sereno.

JOSE LUIS VAZQUEZ

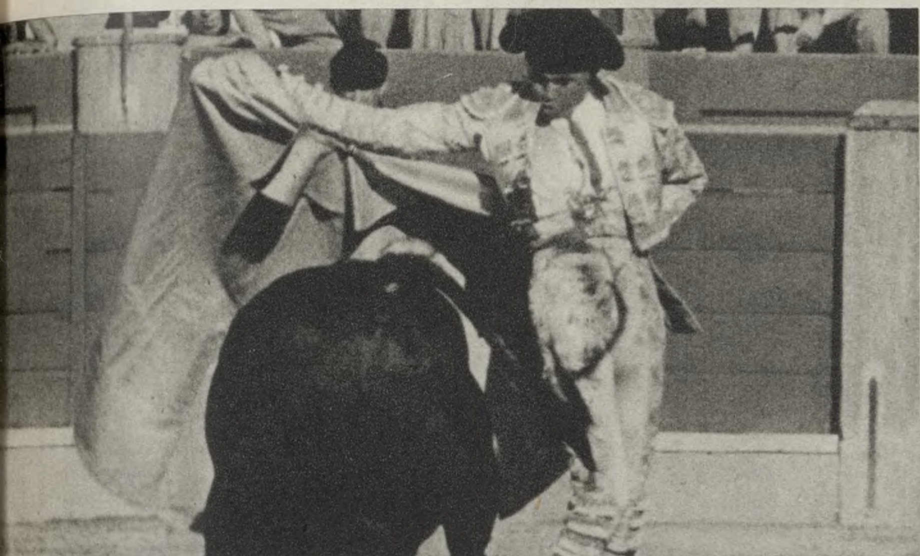
Realmente, este mexicano—que lleva los nombres y el apellido de un torero sevillano de reciente y elevado renombre—está inédito en España, pues tan sólo es conocido del público de Zaragoza, por haber actuado allí en una corrida. Por cierto que en esta su presentación, realizada apenas arribó a España, consiguió un buen éxito, que testimonia las buenas noticias que de este torero teníamos en la Península a través de las noticias que de América nos llegaban.





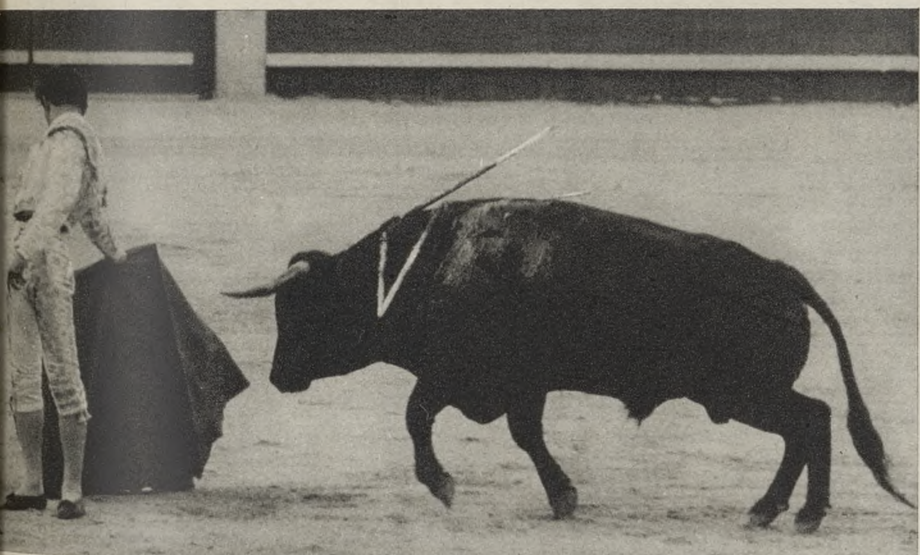
ANTONIO DEL OLIVAR

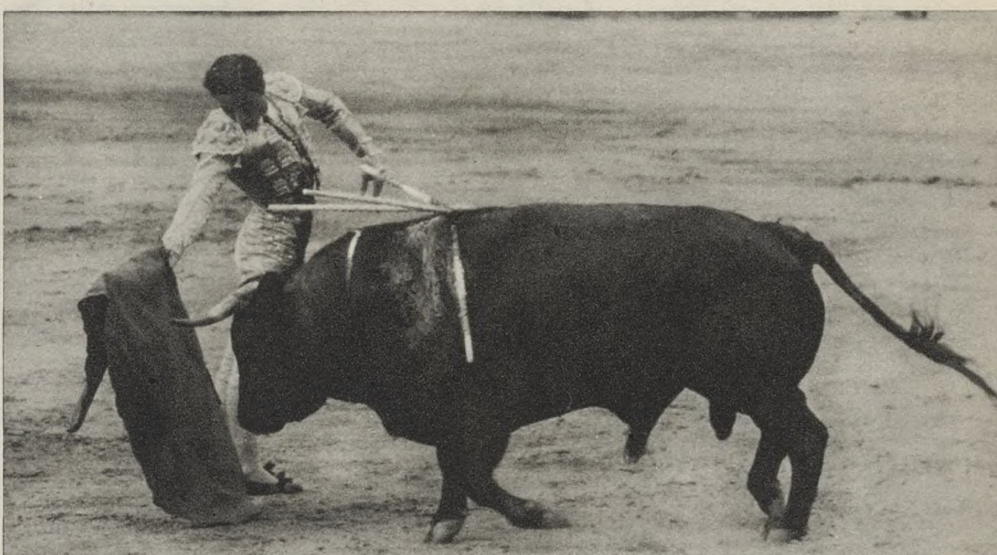
Torero valiente entre los valientes, de los que se encierran con los toros que se le ofrezcan con tal de torear. Su afición, su tesón y su buen estilo le van abriendo camino, y su nombre se va haciendo popular en toda España. Antonio del Olivar, además de lo dicho, presenta otra cualidad de gran mérito: es de los toreros que lo deben todo a su propio esfuerzo, a su afición y ambiciosos y loables deseos de ser alguien en los ruedos. México puede tener en él un triunfador.





destaca sobremanera el primero de ellos, que en honor a su patria se anuncia en los carteles como Joselito de Colombia. México tiene una amplia representación: Joselito Huerta, Jesús Córdoba, Guillermo Carvajal, José Luis Vázquez, Antonio del Olivar y José Ramón Tirado. Joselito Huerta, con su buen arte, pudiera alzarse con la jefatura del grupo, pero Guillermo Carvajal está fuerte y en Pamplona ha logrado un triunfo resonante; Jesús Córdoba, por otra parte, siempre ha de estar presente con su fino toreo; además, José Luis Vázquez, apenas arribado a España, se presentó en Zaragoza y alcanzó un







JOSE RAMON TIRADO

Como novillero consiguió en la pasada temporada grandes triunfos en España, y ahora, como matador de toros, va borrando su buen cartel, a base de continuas decepciones. Tirado aparece sin entusiasmo, sin ganas de torear y sin que su estilo personal haya mejorado en arte ni conservado su emoción. Es de esperar que le vuelvan los ánimos y no deje que su nombre llegue hasta el total olvido, esfumándose fugazmente las grandes esperanzas que había hecho concebir.



CESAR GIRON

Torero valiente y muy completo en los tres tercios, alcanzó hace un par de temporadas el más alto puesto del escalafón, pues terminó el año siendo el torero que más corridas había toreado. En la temporada actual acusa una inexplicable baja de forma, que repercute en sus actuaciones, que llevan un carácter muy irregular. Dadas sus condiciones, es de suponer que esa baja forma sea pasajera y que César Girón recupere el privilegiado lugar que llegó a alcanzar.

EL PARAISO DE LOS PESCADORES DEPORTIVOS ESTA EN GALICIA





Muchas facetas interesantes presentan las costas gallegas. Su belleza natural, la hermosura de sus paisajes, el maravilloso contraste de verdes y azules en una diversidad tonal que resulta difícil aun para los artistas consagrados, obligándolos a trabajar la paleta con una transparencia de orfebre, han traído no pocos visitantes, que, al contemplar la riqueza pesquera de sus costas, en ese infatigable laborar de sus hombres de mar, han podido apreciar que cabe perfectamente la pesca deportiva de altura y gran altura.

Podríamos poner ejemplos de singular relieve, pero quizá ninguno de más amplia resonancia que el que puede ofrecernos el Alcalde del Mar, nuestro Generalísimo Franco, con la pesca, con caña y carrete, lograda en el verano de 1955, y que ha sido divulgada y recogida por la prensa mundial.

Franco aseguró formalmente que en las rías gallegas hay, para los pescadores deportivos, un lugar elegido. En Scarborough (Inglaterra), en el estrecho de Skager-Rat (entre Suecia y Dinamarca) y en Wedgeport (Nueva Escocia), lugares de cita de los más importantes campeonatos mundiales de pesca de atún, es necesario desplazarse a grandes distancias de los centros urbanos para llegar a los sitios óptimos para la pesca. En Galicia no. Existe además un paraje que pudiéramos llamar el paraíso de los pescadores deportivos de esta actividad.

Nos referimos, concretamente, a la confluencia entre esas tres rías de verdadero ensueño, tan parecidas y con caracteres tan diferentes, que son la de El Ferrol, la de Ares y la de La Coruña.

La capital de la provincia, de la ciudad cuna del Caudillo, dista aproximadamente una hora de recorrido marítimo, en una embarcación del tipo de las que nos venimos ocupando. A la mitad aproximadamente, y apenas se ha llegado al Atlántico, abierto a todas las aventuras—partimos hipotéticamente de El Ferrol—, ya nos encontramos profundidades de unos cuarenta y tantos metros, oscilando este «tantos» en unos seis metros de diferencia, lo que da a sus aguas condiciones indicadísimas para la existencia de atunes de buen peso.

Como, por otra parte, estos fondos marinos van perdiendo profundidad muy rápidamente, ahí están La Marola, con sus trece metros, y el Seijo Blanco, con sus siete metros de profundidad, permiten arrastrar las piezas capturadas a lugares poco profundos, donde el agotamiento es mayor y más fácil de conseguir.

Cierto que La Marola, lugar propicio al mareo para las personas poco acostumbradas a navegar por estas aguas, debido a su mar de fondo apenas perceptible desde la costa y aun desde las embarcaciones, ha dado lugar a un refrán marinero que no deja de tener su fundamento: «El que pasa La Marola, pasa la mar toda»; pero ¿qué clase de peligros no hay que correr en esos otros lugares a que antes hacíamos referencia y que ahora siguen siendo centros deportivos pesqueros de primerísima importancia?

El canal entre Seijo Blanco y Punta Herminia permite discurrir por estas rías de un modo verdaderamente único.

Y si la ría de El Ferrol, con todos los pueblecitos de la ribera, puede ser asentadero de toda clase de actividades deportivas marítimas, como lo viene demostrando con creciente importancia, queda más tarde la ría de Ares, con su bolsa de Puentedeume, donde se (Pasa a la pág. 54.)

RAFAEL GIRON

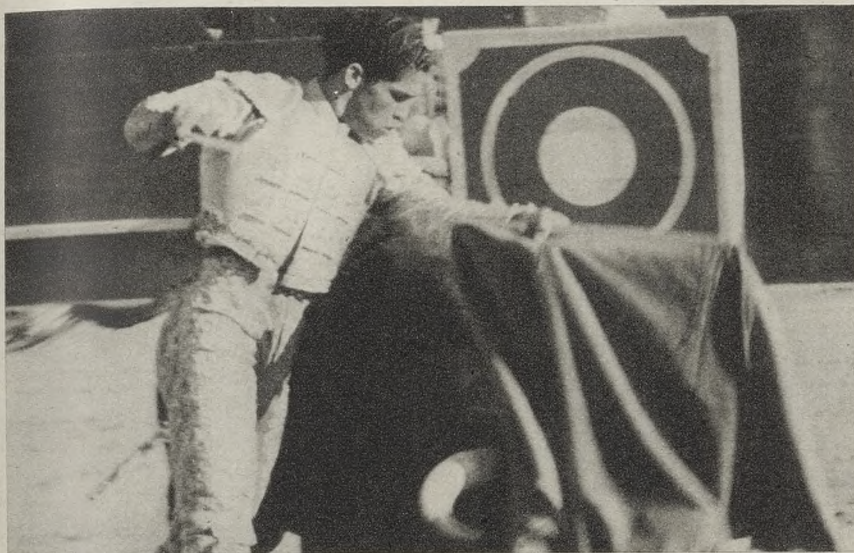
Es el tercero de la dinastía Girón y, al igual que ocurre con Curro, no ha toreado en Madrid. Su toreo sigue la línea estilística de sus dos hermanos, aunque sin alcanzar la clase y, por tanto, los éxitos de Curro; pero este año supera a César en afición y ganas de torear. Madrid tiene grandes deseos de verle en el ruedo de la Monumental para comprobar los triunfos que el menor de los hermanos Girón ha alcanzado en algunos ruedos de las provincias españolas.

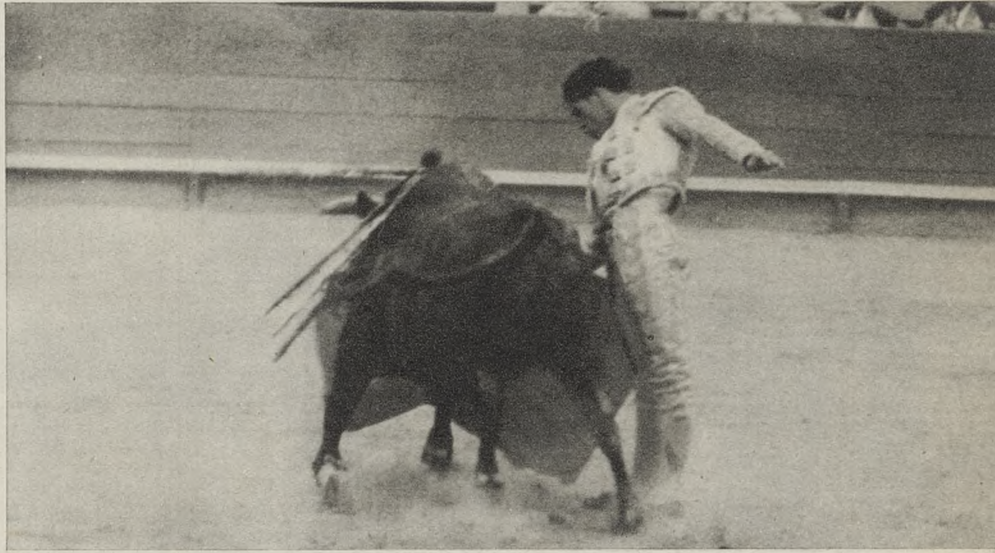


CURRO GIRON

No ha toreado en Madrid ni como novillero ni como matador de toros, y, no obstante, disfruta de un gran cartel en toda España. De cualidades parecidas a las de su hermano César, supera a éste—al menos en lo que va de temporada—en entusiasmos y deseos de torear. Ha alcanzado este año ruidosos triunfos, el último de ellos en Pamplona, y por las condiciones de su toreo cabe esperar que la racha de éxitos no se malogre. Madrid le espera con expectación.

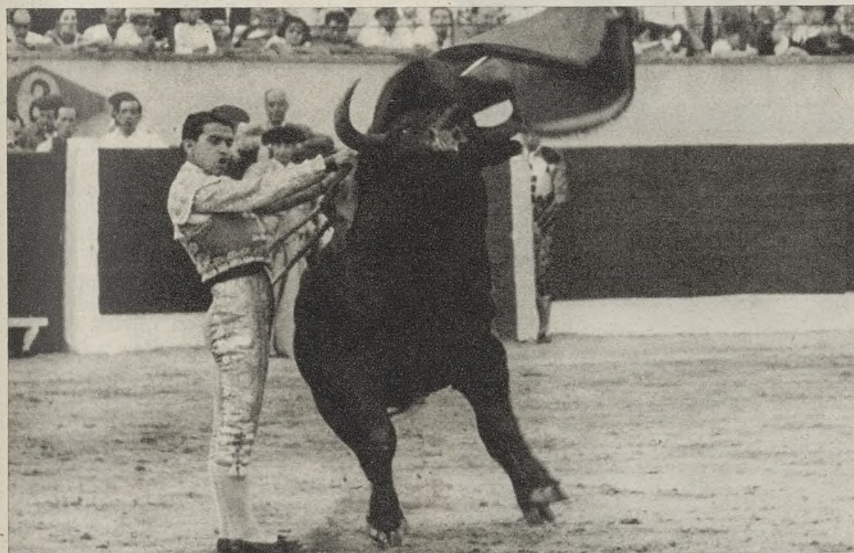


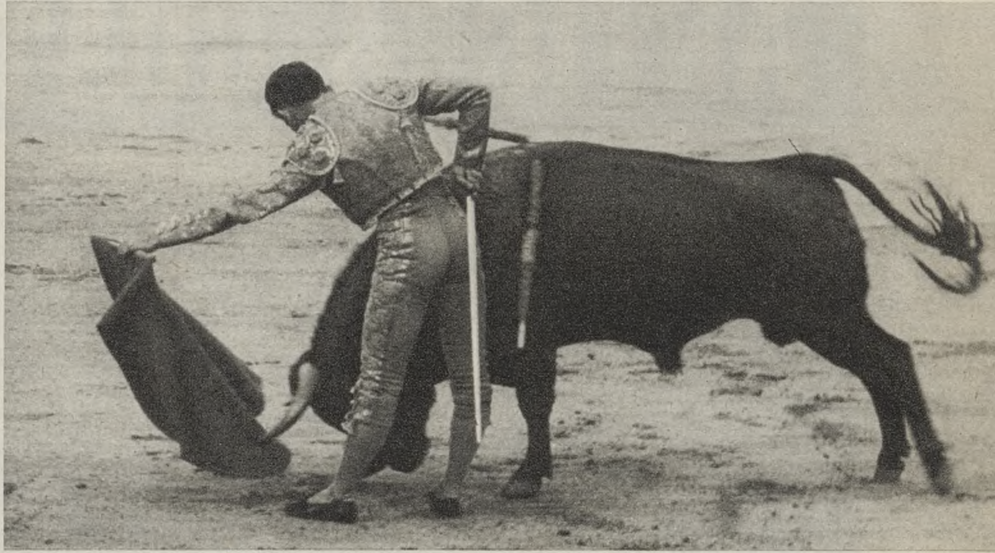




éxito; Antonio del Olivar sigue muy tesonero con su extraordinaria afición y su gran valor, y únicamente José Ramón Tirado ha cedido y se muestra muy apático.

Catorce diestros hispanoamericanos en la conquista del ruedo ibérico. En lucha con sus hermanos de sangre y de profesión—los toreros españoles (porque para ser torero hay que llevar sangre y apellido españoles)—se disputan en noble lid el rectorado taurino. Y sin desánimo por las dificultades que ofrece la empresa, ya que la actual baraja de diestros españoles es amplia y muy interesante.







JOSELITO TORRES

El venezolano Joselito Torres lleva bastantes años por tierras españolas. Comenzó con fuerza y éxitos sus actuaciones, pero luego se fué apagando y ahora torea poco. No obstante, como el muchacho torea bien y es valiente, a poco que le ayude la fortuna recobrará el prestigio de que antes disfrutaba y recuperará un puesto destacado entre la actual torería. Unas actuaciones afortunadas en esta temporada le pueden ser muy decisivas en su recuperación.



CESAR FARACO

El cuarto venezolano de esta baraja venezolana es el veterano del grupo. Su arte y conocimiento del toreo han sido apreciados y elogiados, pero una gravísima cornada le apartó de los ruedos en momentos cruciales y ahora ha de luchar para reconquistar el puesto destacado que ya había ganado. Como César Faraco es torero valiente, cabe esperar que su recuperación sea rápida y su nombre suene junto a los de sus otros tres compatriotas y compañeros de profesión.



El barroco americano, lleno de ingenuidad y colorido, resplandece en la fachada de la iglesia de la Merced de Antigua Guatemala. Unos lugareños caminan hacia el templo para rezar con paz y con quietud ante la imagen de su devoción.



El Palacio de los Capitanes Generales españoles, con sus soportales, que prestan sombra y frescor al que por ellos camina, recuerda a muchos pueblos castellanos.



El antiguo blasón español todavía figura en el Palacio de los Gobernadores.



Hay escudos de piedra en algunas casas solariegas de Antigua Guatemala.

ANTIGUA GUATEMALA

Por
LUIS MARIÑAS



La tranquilidad del agua en el estanque. Es el patio del claustro de Santa Clara, con sus antiguas ruinas.

El valle de Panchoy, donde se va a edificar Antigua Guatemala, tiene muy poco en común con España; situado a 10.000 kilómetros de la Península, las condiciones de vida son menos duras y la naturaleza más pródiga y benigna.

El valle está en pleno trópico, pero su altura—1.500 metros—le proporciona un clima suave y constante durante todo el año, con temperaturas que no exceden de los 20 grados ni bajan de los 15. La localización tropical le proporciona lluvias abundantes y el terreno volcánico sobre el que se asienta presta ilimitada fertilidad a su suelo. El español que llega en el siglo XVI tiene que observar el contraste entre esta feracidad y la aridez de la meseta castellana.

La fauna era diferente; las faldas del volcán de Agua están llenas de animales salvajes y exóticos; el coyote y el pecarí, el venado y el tigrillo, que progresivamente serán sustituídos por el animal doméstico que trae el español.

Pero sobre todo hay agua, y el español que llega en el siglo XVI a Guatemala es un hombre de frontera, extremeño o andaluz, a quien un contacto secular con el Islam ha hecho apreciar la importancia económica y el valor recreativo del agua, y en Antigua hay un río, el Pensativo, y abundantes fuentes y manantiales.

Los habitantes son escasos, y bajo su nivel cultural; hacía ya más de un siglo que Mayapán, la última gran ciudad maya, ha sido destruída por las guerras civiles, que han arruinado a la civilización otrora tan pujante, y el valle del Panchoy había sido siempre una zona fronteriza y periférica de la civilización maya.

Este vacío cultural y unas circunstancias naturales óptimas permiten a los españoles construir una ciudad a imagen y semejanza de las peninsulares; por ello el escudo de la ciudad—Santiago Matamoros sobre los tres volcanes—no deja de ser en extremo representativo.

Pero el español aislado de su Patria no sólo conserva como aglutinante sus formas de vida, sino que las trasplanta al poblador originario, al que asimila en pocas generaciones de tal forma, que el cronista Bernal Díaz, uno de los conquistadores que será regidor de Antigua, donde muere a la edad de noventa años, puede escribir a los pocos lustros de la conquista: «Y muchos hijos de principales saben leer y escribir, y componen libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán y hacen paños de lana, aunque sean veinticuatrenos, hasta prisas y sayal y mantas y frazadas; y son cardadores de perailes y tejedores y según y de la manera que se hace en Sevilla y en Cuenca, y otros sombrereros y jaboneros... Algunos de ellos son cirujanos y herbolarios y saben jugar a manos y hacer títeres y hacen vihuelas muy buenas... y han plantado sus tierras heredadas de todos los árboles y frutas que hemos traído de España» (1).

JUAN B. ANTONELLI TRAZA LOS PLANOS DE ANTIGUA EN 1541

En el valle de Panchoy falta la piedra, pero el co- (Pasa a la pág. 49.)

(1) Bernal Díaz del Castillo: «Verdadera y Notable Relación del Descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala», Guatemala, 1933; tomo II, página 73.



La Universidad de San Carlos Borromeo no sabe hoy de voces estudiantiles por sus patios y sus aulas.

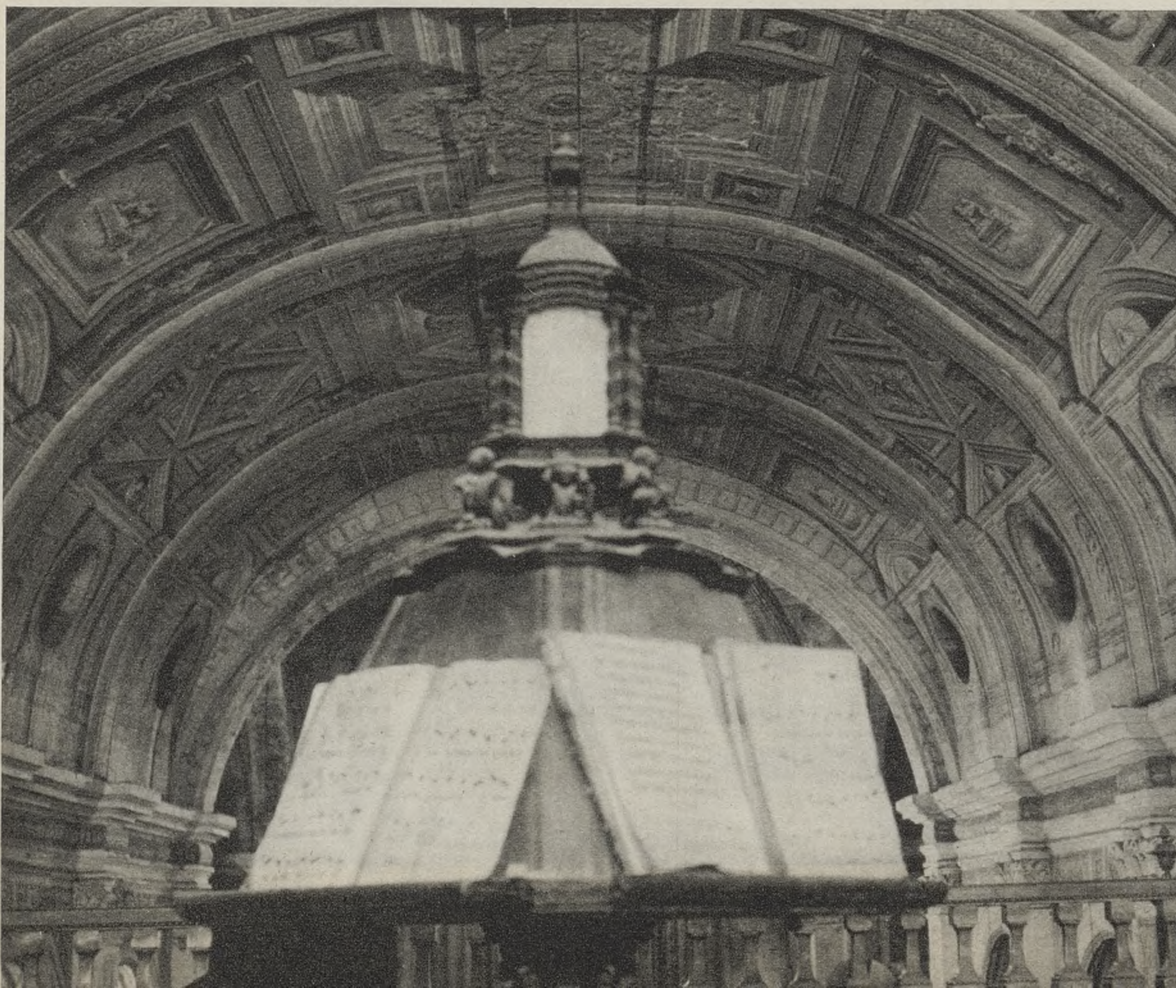
SAN AGUSTIN DE MANILA, PRIMERA IGLESIA CATOLICA EN ORIENTE

SUS MUROS CONSERVAN LOS RESTOS DE HEROES ESPAÑOLES Y FILIPINOS

LOS TERREMOTOS, LOS INGLESES Y LOS NIPONES DESTRUYERON VARIAS VECES EL HISTORICO LUGAR

Por ANTONIO R. MARTIN
INGENIERO MILITAR Y CIVIL

San Agustín tenía dos torres gemelas, pero los terremotos de 1863 y 1880 han dejado sólo ésta como único vigía de campos y de mares filipinos.



Los libros litúrgicos, abiertos sobre el facistol. En San Agustín hay treinta cantorales en pergamino con viñetas. Algunos, de los siglos XVI y XVII.

LA iglesia de San Agustín de Manila es la primera católica fundada en el Oriente por los beneméritos agustinos que acompañaron al extraordinario varón don Miguel López de Legazpi.

En Filipinas, como en todos los lugares que vinieron a formar parte del gran Imperio español, los monarcas atendieron desde un primer momento a la conversión de sus habitantes a la Iglesia de Cristo. Para poder ser súbditos de la corona de España, con los derechos y deberes que ello implicaba, los nativos tenían que entrar a formar parte de la Iglesia católica.

Esto explica que en la expedición de Legazpi, en 1564, fueran nombrados por la corona, escogidos cuidadosamente, seis agustinos: el gran cosmógrafo, militar y marino Andrés de Urdaneta, Martín de Rada, Diego de Herrera, Andrés de Aguirre, Lorenzo Ximénez y Pedro de Gamboa.

El padre Rada fué un notable lingüista y matemático y vino a ser la principal figura en las misiones filipinas. El padre Herrera fué superior, y con sus esfuerzos en México y España consiguió la guía y soporte necesarios para asegurar el éxito espiritual de la empresa. El padre Aguirre volvió a México y España con Urdaneta en 1565, y no volvió a Filipinas hasta el año 1580; pero sus actividades, principalmente como provincial, son ejemplos de su celo y competencia excepcionales. El padre Gamboa estuvo mucho tiempo enfermo mientras permaneció en las islas, pero participó activamente en todos los asuntos espirituales hasta 1569, cuando, forzado por su mala salud, embarcó para México, muriendo en el mar sin llegar a su destino.

La primera venida a Manila fué realizada por Goiti—lugarteniente de Legazpi—, quien en 6 de junio de 1570 tomaba posesión de la isla de Luzón en nombre del rey de España, después de las batallas contra los moros capitaneados por el rajá Solimán y de la liberación de los chinos cautivos, volviendo a la isla de Panay.

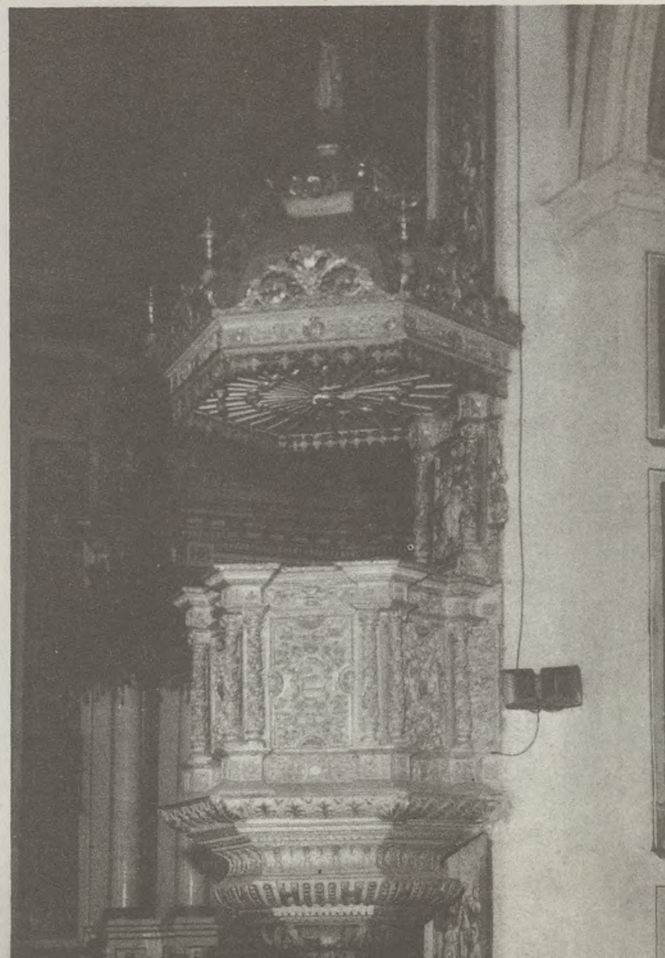
En mayo de 1571, Legazpi y sus hombres pusieron vela a la isla de Luzón. Le acompañaba el padre Herrera. Tan pronto como el gran adelantado tomó posesión de Manila, su primer cuidado fué el replanteo de la futura capital de las Filipinas, y asignó la superficie equivalente al bonito número de 21.212 metros cuadrados en el suroeste de la nueva ciudad a los misioneros agustinos y primeros católicos de las islas. En este lugar, y en el mismo año 1571, los agustinos construyeron, con bambú y nipa, la primera iglesia y conventos en la isla de Luzón. Esta iglesia no duró mucho. El pirata chino Limahong invadió Manila en 1574 e incendió *(Pasa a la pág. 52.)*

El coro de San Agustín, soportado por dos grandes arcos rebajados, tiene sesenta y ocho asientos. Construidos en madera de «molove», sus respaldos y brazos están finamente taraceados. La obra data del siglo XVII, cuando ya el convento de San Agustín llevaba bastantes años siendo el centro espiritual del archipiélago.

Rezos íntimos para el Dios verdadero, ante el que se arrodillan los católicos filipinos de todas las clases y edades, bajo los techos de la iglesia de San Agustín. La nave central—alrededor de la cual se reparten catorce altares distintos—está iluminada por dieciséis arañas, perfecta labor artesana de cristal tallado.



Nuestro barroco del Siglo de Oro también llegó a Filipinas. Los complicados adornos del púlpito de San Agustín están hechos en madera policromada.



Manuel Barbero Rebolledo, Rafael de la Joya y César Ortiz-Echagüe estudian juntos sus planos. Para los tres arquitectos españoles han sido los 25.000 dólares del «Memorial Reynolds», un premio internacional de alta categoría, por la construcción en aluminio de los comedores de la S. E. A. T. Española, en Barcelona.

Tres españoles reciben el premio internacional de arquitectura MEMORIAL REYNOLDS

POR ENRIQUE RUIZ GARCIA

MÁIQUEZ, 26, planta baja. El portero sabía de sobra que algo importante pasaba, porque mueve el índice, enseñándome el camino, con el aire de quien está al cabo de la calle.

—Sí, sí, la primera puerta al fondo.

El portero se queda cantando alegremente. Eran las cinco de la tarde. El estudio de los jóvenes arquitectos españoles que acaban de ganar, en los Estados Unidos, el Premio Internacional Reynolds para construcciones realizadas en aluminio, es un estudio pequeño, ocupado materialmente por las fotografías, los planos, los proyectos. En un rincón, con su magnetofón, un periodista americano está entrevistando a Rafael de la Joya, uno de los tres premiados, que habla inglés. La voz de mi colega americano es alta, precisa, para que llegue perfectamente nítida al micrófono, que levanta, tranquilo, a la altura de la boca. El aparato es su pluma, pero no la mía.

Tengo ante mí, en el entretanto, a los arquitectos Manuel Barbero Rebolledo y César Ortiz-Echagüe, que, con Rafael de la Joya, que sigue castigado en su rincón, forman el trío, equipo y sociedad que construyera, en Barcelona, el conjunto de comedores de la fábrica española de automóviles S. E. A. T., que ha merecido el Premio Reynolds y los 25.000 dólares complementarios.

Manuel Barbero Rebolledo y César Ortiz-Echagüe se suceden en el interrogatorio. Uno va y otro viene. El teléfono repica. Allá, en la sala, el aparato de mi colega sigue dando vueltas.

Limpieza y comodidad se conjugan en este interior de los comedores, de línea sencilla y moderna. El muro de cristal llevará a los comensales todo el color limpio y el encanto del cielo y de los árboles.



En equipo, confrontando ideas, números y proyectos, nuestros tres jóvenes arquitectos—el mayor de los tres sólo tiene treinta y cinco años—, finalizaron alegremente sus planos. Luego, la segunda etapa: la construcción. El proyecto se hizo realidad. Después, un premio internacional vino dentro de nuestras fronteras.

MANUEL BARBERO REBOLLEDO (TREINTA Y DOS AÑOS) CREE QUE LA ARQUITECTURA ES SINCERIDAD

Los tres hombres son jóvenes, lo que es confortante. Barbero Rebolledo tiene treinta y dos años. De perfil, rubio y claros los ojos, tiene la planta de un europeo del Renacimiento. Sólo le falta el peso, la potencia física. El, al revés, está quemado, delgado y un si cansado. Lleva las manos a los labios y los dedos pellizcan las briznas del tabaco. Con un ademán de los brazos me enseña el estudio, libros, planos, dibujos...

—Aquí pasamos todo el día. Esta es mi profesión.

Estos mozos están preparados para marchar a los Estados Unidos a recoger el premio. Tienen, año más, año menos, mi edad. ¿Qué piensa la juventud?

—Vivimos una época, arquitectónicamente se entiende, que busca la sinceridad. Creo que existe demasiada presunción, demasiada «fachada», y, por eso mismo, es bonito esto de ir buscando lo verdadero.

Un hombre de trabajo es un optimista. Barbero Rebolledo se levanta, me enseña las fotografías de los edificios de la S. E. A. T.

—La arquitectura tiene que considerarse desde un punto de vista humano. Un edificio...

—¿Qué es un edificio para usted?

Da vueltas a la pregunta. Pareciera que es una cosa sólida, algo tangible.

—Un edificio tiene muchas funciones que cumplir. Tiene que dar abrigo a los que en él viven, desde luego, pero lo importante es crear el ambiente. El arquitecto tiene que pensar que «allí» han de vivir seres humanos.

Me gusta esta conversación. Manuel Barbero Rebolledo intenta ser y decir las cosas que siente. Ninguna afectación cuando dice, por ejemplo, estas palabras:

—Creo en la tarea de cada día y no me preocupo para nada en lo que ello pueda servirme a mí personalmente. Hay que ponerse a la obra, y, al final, es ella la que nos lleva a un sitio concreto.

Pasamos ahora al gran tema: el Premio Reynolds. A su tiempo mandaron al concurso mundial los planos y todos los demás requisitos complementarios.

—¿Cómo recibió la noticia?

Sonríe.

—Estaba trabajando en Valladolid, dirigiendo unas obras, cuando recibí un telegrama urgente diciéndome que llamara a Madrid. Cuando puse la conferencia hubo un retraso y me fuí a comer. Cuando regresé, el encargado de las obras me dijo que habían llamado por teléfono pidiendo que estuviera a las cinco en la capital. Al parecer, nos esperaban unos periodistas norteamericanos.

—¿Qué pensó?

—Tuve la esperanza de que fuera el premio, pero luego me dejé de pensar en tonterías y creí que podría ser cualquier otra cosa. Habíamos trabajando con los america- (Pasa a la pág. 53.)

El aluminio de la construcción se asoma sobre la tranquila superficie del estanque. Estos comedores tienen capacidad para mil seiscientos obreros, que allí descansan de la agobiadora monotonía de su trabajo.



VAZQUEZ DIAZ Y LOS HOMBRES DE SU TIEMPO

POR JOSE M.ª MORENO GALVAN

Del 22 de mayo al 22 de junio pasado se ha celebrado en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid una exposición realmente excepcional. La que con el título «Hombres de mi tiempo» ha realizado Daniel Vázquez Díaz. A la importancia, que ya puede considerarse histórica, del maestro, hay que añadir la de ser la más significativa colección iconográfica de los que hicieron el pensamiento hispánico.



RUBEN DARIO

EL mismo año que murió Cézanne —1906—llegaron a París dos españoles: José Victoriano González —«Juan Gris»—y Daniel Vázquez Díaz. Vale la pena desvariar un poco sobre la concurrencia de tres nombres en la cifra de un año. Si las fechas pueden tener un sentido mayor que el de una simple referencia, pongan atención a ésta quienes estén interesados por las vicisitudes de la arquitectura pictórica en la forma.

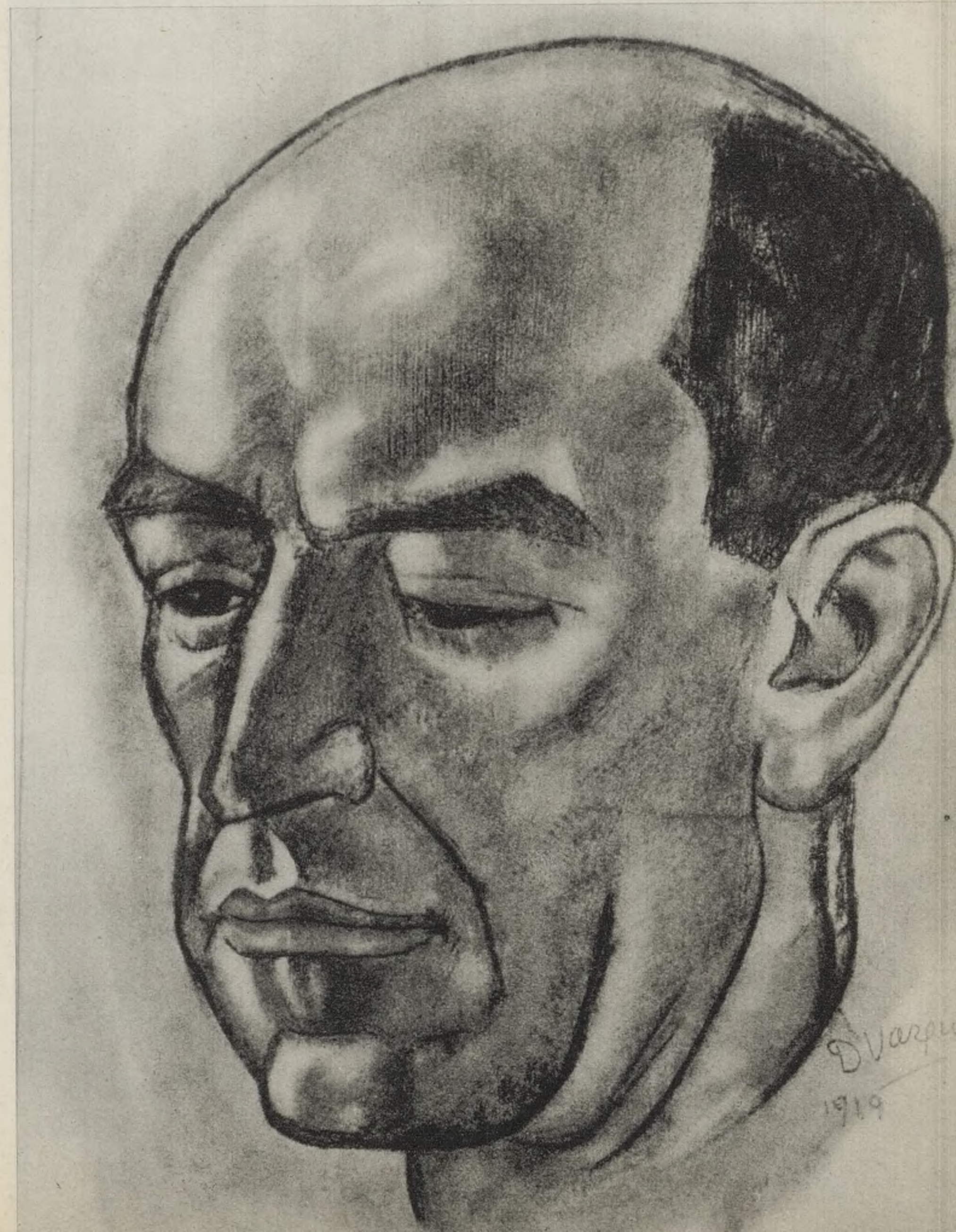
En 1906, en efecto, murió en Aix-en-Provence el maestro que dejó planteada para la pintura la necesidad de estructurarla geométricamente. Y en este mismo año anclaron en París dos españoles que habían de ser, por muy distintos caminos, arquitectos desarrolladores de la forma pictórica intuída por Cézanne. Juan Gris, por el camino del cubismo ortodoxo, hasta indagar el máximo de sus posibilidades formales. Daniel Vázquez Díaz, por el de la búsqueda de la realidad hasta lograr captarla en el límite con la vida. Dos años antes se había aposentado definitivamente en la capital de Francia otro español que iba a ser el iniciador del cubismo y príncipe de la pintura contemporánea, Pablo Ruiz Picasso.

Desarrollando teóricamente las intuiciones cubistas, Juan Gris estableció en cierta ocasión la necesidad de proceder, siguiendo el magisterio de Cézanne, a la inversa de sus postulados. Es decir, que si Cézanne apuntó la necesidad de la captación de la forma geométrica, para marchar desde los tipos diferenciados a la forma-tipo universal, Juan Gris señaló la conveniencia de apoderarse de la forma-tipo general para alcanzar a su través el tipo diferenciado: «Cézanne, de una botella, hizo un cilindro; yo voy a hacer de un cilindro una botella», fueron textualmente sus palabras. Pues bien, vamos a ver cómo esas mismas palabras van a tener su correspondencia en Vázquez Díaz. El maestro de Nerva no ha sido, como Juan Gris, un teórico, pero toda su obra puede considerarse desprendida de un postulado estético fundamental: *Cézanne, a través de la vida, ha encontrado la norma geométrica; Vázquez Díaz, a través de la norma geométrica, ha reencontrado la vida.*

Creo que a estas alturas ya va siendo hora de descartar la difundida idea de un Vázquez Díaz descendiente del cubismo. Y que incluso va siendo hora también de establecer la nueva idea de que lo que el cubismo y Vázquez Díaz tienen de común es la común descendencia de un mismo tronco formal. En 1906, a la muerte de Cézanne, el camino de la gran forma pictórica se bifurca —al menos en lo que a España respecta—en dos rutas absolutamente distintas y de grandes trascendencias: la ruta de la forma por la forma, iniciada por el cubismo, y la ruta del retorno a la vida por la forma, iniciada por Vázquez Díaz.

Encontrar para el arte la norma geométrica equivale a haber captado una ley general para la creación. Haber encontrado el camino desde la forma a la vida equivale a *estar aposentado en la ley para, sin eva-*

MANUEL DE FALLA





GABRIELA MISTRAL

dirla, alcanzar la diferenciación. ¡Diferenciar dentro de la rigidez de una norma! La frase paradojal cobra sentido en su traducción a una sola palabra: «aristocracia».

Pero el camino de la diferenciación tiene una meta inequívoca para Daniel Vázquez Díaz. Balbuceando en la inmensa grey de todas las especies, seleccionando tipos en torrenteras gregarias, aislando unidades de las cantidades informes, la apetencia diferenciadora encuentra al fin al ser, por definición, más diferenciado: el hombre. El hombre, cuyo concepto genérico apenas si alcanza a cubrir los límites de una palabra; cuya idea, para que sea cercanamente mensurable, hay que cambiarla por la de *un hombre*. Aislada ya la unidad de la cantidad, *un hombre ya es un retrato*, la faz de alguien que es ejemplar único de una especie única, huella de algo que nunca más volverá a repetirse. Quien, como Vázquez Díaz, indaga en la diferenciación buscando la vida por la forma, se encuentra con el retrato. Y quien logra el retrato (por favor, que no se hagan ilusiones los falsificadores; que no se olvide que la aristocracia de ser retratista se paga con la servidumbre a una ley muy rígida de la forma; que no se hace un retrato porque se logre una apariencia de superficie con la treta de una fórmula académica)...; y quien logra el retrato, digo, logra grabar su huella en el camino polvoriento de la historia. Quien retrata—y, por favor, concédanle todo el énfasis a la palabra para que no se contamine con el olor de las falsificaciones—, quien retrata se ha colocado misteriosamente en un punto de la historia desde el que se percibe pasado y porvenir. Porque retratar es perpetuarse, comunicarse con un futuro incierto. (De todas las artes universales, tan sólo el Occidente ha poseído el retrato; de todas las culturas universales, tan sólo el Occidente ha tenido sentido histórico. Las circunstancias no se asocian al azar ni por capricho.)

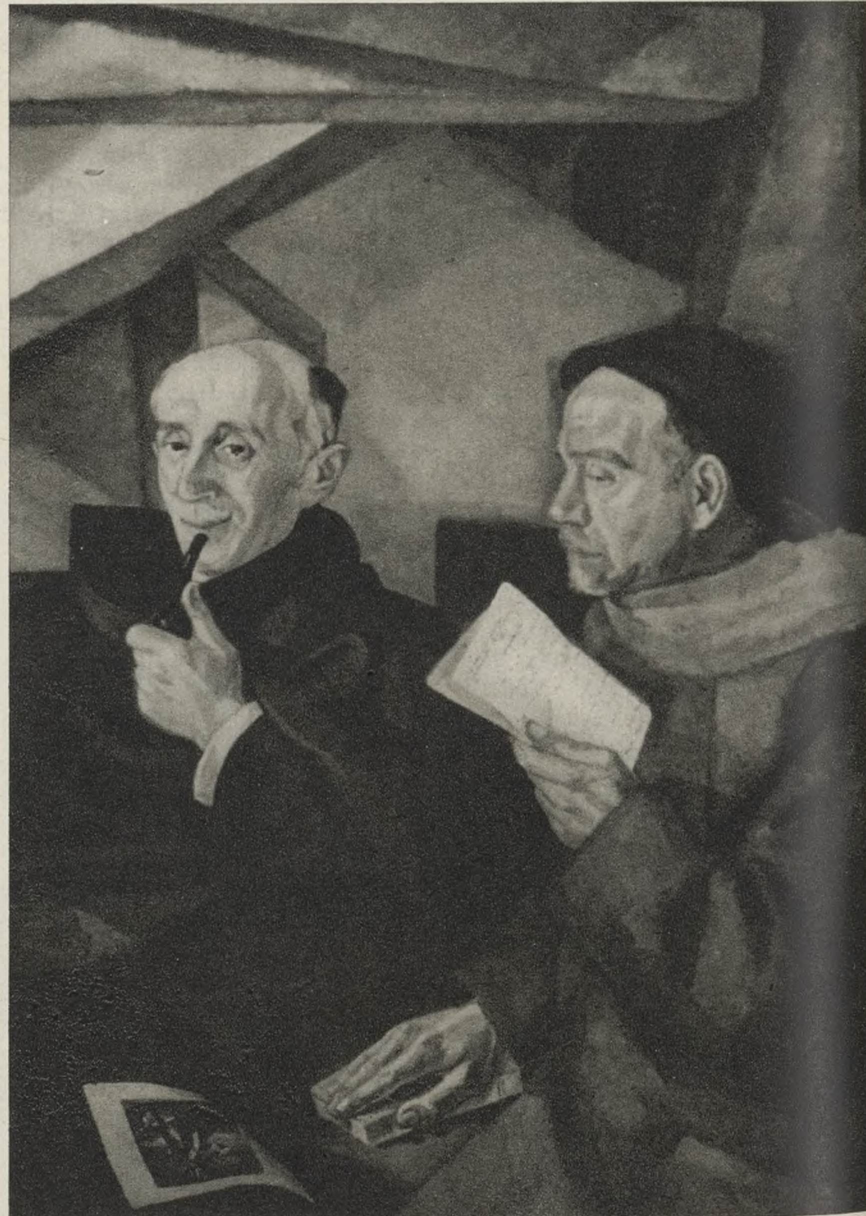
Vázquez Díaz sabe que un retrato no puede estar sólo en la superficie —¿verdad, Leonardo?—, sino en un alma que ilumine la superficie. Es la misma alma que no se ha separado del cuerpo de la Gioconda, porque tiene que seguir alimentando la vida de una misteriosa sonrisa. Vázquez Díaz sabe que la humanidad del retratado no acaba en la frontera de su límite físico, sino que llena todo un ámbito—¿verdad, don Diego Velázquez?—y alguna vez se escapa hasta del ámbito jurisdiccional de una tela para establecer un diálogo mudo con el espectador.

No; las circunstancias no se confabulan al azar ni por capricho. Que Vázquez Díaz conociese a Rubén Darío en el París anterior a la primera gran guerra acaso pudiera ser un simple azar. Pero que Rubén Darío, entonces director de la revista *Mundial*, necesitase un iconógrafo y se dirigiese directamente al único de su

AMADO NERVO



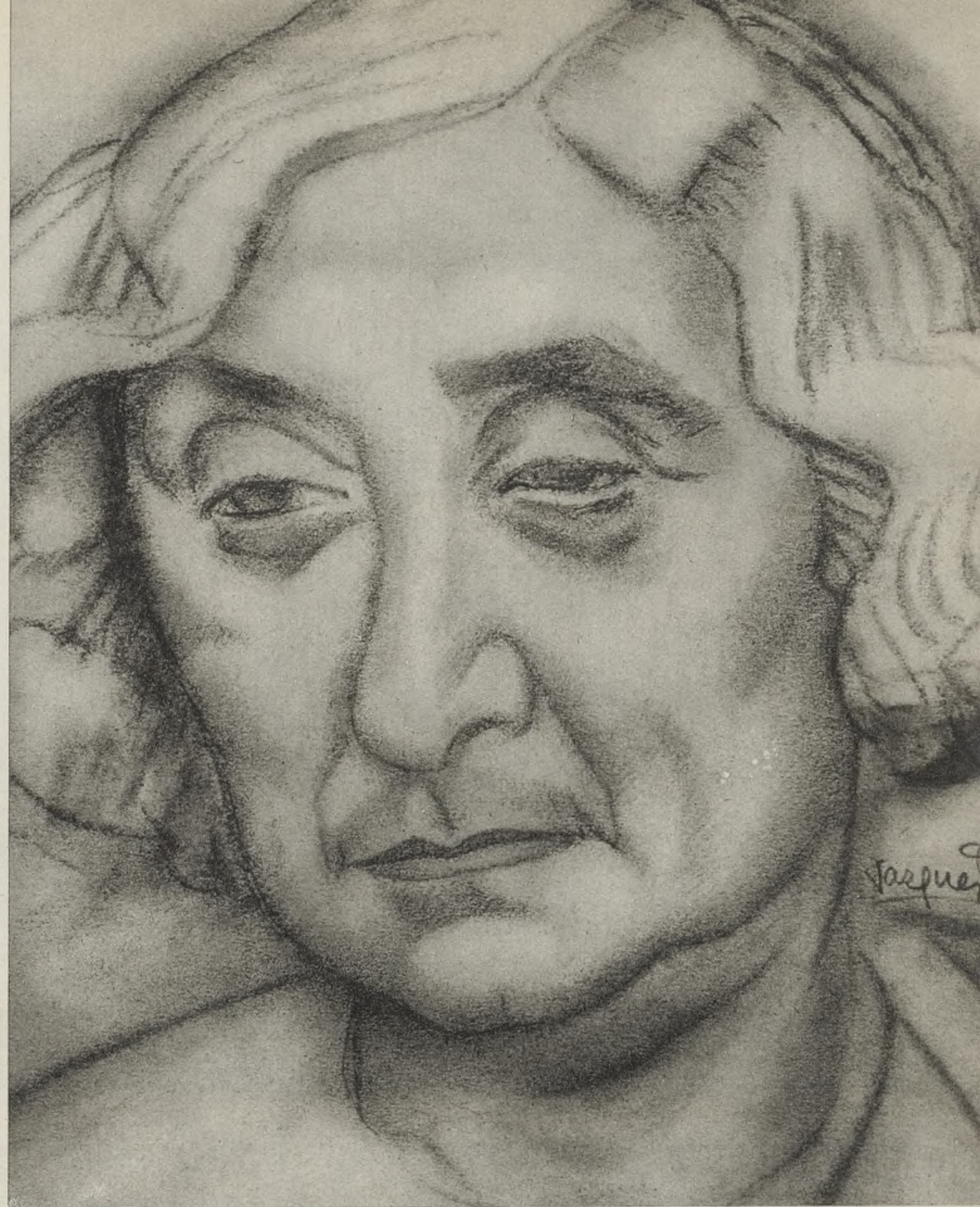
PIO BAROJA Y RICARDO BAROJA



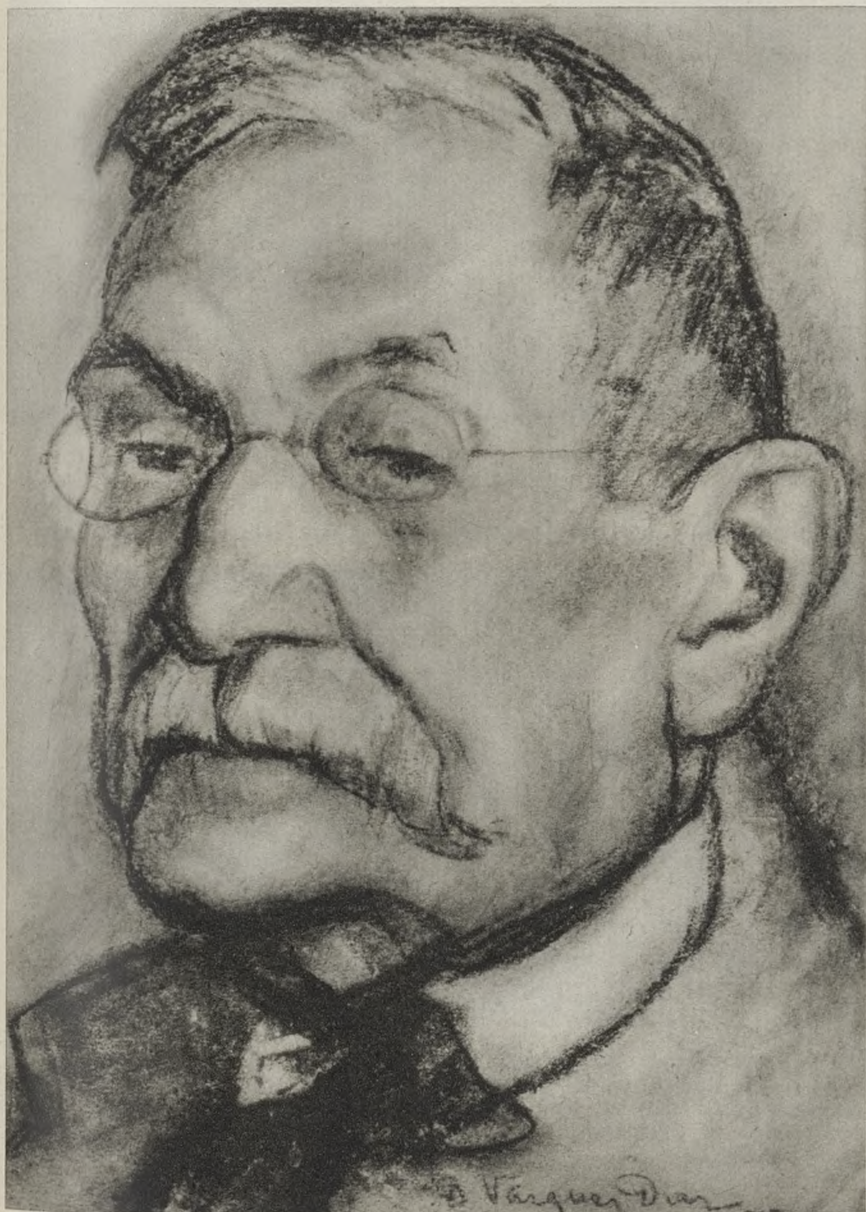
tiempo, eso ya no podía ser un simple azar. Aquello fué, sencillamente, una confabulación de actitudes. La pasión de Vázquez Díaz por retratar es anterior a la circunstancia de la demanda de sus retratos para una revista. Es la pasión de quien se siente subconscientemente «testigo» y quiere perpetuarse. Ahí está su cabeza de Rodin, cargada no sólo con la historia de Rodin y Vázquez Díaz, sino también con la historia de una tarde calurosa, en la que el venerable maestro le concedió una hora de penumbra, defendida con cortinas de los rayos solares del Luxemburgo. Es un retrato hecho con prisa, con la prisa del que quiere recoger para la eternidad la cabeza de un dios al que se le va acercando la muerte. Así, por la necesidad de una publicación o por su simple necesidad interior, fueron surgiendo esos dibujos magistrales, a los cuales hay que acudir de cuando en cuando para aproximarnos a lo que fué la luz de la juventud o el comienzo de la madurez de nuestros grandes hombres: Juan Ramón Jiménez, con la mirada profundísima de sus ojos nazarenos; Ortega y Gasset, con una sien nimbada de poderío; Rubén el de Nicaragua, todavía león selvático; el doctor Marañón, a trazos geométricos con fulgores de norma; Gabriela Mistral, Juan Belmonte, Menéndez Pidal...

Los óleos: don Pío Baroja, solitario, ensimismado, monologador interior, está sentado junto a la sonrisa sutilmente socarrona de su hermano Ricardo. Aquel don Francisco de la potente humanidad, el diletante de todos los placeres civilizados, desafía con la cabeza enhiesta las luces del epicureísmo. Sí, Vázquez Díaz sabe que el retrato es la diferenciación, y don Francisco ya puede asomarse, esteta de un dandysmo reminiscente, a un palco de la ópera; ya puede paralelizar su volumen con el de un «cello»; ya puede, desde su sillón, enfundado en rojos prelaticios, perder la mirada en sus recuerdos. En cualquier caso, él es el don Francisco de Vázquez Díaz. ¡Oh Dios, y cómo acude hasta el recuerdo toda una lejana cercanía de la Historia! Don Miguel de Unamuno no sabemos si nos traspasa con su faz aquilina o con el dardo encendido de su pensamiento; los hermanos Solana acabarán iniciándonos en el secreto esteticismo de una muerte ibérica; la figura de Azorín es como la huella grafológica de su propio estilo... Una vez más, don Pío Baroja, ahora doblemente solitario de su soledad interior y de vacío en torno; don Pío, que escribe de perfil, como aquel Erasmo que retrató Holbein, paralelo en serenidad con Erasmo el humanista, pararelo, a cuatro siglos de distancia, de Rotterdam y Vera del Bidasoa, de dos rincones donde trabaja un hombre, de dos presencias invisibles del Espíritu... ¡Eternidad de la pintura eterna!

Así ha entendido la diferenciación por la forma Daniel Vázquez Díaz.

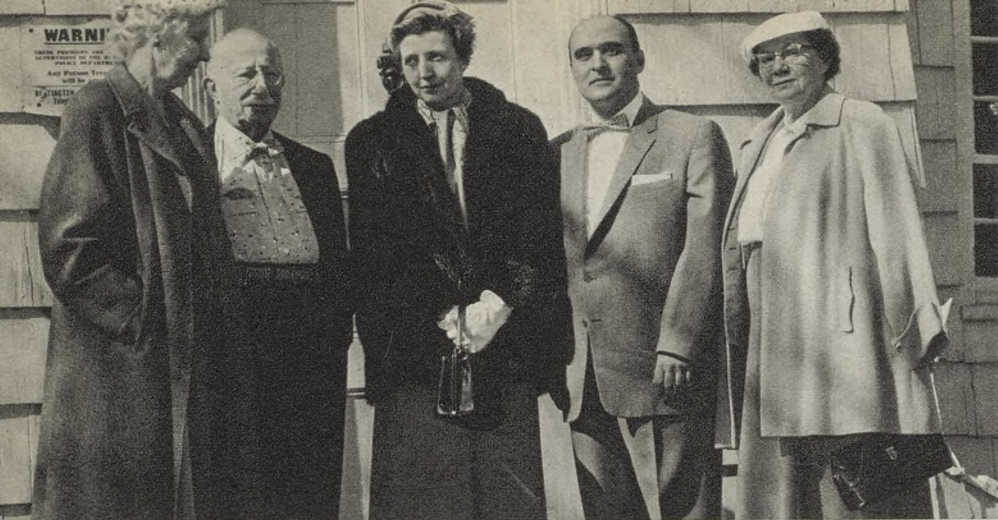

MARIA GUERRERO

PEREZ GALDOS



RAMON MENENDEZ PIDAL



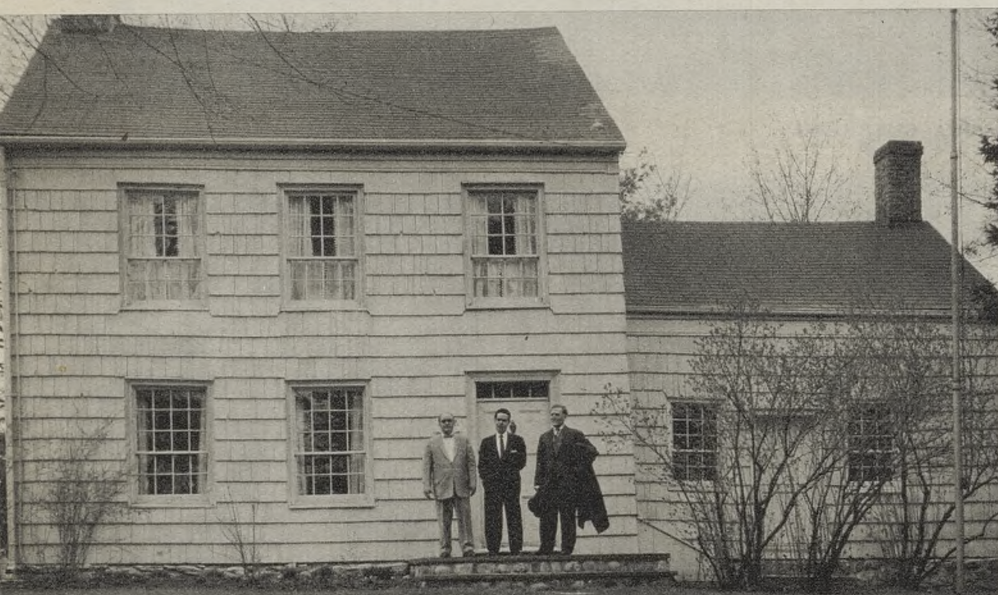


GRAFICAS DE 30 DIAS



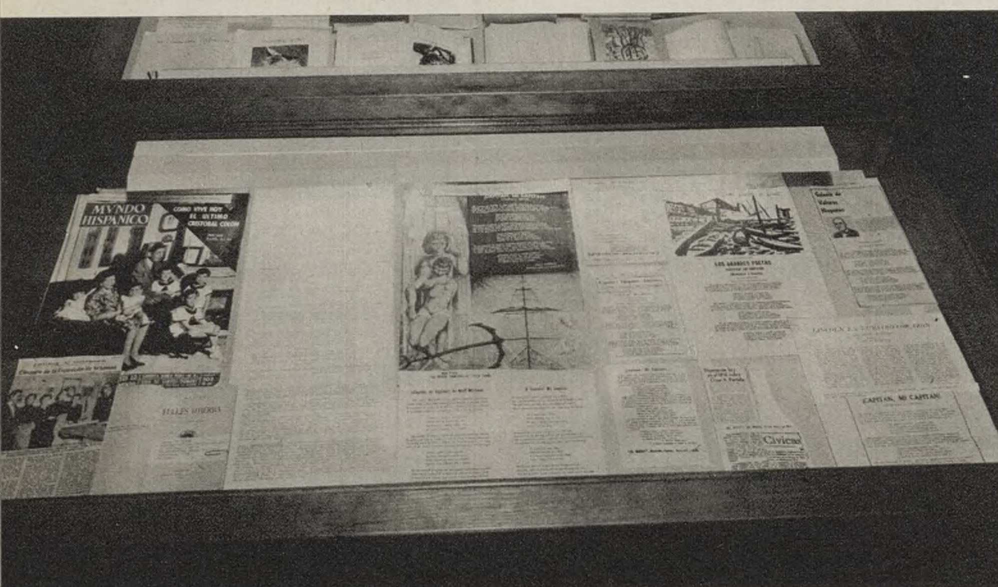


ONCE NUEVOS SACERDOTES PARA HISPANOAMERICA.—En 1954 se fundó en España el Seminario Teológico Hispanoamericano, en el Palacio de América, de la Ciudad Universitaria. Recientemente, el nuncio de Su Santidad, monseñor Antoniutti, ordenó a once presbíteros formados en dicho seminario, que irán próximamente a ejercer su sagrado ministerio a las tierras de Hispanoamérica.





A BENEFICIO DEL SUBURBIO DE VENTAS, EN EL INSTITUTO NACIONAL DE PREVISION, DE MADRID.—Doña Enriqueta Hanne organizó una velada artística a beneficio de la Obra Social de Beneficencia del Suburbio de Ventas. Don Alberto Insúa, que hizo la presentación del acto, felicita a la organizadora.



INAUGURACION DE LA CASA DE WHITMAN, EN SOUTH HUTINGTON, LONG ISLAND.—La vieja casa de madera donde el universal poeta americano Walt Whitman nació hace cerca de siglo y medio ha sido inaugurada recientemente como Museo Whitman. Nuestras fotografías recogen varios momentos de dicho acto, presidido por la directora de la Asociación Whitman, señora John J. Klaber. En una de las vitrinas están recogidas ocho publicaciones donde apareció el poema «Oh Capitán». Entre ellas figura MVNDO HISPANICO.



HOMENAJE EN MEMORIA DE CARLOS RENDON BARNOYA.—Enamorado de las cosas de España y de Hispanoamérica, Carlos Rendón Barnoya fué, hasta su muerte, presidente del Instituto Guatemalteco de Cultura Hispánica. Recientemente se celebraron unos actos de homenaje a su memoria, entre los cuales figuró la inauguración de una biblioteca, que llevará el nombre del ilustre guatemalteco, y la entrega a su viuda de un pergamino expresivo del homenaje. El embajador de España en Guatemala, don Mariano Vidal Tolosana, estuvo presente en estos actos de confraternización hispano-guatemalteca.

BODA DE UNA HIJA DEL PRESIDENTE FILIPINO.—La señorita Linda García, hija del actual Presidente de la República filipina, señor don Carlos P. García, se ha casado, el pasado mes de mayo, con don Fernando Campos, abogado de la ciudad de Kabice. Fueron apadrinados por el presidente del Senado filipino y doña Luz Balzán, viuda del presidente Magsaysay. En la foto, los recién casados cortan el pastel de bodas, que representa el Colegio de Artes Liberales de Manila.



RUPERTO ALARCON FALCONI, EX EMBAJADOR DEL ECUADOR EN MADRID, EN MEXICO.—El ex embajador del Ecuador en Madrid y actual embajador de su país en México, ha sido objeto de un homenaje, a su llegada a este país, por el representante oficioso de España, señor Oños de Landolit, al que asistieron numerosos embajadores acreditados en la capital azteca.



DON ERNESTO LAORDEN, CONSUL GENERAL DE ESPAÑA EN PUERTO RICO. Don Ernesto Laorden, director de MVNDO HISPANICO hasta su nombramiento de cónsul general de España en Puerto Rico, ha visitado a la alcaldesa de la ciudad de San Juan, capital de la isla, doña Felisa Rincón de Santiago.

I EXPOSICION BIBLIOGRAFICA DE MATERIAL PEDAGOGICO DE IBEROAMERICA.—Recientemente se celebró en Madrid una interesante Exposición que reunió por vez primera en el mundo el más reciente material bibliográfico de índole pedagógica de toda Iberoamérica. Estuvo organizada por el Círculo de Profesores Iberoamericanos y patrocinada por el Instituto de Cultura Hispánica y la Oficina de Educación Iberoamericana, y los días que permaneció abierta fué muy visitada.









EL ADIOS A MADRID DE ANA DE POMBO

UNA ESCUELA DESCONCERTANTE

Y LAS CASTAÑUELAS COMO ELEMENTO SOLISTA

Por FERNANDO MONTEJANO **Fotos: IBAÑEZ**

EN este anochecer, el marco impresionante del estudio privado de Ana de Pombo—el mismo que Antonio eligió para el montaje definitivo de sus bailes—rezuma intimidad. París está detrás de nosotros, agazapado en los muebles ochocentistas y en el tablero que los pies de la danzarina tocan como una aparición ancestral que se burlara de las leyes físicas para ir recomponiendo la filigrana de sus últimas danzas en Madrid. Ana de Pombo (antes Ana de España) nos dice adiós ofreciéndonos el original inédito de su expresionismo abstracto sobre el tapiz musical de Haendel, para concluir con la goyesca de su danza del abanico y apretar nuestras manos cariñosamente con los ojos cargados de nostalgia.

Ana de Pombo ha creado una escuela, dando un gigantesco paso en el vanguardismo artístico de última hora, y ha concedido un latido más al corazón de la música clásica. Dos nuevos caminos que abren brecha en nuestra actualidad. Su mensaje ha permanecido oculto hasta hoy, y por eso hemos sido invitados para presenciar su contenido y ajustarlo a nuestra transcripción.

—Para mí—nos ha dicho Ana de Pombo—, la danza es una plegaria.

París se entretuvo en cuajar su poder ideativo al margen de este mundo; porque Francia acogió muy pronto a Ana Caller de Donosteve y extendió su nombre entre el ambiente aristocrático de los desfiles de modelos que celebraba la casa Paquin, donde Ana dirigía y creaba vestidos; pero detrás de su cerebro privilegiado de figurinista su corazón la arrastraba cada noche hasta el estudio que nadie conocía.

La plaza de San Jorge, en Montmartre, guardó celosamente el secreto de la danzarina, hasta que Ninon Vallin llegó a su intimidad, consiguiendo la confidencia. Ninon, que no sabía del arte danzante de Ana, quedó sorprendida de cuanto vió en su visita al estudio, y días más tarde la cantante, acompañada de Rubinstein y Zamacois, protestó vigorosamente de que aquello no saliese a la luz pública. En consecuencia, el rincón de Montmartre saltó hasta el escenario de la sala Pleyel el 9 de junio de 1939. Mariano Daranas, corresponsal por entonces de *A B C*, escribía después del recital:

«Hemos presenciado un alarde viviente de la danza... Ana de Pombo espanta al salir por vez primera a un escenario...»

Opera de París, de Ruán, de Lyón, de Río de Janeiro, de Buenos Aires... Cuatro años de aplausos nutridos como respuesta a su mensaje de plástica y de armonía, recibidos en los mejores palcos escénicos del mundo. Y luego Madrid, para arrancar el grito admirativo de la crítica en su aparición bajo las candilejas del teatro Español.

Junto a Vicente Escudero, Ana de España y cincuenta bailarines. Por todas las esquinas, carteles anunciando el éxito atronante de los *ballets* de Ana de España, éxito que se repite en los festivales de Granada, sobre el escenario natural de Santo Domingo. Es demasiado cuerpo de baile y la artista pierde muchísimo. En un *(Pasa a la pág. 52.)*

LECCION DE AYER PARA EL PERIODISMO DE NUESTRA HORA

Por FRANCISCO CASARES

QUE en el periodismo español se han producido decisivas evoluciones, todo el mundo lo sabe. Y no es sólo la técnica, que, como en todas partes, se ha perfeccionado, ni la fisonomía de las hojas informativas. Hay factores de más importancia, en los que no dejó de proyectarse la influencia de las mutaciones que han dado un rumbo distinto a la Historia. Uno de ellos, el espíritu. Más por la revisión en los conceptos y las interpretaciones que por la lejanía cronológica, parece ya anacrónico aquel tipo de periodismo polémico, apasionado, en que las normas elementales de la ética profesional quedaban constantemente postergadas. Y luego, el elemento humano. Es en el estamento, como profesión, donde las rectificaciones han alcanzado más visible y definido carácter de sensacionalidad.

Mayores exigencias, en cuanto a la dotación de cultura y a la posesión de específicos conocimientos; el rigor de preparación para quienes advienen por impulsos vocacionales y porque el destajo se ha trocado en carrera con ancho horizonte por delante; la desaparición del tipo de periodista ocasional que acudía a las redacciones con fácil trámite de incorporarse, porque ello convenía a otras finalidades, y un concepto más estricto, más aquilatado, de las responsabilidades inherentes a la función de enjuiciar e informar, con la continuidad y coincidencia de adscripciones que a todos nos sitúan en identidad de servicios, son los fundamentos de ese proceso evolutivo que hace del periodismo, actualmente, una actividad notoriamente desemejante de la que conocimos los que podemos llamarnos profesionales veteranos.

Pero sería injusto olvidar o silenciar que hubo periodistas—por fortuna, muchos de ellos todavía en pleno ejercicio activo—a los que puede considerarse precursores de los modos y entendimientos de ahora. Hombres fervorosamente consagrados a nuestra tarea, que supieron llevar a ella, en honrosa anticipación, las normas que luego han prevalecido. Algunos cayeron precisamente porque, en relevo de egoístas conformismos, actuaron con irreductibles intransigencias. Rigor de conducta que comenzaban por aplicarse a ellos mismos, para no transgredir unos principios morales que venían a ser ordenanza del oficio adoptado y magisterio que, aun sin proponérselo, dejarían, como herencia espiritual, a quienes habían de reemplazarlos. Una lápida con veintitrés nombres nos dicta cada día, en la casa solar del periodismo madrileño, la lección de aquellos ajustes de quehacer y comprensión de deberes, y es, con el recuerdo sentimental, la frontera insalvable que impide desviaciones o tentación de incumplimientos.

Permanece en la memoria de los que hemos tenido la ventura de enlazar las dos etapas, la de antes de la Cruzada y la posterior, en que se registran los fundamentales cambios a que me he referido, el sacrificio de aquel grupo de inolvidables camaradas a los que inmoló la furia marxista por las precisas y definidas posiciones que tuvieran frente al espectáculo de la España que se escindía dramáticamente en rencor y en sangre. Si es cierto que los censos de víctimas fueron de extensión impresionante y que la más leve sospecha de identificación con el Movimiento determinaba las irreparables, fratricidas selecciones, no puede desconocerse que, en el caso de nuestros compañeros, de los mártires de la profesión, la concreta causa de las condenas—casi todas ellas sin apariencia de formalización judicial—fué su presencia en las filas de un periodismo nacional y católico, antecedente del que ahora nos funde y agrupa ilusionadamente.

Encabeza la gloriosa nómina de los caídos el que fué presidente de la Asociación de la Prensa, don Alfonso Rodríguez Santa María, subdirector de *A B C*, prototipo de caballerosidad, que, a salvo ya de las persecuciones y los riesgos del sadismo rojo, fué engañado para hacerle abandonar, "momentáneamente", la residencia diplomática en que había hallado seguridad y refugio, para ser asesinado. Y siguen a la preclara personalidad de aquel ilustre periodista, en la conjunción de los que sucumbieron por sus ideas y su recto entender de la profesión, otros que, aureolados de gloria, integran el recuerdo perenne de quienes con ellos convivimos. Jaime Maestro, de la comunión tradicionalista, modelo de sencillez y campechanía, figura relevante en el periodismo católico; José San Germán Ocaña, con su aire de mosquetero, viejo profesional, que fué brutalmente martirizado; Agustín Solache, la pureza misma, agudo, diligente, entusiasta de su oficio; don Rufino Blanco, inteligencia y rectitud consagradas a las tareas de un periódico de acusado matiz religioso; Bermúdez Cañete, culto, combativo, impetuoso; José Asenjo, en quien la confluencia de su uniforme de infante y su actuación en la prensa de derechas determinara un perfil de propiciatoria víctima; Fernando Gillis, también militar, dinámico, alegre, excelente compañero; Julio Duque, modesto fotógrafo, encanecido en la faena; Travesí, intachable, servidor fiel de una empresa y ejemplo de pulcritudes; Latorre, activo, servicial, con el antecedente de su labor en la Dictadura; el maestro Delgado Barreto, de cuya valía y singularidad no es necesario hacer encarecimientos. Y con esos profesionales y otros que no fueron más que periodistas, otras insignes personalidades, conectadas a nuestra tarea, aunque ella no constituyese su específica actividad, como Maeztu, Honorio Maura, Manuel Bueno...

Precursores fueron, para nuestro orgullo. El periodismo ha cambiado mucho. En el factor humano, esencialmente. Nos estimula a proseguir por la senda de la honestidad y un entendimiento moral del ejercicio el recuerdo de aquellos hombres excepcionales, cuyo sacrificio es cimiento de la obra y el destajo en que ahora estamos implicados.

LA PALABRA, LA IMAGEN, LA LETRA...

TEATRO

OTELO, *en el Teatro Romano de Mérida.*

Bueno es que, de cuando en cuando, el bello recinto del Teatro Romano de Mérida dimita de su actual condición de mero monumento histórico para volver—siquiera brevemente—a su inicial destino escénico, y éste es mérito que debe contabilizarse en el haber de la Diputación Provincial de Badajoz, bajo cuyo patrocinio vienen celebrándose brillantes representaciones de obras clásicas en el Teatro Romano de la ciudad extremeña. En esta ocasión han sido los versos shakespearianos de «Otelo» los que se han hecho oír junto a las nobles piedras emeritenses.

No es «Otelo» pieza de las que más se prestan en la producción de Shakespeare a la espectacularidad; pero José Tamayo, acreditando una vez más su innegable habilidad para el montaje de este género de grandiosas representaciones, ha sabido extraer a la conocida tragedia todas cuantas posibilidades ofrecía en orden a espectacularidad, movimiento de masas, etc., muy inteligentemente secundado en su empeño por los intérpretes y por su eficaz equipo técnico.

Asunción Sancho, Ana María Noé y Adolfo Marsillach fueron los actores que mejor se mantuvieron durante toda la representación en la línea de una adecuada calidad artística. Luis Prendes puso entusiasmo en su incorporación del gran celoso, pero a veces desmesuró el tipo del moro, aun cuando dijo con acierto y comunicadora emoción las escenas culminantes de la trama.

La versión, de don Nicolás González Ruiz, estimable, como de adaptador muy ducho ya en estos menesteres.

PRIMER ACTO, *nueva revista teatral.*

La desaparición—definitiva o provisional—de la revista *Teatro*, que durante algunos años dirigieron Manuel Benítez y Juan Manuel de Polanco, había dejado a los aficionados españoles sin una sola publicación dedicada íntegramente al arte dramático, y por ello es tanto más de resaltar la irrupción de *Primer Acto*, revista española del teatro, cuyos dos primeros números acreditan la preparación técnica y el excelente criterio artístico de quienes la realizan: José Angel Ezcurra, director; José Monleón, subdirector, Ramón Nieto, redactor jefe, y un Consejo de Redacción, formado por José López Rubio, Alfonso Sastre, José Luis Alonso y Adolfo Marsillach.

Primer Acto, sin menoscabo para la atención que ha de merecerle el teatro hispano, realiza una labor informativa del máximo interés respecto a los más resonantes sucesos del arte dramático en el extranjero, mediante la inserción de crónicas sobre la actualidad teatral en diversos países y, sobre todo, publicando el texto íntegro de piezas que han de considerarse como muy importantes dentro del teatro contemporáneo, tales como *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett, y *Las brujas de Salem*, de Arthur Miller.

Tanto por su orientación como por la calidad del contenido de sus dos primeros números, esta nueva revista teatral permite concebir bien fundadas esperanzas en cuanto a la eficacia de su labor en el panorama de la escena española.

CINE

LA CARCEL DE CRISTAL, *de Julio Coll.*

Acaso el secreto para hacer buen cine—cine estimable y digno, al menos—estribe en algo tan sencillo como esto: operar sobre temas conocidos. O, en todo caso, ésa es la impresión que uno tiene tras haber visto «La cárcel de cristal», película española, que ha dirigido Julio Coll, sobre guión que él mismo ha escrito en colaboración con Luis Camerón y Jorge Illa. Porque antes que director cinematográfico, Julio Coll había sido, durante algunos años, crítico teatral; lógicamente el mundo tan vario y complejo del teatro, con sus gentes y todas sus circunstancias, le era perfectamente conocido en extensión y hondura. Y cuando Julio Coll ha querido trasladar algunas facetas de ese variopinto mundo escénico al cine, el resultado ha sido «La cárcel de cristal», una buena película. Por algo será, y o uno anda muy descaminado, o mucho ha tenido que ver en el buen éxito de la realización la experiencia personal previa que sobre el tema poseía su director.

Si en «Cómicos»—otra película española de asunto teatral—destacaban los valores técnicos y el alarde de virtuosismo de su director, Juan Antonio Bardem, la mejor calidad de «La cárcel de cristal» radica en la extrema sensibilidad con que se ha profundizado en los caracteres de todos y cada uno de los personajes fundamentales. Verónica Larios y Julio Togores son, efectivamente, y no dejan de serlo ni un solo instante a lo largo de la película, una actriz y un actor, y como tales sienten sus problemas y actúan y hablan, pudiéndose decir lo mismo de cuantos personajes secundarios intervienen junto a la pareja protagonista. La sensación de «verdad» está plenamente lograda, y posiblemente haya contribuido a ello en no pequeña medida un acierto más de Julio Coll: la elección para esta película de intérpretes que, como Josefina Güell, Adolfo Marsillach, Milagros Leal y otros, lo son preferentemente del teatro, permitiéndoles esta circunstancia actuar en total identificación con sus respectivos cometidos, sobre todo por lo que respecta a Josefina Güell, cuyo perfecto trabajo en «La cárcel de cristal» parece señalar en ella una interesante posibilidad, que el cine español debe tener muy presente.

JUAN EMILIO ARAGONES

LIBROS ABIERTOS

ANTOLOGIA DE LA SILLA ESPAÑOLA, por Luis M. Feduchi.

Apenas un condensado e inteligente tránsito literario conduce directamente al lector a una sucesión de imágenes fotográficas, en las que la evolución de la silla española queda sintetizada.

Cualquier tema que en apariencia es banal, se engrandece súbitamente cuando lo atraviesan los rayos de la civilización. En efecto, sabemos que los estilos artísticos son, en definitiva, superestructuras de estilos vitales. Un estilo de vivir condiciona sutilmente las formas externas. Por tanto, hasta el más humilde y pasivo de los objetos cotidianos, cual es la silla, está penetrado de esa corriente del tiempo que, en definitiva, es el estilo. Y bien; en el libro del arquitecto Feduchi podemos ver en síntesis vertiginosa el proceso evolutivo de muy diferentes cambios de estilo en un objeto simple.



Asistimos complacidos, a través de un bien seleccionado mundo de imágenes, a la correspondencia entre lo que en la vida es cotidiano—la silla en este caso—y lo que alcanza límites egregios. Cuando miramos la historia retrospectivamente, tenemos la facultad de ver que cada tiempo es armonioso, que hay una entrañable dependencia entre Alfonso VI y su cocinera, que una simple silla puede estar penetrada por el mismo espíritu de un códice miniado y de una catedral. Así, en la iluminadora antología de Feduchi, vemos cómo en tiempos alto-medievales las sillas tienen la misma roma macidez de los claustros románicos; en los tiempos góticos, las sillas tienen en su esbeltez el mismo afán de grandeza ascensional que una aguja catedralicia; en tiempos renacientes, las sillas conjugan verticales y horizontales, como en un juego de coexistencia, de humanidad y trascendencia.

El libro dedica también una atención especial a la silla como elemento popular. Si las primeras definen un estilo con relación al tiempo, las segundas lo definen con relación al medio.

En el libro de Feduchi podemos ver, por ejemplo, un cierto ornamentalismo muy mediterráneo en las sillas populares de Mallorca, junto a una austera economía funcional en las sillas pastoriles castellanas.

En suma, un libro que define las rutas del estilo a través del más cotidiano de los objetos.

J. M. M. G.

UN ROSTRO EN EL RECUERDO y ANTOLOGIA POETICA, de Luciano Rottin. *Editorial Interamericana Fides. Buenos Aires, 1956.*

Esa medida emocional que tienen siempre las cartas de amor está aquí avalada por el sensible conocimiento y el toque lírico, inconfundible, de este poeta argentino, Luciano Rottin, que une ahora estos dos libros a su serie de publicaciones poéticas. *Un rostro en el recuerdo* es una serie de poemas en prosa, cartas breves, llenas de contenido erótico. Unas páginas que se leen con el anhelo de lo que se escapa de las manos, de puro sutil y condensado. En la *Antología* se recogen, en cuidada selección, una serie de poemas, espigados de sus libros anteriores. El estro claro, de andadura formal, de Luciano Rottin, nos da aquí una serie de ejemplos de lo que es la órbita vital y artística de un poeta que no ha necesitado romper los moldes más clásicos para comunicarnos la emoción de su mensaje. Destacan en el libro, además de otros poemas de mayor entidad y aliento, una serie de retratos breves, que titula perfiles, donde, a modo de «hai-kais», el «perfil» del retratado queda fugaz y agudamente captado por el fino y sensible cantor.

EL BAR EN EL MUNDO Y PEQUEÑA HISTORIA DE MI MUSEO, por Pedro Chicote. *Editorial Aguilar. Madrid, 1957.*

La indiscutible personalidad de Pedro Chicote, el «barman» español de fama mundial, destaca ahora en este libro que acaba de publicar, que no sólo es de gran utilidad para el profesional, sino que su ámbito de interés se abre para cualquier lector. Pedro Chicote tiene experiencia, conocimiento de su profesión y una clarísima «estrella» humana, que han prestado a su figura esa diferenciación que le abona. Que ahora nos cuente en un libro, y nos enseñe desde un libro, sus observaciones y su «cuidadosa disposición» en la difícil actividad elegida, tiene el mayor interés. El volumen, naturalmente, está enriquecido por una serie de fórmulas de su creación para preparar las más diversas mezclas y bebidas, y además de un retrato del autor, contiene ilustraciones del dibujante Jesús Bernal.

HISTORIAS DE CADA DIA, de José Amillo. *Editorial Cantalapiedra. Santander, 1957.*

La Editorial Cantalapiedra, siempre cuidadosa de la selección de sus obras, edita ahora este libro de cuentos de José Amillo, que ha obtenido el accésit del Premio Nacional de Literatura correspondiente al año 1956. «Son apenas momentos; no son historias», nos dirá el propio autor a la entrada del libro. Y se nos ocurre una vez más apuntar los justos límites que el género tiene. Nada más difícil de diagnosticar que la narración corta. La fuerza de expresividad que requiere, la eliminación de accesorios «novelísticos», la originalidad precisa en el autor para darnos desde su «ángulo» la llamarada del relato, son sustanciales en el cuento, y todo esto lo evidencia José Amillo en sus *Historias de cada día* con feliz coyuntura de aciertos. El estilo es directo, económico, dramático. Hay páginas de una síntesis expositiva admirable. Desde «Dos horas», donde el tema repetido tantas veces se vuelve en manos del autor nuevo y fragante por gracia de su invención, hasta «El tractorista», por ejemplo, en que la originalidad total se acusa desde las primeras líneas, José Amillo nos regala con un libro que le asegura un claro porvenir literario.

LA FORMACION DEL ESTILO, por Luis Alonso Schökel, S. I. *Biblioteca Comillensis. Editorial "Sal Terrae". Santander, 1957.*

Esta es la tercera edición del interesante libro del padre Schökel, desde el que da una serie de orientaciones prácticas y fundamentadas para obtener el estilo personal. Y si es verdad que nada más difícil en el menester literario que «enseñar al que no sirve», no quiere esto decir que libros como éste—poco frecuentes entre nuestras ediciones—no sean de una utilidad clara y de un interés extraordinario. Desde el análisis de las emociones hasta el mecanismo del relato para llegar a su máxima eficacia, el padre Schökel recorre, en un sistemático estudio, todo el camino difícil y escurridizo de lo que puede considerarse el taller de la creación literaria. Muchas cosas que el más avisado lector—o escritor—ha intuído o ha descubierto a medias, se dan en este libro de una manera precisa con su descubrimiento total y científico. El libro—que el autor subtitula con la fórmula «del profesor»—está concebido con intención didáctica y será de utilísimos beneficios para la cátedra o para el estudioso en general.

LOS HISPANIDAS (Epopeya del Descubrimiento), por Victorino García. *Madrid, 1957.*

«A la gloriosa Marina Española, descubridora de las Indias», dedica el poeta este libro, que es un canto total de la epopeya del Nuevo Mundo. Una vez más, la gesta colombina ha movido la pluma de un lírico, pero esta vez la empresa ha sido realmente meritoria. Ciento cincuenta páginas, en un canto continuado, donde en ningún momento se pierde la inspiración y la fuerza. El verso, blanco y endecasílabo por lo general, discurre con facilidad, y la expresión se hace clara y sencilla, lo que no quita aciertos metafóricos de arriesgada concepción. Los conocimientos históricos y clásicos de Victorino García han estado en todo momento presidiendo su emoción poética para dar cima a este poema épico, que ha enriquecido la bibliografía colombina.

LAS RELACIONES CULTURALES Y MORALES ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO CONTINENTE (Respuestas al Cuestionario de la U. N. E. S. C. O.). *Madrid. Ediciones Cultura Hispánica, 1957; 584 páginas 100 pesetas.*

Con un interesante prólogo, debido a la pluma de José María Pemán, las Ediciones Cultura Hispánica dan a la luz este volumen, donde se recogen las contestaciones de más de cincuenta personalidades de la intelectualidad hispanoamericana a la «encuesta» formulada por la U. N. E. S. C. O., que le fué encomendada en Buenos Aires a la Fundación Victoria y Suárez. Profesionales y técnicos de las más diversas ramas del saber, sobre un «patrón-base» proporcionado por la Organización universal, han dado su opinión sobre tan importante tema. Propugna Pemán en su prólogo la integración de todos en la cultura, único modo de «relación cultural» que existe, y así todas estas personalidades, al responder al acuciante problema, lo han hecho desde los más diversos y originalísimos aspectos, para cerrar en su conjunto este libro, que puede ser base fundamental para un entendimiento en el futuro, mejor y más profundo, de lo que debe ser Hispanoamérica con relación a Europa.

ALMANAQUE MUNDIAL (Enciclopedia anual de datos útiles y conocimientos prácticos): *Selecciones del «Reader's Digest», 1957 (386 páginas).*

Esa medida emocional que tiedigada por el mundo, tuvo en España también su costumbre y vigencia. Pero pocas veces se había logrado un volumen en el que pudiera encontrarse el dato preciso, lo mismo por el lector curioso en general que por cualquier oficina o institución cuya tarea exija el manejo de la cifra exacta o del nombre de aplicación inmediata. Datos geográficos, históricos, políticos. Cifras sobre comunicaciones, comercio y ciencia mundiales; biografías, mapas, síntesis completísimas de todos los países, etcétera. Y todo ello cuidado hasta lo minucioso. Este almanaque del *Reader's Digest* tiene que ser obra de imprescindible manejo, pues en poquísimo espacio se ha logrado concretar todo lo que puede ser la actividad y situación del mundo en el momento actual. Aparte de la noticia y cifra de primera calidad, se recogen también curiosísimos datos, como pueden ser los campeonatos de fútbol, los grandes naufragios del siglo o las marcas de la aviación o los resultados de los encuentros de boxeo.

ANTOLOGIA DE LA POESIA HISPANOAMERICANA: *Vol. I (México). Biblioteca Nueva. Madrid (530 páginas).*

Era preciso acometer la empresa de dar una síntesis amplia de lo que es la poesía hispanoamericana. Esta orilla lírica del español, tan rica en expresión, tan fecunda de nombres, tan clara e independiente en potencia verbal, tenía que encauzarse de manera sistemática y rigurosa para que el lector pudiera tener a la mano la totalidad de su acervo. Biblioteca Nueva ha emprendido ahora la tarea, y, con este primer tomo, primorosamente editado, dedicado a México, nos anuncia ya la aparición de otros sucesivos, que recogerán la poesía de los demás países de Hispanoamérica. Ginés de Albareda y Francisco Garfias han sido los encargados de hacer las selecciones y los estudios críticos detenidos que acompañan al florilegio. Sin el agobio que suponen las ediciones más recientes de obras completas, apretadas de espacio, esta edición ha logrado una personalidad envidiable.

J. G. N.

Antigua Guatemala

(Viene de la pág. 35.) lonizador la sustituye por el ladrillo, que une con un mortero de cal de gran solidez. Por esta causa el estucado impera en los edificios y la piedra se reservará para ornamentaciones o monumentos aislados: generalmente escudos señoriales, fuentes o crucifijos.

El trazo de la ciudad lo hace en 1541 el arquitecto real Juan Bautista Antonelli; las calles no son muy anchas, pero rectas, de trazado regular y con plazas amplias, que aun hoy dan al plano de la ciudad gran semejanza con un tablero de ajedrez.

La fundación y población de ciudades contaba en España con una tradición de ocho siglos, en el repartimiento y repoblación de los territorios progresivamente conquistados a los musulmanes. Esta técnica secular la utilizará el español en América, aunque con mayores facilidades que en la Península, ya que en el nuevo continente no existían las minorías religiosas, judía o mahometana, que iban quedando en las ciudades musulmanas incorporadas por la Reconquista.

En Antigua el repartimiento se hace entre los conquistadores españoles y mexicanos. En la ciudad se establecen los españoles; en los pueblos aledaños—en Almolonga, Jocotenango, Ciudad Vieja—, los aliados mexicanos, que gozarán de una situación de privilegio, quedando exentos del tributo, según un fallo hecho por Felipe II en 1564 a favor de los pobladores mexicanos de Almolonga.

El maya se españoliza, la ciudad hablará el castellano, y el mestizaje es, desde la conquista, regla general. La religión será la católica. Dos sacerdotes acompañan a Alvarado en la conquista de Guatemala: el padre Juan Díaz y el padre Juan Godínez; al siglo siguiente el marqués de Talamanca, don Rodrigo de Arias Maldonado, funda en Antigua la Orden Bethlemítica, primera orden religiosa americana.

El indígena adopta el traje español; pero por un fenómeno de transculturación, los adornos no son españoles, sino mayas, y las iglesias católicas se levantan sobre escalinatas, igual que los antiguos templos mayas, y sus fachadas incorporan el color como elemento decorativo.

En toda Hispanoamérica la colonización y luego la independencia tienen su centro y su base en las ciudades, que constituyen elemento fundamental en el origen de las nuevas nacionalidades; son centros de cultura y sus caracteres propios se acusan en el país.

ANTIGUA, CIUDAD CLAVE PARA CENTROAMERICA

Antigua es el centro de irradiación cultural y política para toda Centroamérica; las relaciones directas con España son escasas en provincias lejanas como Centroamérica y contribuye esto a crear desde el principio una conciencia nacional. Por ello Antigua es ya, desde la época española, una auténtica corte, con conciencia de capitalidad centroamericana, y sólo después de su destrucción empieza a desintegrarse la idea de unidad; surge otra universidad centroamericana en León, ya en las postrimerías de la época española, mientras que el auge de la economía añilera desplaza progresivamente el centro de gravedad económico de Guatemala a San Salvador y la destrucción de Antigua por los terremotos de 1773 produce una diáspora de las viejas familias de la aristocracia antigüeña por todo el ámbito centroamericano; a Quezaltenango, a la nueva capital, a Nicaragua, como los Chamorro, constituyendo la destrucción de la capital el punto de partida de la desintegración de la nacionalidad centroamericana.

Antigua era la capital de un territorio que se extendía de Chiapas a Panamá, más extenso que la Península. La ciudad poseía el carácter de auténtica capital nacional y un ambiente cortesano y aristocrático, creado por los gobernadores del siglo XVII, que desde 1611 a 1657 fueron en su totalidad caballeros de las órdenes militares o títulos de Castilla.

La ciudad crece; al comenzar el siglo XVII contaba con 20.000 habitantes, con construcciones en su mayoría de adobe; a su destrucción, en 1773, tenía 6.000 casas, 38 templos, 15 oratorios y varias ermitas, habitaban 70.000 almas en el casco de la población y otras tantas en los pueblos aledaños. Su población sólo la superaban en España Madrid y Sevilla. Nueva York y Filadelfia no tenían más de 25.000 habitantes.

En la ciudad el barroco impera como dueño indiscutible, un barroco americano en estuco y colores; las casas señoriales abundan y los escudos sobre los portales. No tenía Antigua la riqueza de México—la ciudad más grande del mundo español de la época—o de Lima; no existían en la Capitanía General minas de metales preciosos de consideración; pero la zona era rica en agricultura y ganadería y la vida era fácil. «La ciudad de Guatemala está siempre tan bien provista de víveres y tan baratos, que es muy difícil hallarse un mendigo» (1), escribía el dominico irlandés Gage, enemigo de la obra de España, que visitó Guatemala en la tercera década del siglo XVII.

Además, Guatemala no sufría la grave amenaza de los piratas, común en el siglo XVII a todos los emporios españoles del Caribe. El mar está lejos, y la costa, aunque mal defendida, es malsana—la mayoría de los capitanes generales que visitaron los fuertes del Caribe, Omoa, Trujillo o San Felipe murieron del clima—, y las comunicaciones, difíciles; por otra parte, el indígena, hispanizado o no, es pacífico, y esta tranquilidad y estabilidad interna permiten y favorecen el florecimiento cultural y el progreso, que convierten a Antigua en uno de los centros culturales más importantes de la América hispana.

VIDA INTELECTUAL DE OTROS TIEMPOS, EN ANTIGUA

Foco y consecuencia de este progreso fué la Universidad de San Carlos Borromeo. Su creación no fué fácil; las leyes españolas exigían una distancia mínima de 200 leguas entre las universidades americanas, y por mucho tiempo se creyó, erróneamente, que la distancia entre Antigua y Méjico era menor. Sin embargo, antes de concluir el siglo XVII ya florece la Real y Pontificia Universidad y se explotan petardos en honor de los nuevos doctores.

La fábrica de la Universidad era sólida y resistió los terremotos; es posiblemente el edificio mejor conservado de la época española; fué Academia de Artes y Oficios durante la Federación y ahora admirable marco para el Museo Colonial y lugar de reunión de conferencias centroamericanas (2).

También es Antigua una de las primeras ciudades del Nuevo Mundo donde se establece la imprenta, que en 1660 trae de México el español J. José Ibarra a instancias del arzobispo Payo Enríquez de Rivera. En Antigua se publicará también, medio siglo después, *La Gaceta*, que es el primer periódico centroamericano.

La vida intelectual es floreciente. Cervantes solicita al rey un puesto en Soconusco, dependiente de la Audiencia de Guatemala. La respuesta «no procede» impidió que la obra del mejor autor de las letras castellanas quedase en Guatemala; pero si no llega a conocer el país, Cervantes conoce y menciona, en su *Viaje al Parnaso*, a dos poetas guatemaltecos: Juan de Mestanza y Pedro de Liévana.

También florecen pintores, como Montúfar, Merlo y Villalpando, que, aunque mejicano, pinta en Antigua la mejor y mayor parte de su obra.

Hay escultores de mérito: Vicente Gálvez, Juan de Chávez, pues en Antigua, como en España, la imaginería es la forma artística que priva, y un portugués, Cataño, cincela en Antigua, en 1595, el Cristo de Esquipulas, Cristo Negro, que se convertirá en el patrón nacional de Guatemala.

Se vive con intensidad; hay duelos y pasiones, fiestas y toros; pero junto a las casas señoriales se levantan los conventos y el espíritu religioso se impone. Es la segunda patria del obispo Marroquín, primero de Guatemala y el primero consagrado en América, que levanta la primera escuela y el primer hospital. En ella vive el Hermano Pedro de Bethancour, el Francisco de Asís americano, a quien se atribuyen numerosos milagros, y el padre Rojas, que llevará al Perú sus afanes misioneros ya en las postrimerías del régimen español.

Bernal Díaz, el cronista y conquistador, que, tras cien batallas, muere casi centenario en su cama —o en el suelo, donde durmió siempre—, nos deja la Historia de la conquista. Al siglo siguiente, Antonio Fuentes y Guzmán, criollo, desempolvará de los archivos los viejos escritos y hará con paciencia, erudición y barroquismo la primera historia de Guatemala, la *Recordación Florida*, donde ya conviven como criollos el amor a su patria y el orgullo de su estirpe.

En el siglo XVIII Antigua ha llegado al cenit de su prosperidad; la habitan 70.000 personas, es el centro político e intelectual de un territorio más extenso que España; por su población sólo la superan, en América, México, Lima y La Habana. Y al florecimiento cultural se suma la bonanza económica, pues la Capitanía General produce añil y cochinilla en abundancia, que las reformas económicas de Carlos III permiten exportar a una Europa que comienza, en la industria textil, su revolución industrial. El centro de contratación está en Antigua, en la plazuela de Santa Clara.

LOS TERREMOTOS DESTRUYEN ANTIGUA EN EL SIGLO XVIII

Pero la grandeza de Antigua Guatemala, creada por el hombre, indígena y español, será destruída por la Naturaleza, como en 1541 lo había sido la primitiva capital del valle de Almolonga; si en aquella fecha lo fué por las lluvias, ahora lo será por los terremotos.

En 1717 se produjo un fuerte terremoto, que destruyó más de tres mil casas y casi todos los conventos e iglesias. Tan sólo la voluntad del capitán general, don Francisco Rodríguez de Rivas, impidió en tal ocasión el traslado de la ciudad a otro lugar.

La capital se reconstruyó completamente en los años siguientes, no obstante graves epidemias de viruela y terremotos en 1737, 1751, 1757 y 1765. Por esta causa casi todo lo que se conserva de Antigua data del siglo XVIII, el Siglo de Oro de la América hispana, después del primer terremoto y antes del que definitivamente, en 1773, obligará al traslado de la capital.

De esta época son los principales edificios: la Capitanía General, construída por el ingeniero Luis Díez de Navarro en 1764, y cuya fachada aun conserva el escudo español; el Ayuntamiento, la Universidad, la Catedral, la Iglesia de Santa Clara, el Convento de Capuchinas y la Escuela de Cristo.

El 30 de julio de 1773 un nuevo terremoto sacudió la ciudad; el capitán general, don Martín de Mayorga, recién llegado de España, propuso el traslado a nuevo lugar; la mayoría de los pobladores, que en el curso de pocos años habían sufrido varios terremotos fuertes, le apoyó.

El capitán general, para forzar la evacuación, hizo volar numerosos edificios que amenazaban ruina, y consiguió la aprobación real para el traslado de la capital. El arzobispo siguió oponiéndose, pero hubo de regresar a España, sustituyéndole don Cayetano Francos Monroy, primer arzobispo de la nueva capital.

La nueva Guatemala, situada en el Valle de la Ermita, fué fundada a los pocos meses de la destrucción de la vieja capital, y a ella se llevaron los ornamentos de las iglesias y los adornos de las casas particulares; gran parte de la población se trasladó a la nueva capital, y pocos fueron los que quedaron en la Antigua; otras familias se dispersaron por diversos puntos del reino. Por ello, cincuenta años después de la independencia, la nueva capital no tenía sino la mitad de la población de la Antigua.

REALIDAD ACTUAL DE ANTIGUA

En el siglo XIX, Antigua constituye el sueño de un romántico; la estampa de la ciudad es un grabado en cobre decimonónico; Antigua se ha convertido en un lugar silencioso de casas vacías, donde, al faltar la gente, ocupa su lugar la imaginación.

Aycinena canta al río Pensativo, el novelista Milla resucita en sus novelas históricas el pasado de Antigua y le infunde el encanto de lo pretérito, y su pluma evoca las luchas de Carranzas y Padillas en la época del conde de Calimaya, la historia de los hermanos Barreneche y su fabuloso tesoro, la historia y los milagros del Hermano Pedro.

Surgen las leyendas: la Tatuana, la gitana que huye de la justicia tornándose invisible; el Cadejo, animal diabólico con cascos de cabra, orejas de conejo y cara de murciélago; el Sombrerón, etc.

La ciudad, sin embargo, no desapareció; desapareció, sí, como eje político y espiritual de Centroamérica; pero muchas familias de Guatemala conservaron sus residencias en Antigua; y literatos, escritores y artistas contemporáneos verían la luz en la ciudad: César Brañas, Carlos Wyld Ospina, Luis Cardoza o Pedro Pérez Valenzuela.

La revolución liberal fué causa, bajo la presidencia de Barrios, del reparto de las propiedades eclesiásticas, y donde antes se hallaban los jardines de los conventos surgieron fincas de café, que por todas partes rodean la vieja ciudad.

Muchas de las viejas casas señoriales han sido restauradas; algunas las habitan potentados norteamericanos, que han procurado conservar con fidelidad el sabor hispánico.

Antigua dista mucho de ser hoy la ciudad muerta que muchos imaginan. Es un centro turístico, una ciudad representativa del pasado español del país, igual que Trinidad, Puebla o Cartagena lo son en otros países hispanoamericanos.

Los Gobiernos republicanos han respetado a Antigua como reliquia de su pasado histórico, han procurado conservarla en su forma primitiva y ha sido declarada ciudad monumento.

Luis MARIÑAS

(1) «Los viajes de Tomás Gage en la Nueva España, tercera parte, página 16. Guatemala, 1950.

(2) La actual Universidad, igual que la complutense en España, pasó a la capital.

UN ROMANTICO ESPAÑOL ARTIFICE DE LA POESIA GAUCHESCA

HACE CIEN AÑOS QUE NACIO "EL VIEJO PANCHO"

CIEN años se cumplen ahora del nacimiento de José Alonso y Trelles, «El Viejo Pancho», aquel asturiano de Castropol bautizado en Ribadeo y siempre ya a caballo con sus orígenes entre astures y galaicos. Tiempo hubo en que se le creyó nacido en Navia y también en Oviedo, como Campoamor. Llegó a América, con destino a la Argentina; pero había de radicarse definitivamente en el pueblo uruguayo de El Tala, en el departamento de Canelones. Este original poeta, patriarcal y jugoso, con una obra lírica en su haber de la más original andadura, dió a la lengua gauchesca un sabor de inusitada delicadeza y de una novísima fuerza expresiva.

Aunque recientemente nos hemos ocupado en nuestras páginas de este singular cantor, nada más justo que subrayar su centenario con parte del prólogo que al libro Paja Brava *puso la aguda pluma crítica de Serafín J. García. Con él reproducimos algunos poemas del libro en cuestión.*

CUANDO don José Alonso y Trelles hizo su aparición en el campo de la poesía gauchesca, ésta experimentaba una profunda crisis de valores.

Lejos estaban ya los tiempos de la gesta nacional, entre cuyo fragor heroico había nacido, no como expresión estética del espíritu de un pueblo todavía en embrión, sino con actuante finalidad de arma de combate, destinada a exaltar la justicia de la causa patriótica y a mantener encendido el coraje de los hombres que por ella peleaban y morían.

Al impulso de la pasión emancipatoria brotaron los versos toscos y rudos de los payadores de entonces, que embrazaban con idéntico fervor la guitarra en el vivac y la lanza de tacuara en la batalla. Y fue ese mismo impulso el que inspiró los cielitos desafiantes de Bartolomé Hidalgo y de sus contemporáneos anónimos, sustentados también por un propósito de activa militancia.

Más tarde, cerrada ya la órbita de la epopeya, cumplido el ciclo histórico que la había determinado, la poesía gauchesca comenzó a languidecer, perdiendo poco a poco aquella vitalidad poderosa y aquella auténtica savia de pueblo que tuviera en sus orígenes.

Al finalizar el siglo XIX, los cultores del verso criollo, agrupados en torno a la revista *El Fogón*, dedicábanse a tejer alabanzas rimadas a todo aquello que integraba el acervo tradicional del campo —el rancho, el pingo, la china, el ombú, la lanza, la guitarra, etc.—o se entretenían en torneos contrapuntísticos más o menos ingeniosos, sin que tales alabanzas y torneos—meros pasatiempos, después de todo—lograran aportar sustancia nueva al agotado género en que se inscribían.

Porque, a decir verdad, los versos de esos poetas no rebasaban jamás los límites de una objetividad pintoresca, conformándose con su epidérmica condición de barniz decorador y sin arriesgarse en buceos que pudieran conducir al meollo íntimo de la vida campesina.

Se describían las costumbres criollas—no siempre con total fidelidad, por otra parte—empleando generalmente un léxico pedestre, chabacano y, por ende, antipoético; se buscaba hacer resaltar el mero detalle gráfico, la anécdota picante, el retruécano vivaz; se paisajeaba a brochazos llamativos, de dudoso gusto. Y los hueros frutos de esa anodina labor eran colocados en los moldes de siempre: décimas y más décimas, de las cuales hasta las propias guitarras campesinas empezaban ya a cansarse.

Fué por entonces, y en la citada revista, que aparecieron los primeros poemas de don José Alonso y Trelles bajo el seudónimo de «El Viejo Pancho».

El nuevo cantor del terruño era un español acriollado que residía en la pequeña población de El Tala, en Canelones, donde alternaba sus tareas de procurador con el ejercicio del periodismo lugareño y el culto de las musas, amén de alguna que otra incursión poco fructífera al mundo de las candilejas.

Por gracia de una adaptación telúrica y humana de profunda raigambre, que lo identificó totalmente con nuestro campo y sus hombres, pudo advertir sin esfuerzo «El Viejo Pancho» que esos hombres y ese campo estaban ausentes de la superficial poesía vernácula que pretendía reflejarlos. Y sintiéndose con bríos para intentar la empresa de abrir caminos nuevos en tan trillado género, púsose a escribir los versos que habrían de integrar más tarde su libro *Paja Brava*.

Desechando los viejos temas del pintoresquismo colorista y fácil, restituyendo al lenguaje criollo su armonía y su gracia naturales, utilizando nuevas formas métricas sin dejar de emplear también—cuando lo juzgó necesario—los octosílabos de la era payadoresca, empezó el nuevo poeta a mostrarnos campo y hombre desde un ángulo distinto, que nos permitía descubrir y palpar su íntima verdad.

Con las simples palabras cotidianas del gaucho —pero encendidas ahora por el destello cálido y vivo de su corazón—, fué trasponiendo poco a poco «El Viejo Pancho» los umbrales del siempre esquivo y difícil reino de la poesía.

Traía en sus alforjas líricas solamente un tema: el amoroso. Mejor dicho, una sola faceta de ese tema: la de la traición, que sin duda le era también la más propicia a su naturaleza galaica, proclive como tal a la nostalgia, a la saudosa evocación del bien perdido, sobre todo tratándose de un bien afectivo, de un bien del alma.

Tan sólo un tema, hemos dicho; tan sólo una faceta de ese tema. Y, sin embargo, ¡qué riqueza de matices, qué inagotable gama de tonos al cantarla! Nadie había expresado nunca hasta entonces, en la máscula y ruda lengua criolla, lo que la unicorde lira de Trelles expresó acerca del amor perdido, hecho recuerdo, transformado en melancólica añoranza.

A propósito de esta tendencia a rememorar días felices, tan española y, por herencia, tan criolla —«cualquiera tiempo pasado fué mejor», dice la famosa copla de Manrique—; a propósito de estas constantes y fruitivas incursiones en la bruma sutil de la nostalgia—no olvidemos que existe también una felicidad de la tristeza, propia de ciertas naturalezas románticas—, cabe destacar un aspecto muy peculiar de la poesía de «El Viejo Pancho», aspecto que sus críticos han pasado por alto o han soslayado apenas, atentos a otras particularidades de este jugoso temperamento lírico: nos referimos a la presencia y a la influencia del tiempo en la poemática del cantor de El Tala.

En efecto, la obra de Trelles aparece casi siempre como signada por esa inexorable medida de toda cosa—realidad o sueño—que es el transcurrir. Pero en él, a la inversa de lo que ocurre con tantos otros poetas antiguos y modernos cuya palabra ha respondido al conjuro poderoso del tiempo—desde Omar Kayyan hasta Antonio Machado, por ejemplo—, el fenómeno de la temporalidad se concreta y reduce a un solo estadio, a una invariable zona: la del tiempo que ya fué, la pretérita. A él no le interesa la hora presente, ni tampoco la que vendrá después de ella. Lo que hoy ocurre nada le significa en tanto no lo aleje y lo convierta en recuerdo el devenir eterno de los días. Recién entonces, cuando sea pasado únicamente, cuando sea únicamente memoria pura de cosa irreversible, podrá encontrarle sentido el alma del poeta, vuelta siempre hacia el ayer, en el anhelo perenne de un retorno imposible. E igual puede decirse de cualquier esperanza que entrañe realidades futuras.

Es, pues, el suyo, tiempo muerto, cementerio del tiempo, si cabe expresarlo así. De ahí, de esa estática fosa del pasado, logra extraer el poeta, sin embargo, las vivas esencias líricas que han de sustentar su verso.

Es que él es también un romántico en el fondo, no por escuela, sino por naturaleza. De ahí que desdeñe el acontecimiento en transcurso, el hecho que aun rebulle y palpita, preso en las leyes de su propia dinámica, para ir a revivir —a recrear, mejor dicho—lo que ya es pasado, historia, tiempo inerte, y por eso mismo susceptible de poetización y de embellecimiento.

Es indudable que la perspectiva creada por la distancia y el recuerdo magnifica todo suceso vivido por el hombre, máxime si ese suceso ha sido venturoso. Vistas en la lejanía, a la luz de esa realidad misteriosa—dulce al par que melancólica—de que las imbuye su misma condición de pretéritas, las emociones humanas adquieren otro sentido y otra dimensión, se depuran, se afinan, se ennoblecen, recubriéndose a la vez de sugestivos tintes que al nacer no poseían. Para el romántico de vocación congénita a que nos referimos, el fenómeno adquiere una significación mucho más honda, al punto de tornarle ineludible ese afán de regreso hacia los hechos cumplidos, ese deseo tenaz de revivirlos y recrearlos en el plano de la pura remembranza poética.

Las brasas que no quieren apagarse se envuelven en cenizas. Así también el alma del poeta, para defender su lumbre de la muerte, se oculta en las cenizas protectoras del ayer. Y desde allí, desde aquel inalterable mundo en el que nada transcurre, en el que nada envejece, disfruta del milagroso espejismo de una dicha sin fugas, de una eterna juventud.

... ...

Es en ese clima saudoso, que tanto ama, donde entronca «El Viejo Pancho» con todos los grandes poetas españoles que se han producido bajo el signo del tiempo, desde Manrique hasta Antonio Machado, pasando por aquella dulce lírica intimista de *Folhas Novas* que se llamó Rosalía de Castro. Y ahí radica también ese parentesco que muchos críticos se empeñan en encontrarle con el murciano Vicente Medina, y que aparece asistido además por motivos geográficos—telúricos, más bien—, desde que ambos poetas vivieron y escribieron en América, lejos del suelo natal. El otro parentesco, el de las formas métricas, nos parece infundado, pues no es a Vicente Medina, sino a Bécquer, y acaso más atrás, adonde hay que acudir en busca de antecedentes para nuestro autor.

Años han corrido ya desde la muerte de don José Alonso y Trelles; pero sus versos continúan viviendo en la memoria del pueblo con la misma frescura y la misma lozanía que cuando fueron escritos. Poeta sensitivo, fiel intérprete del alma melancólica del criollo, supo expresar en inspiradas páginas las vivencias esenciales de la raza que nutrió su canto. Y es por eso por lo que sus estrofas suenan aún de rancho en rancho y de fogón en fogón, asegurándole así, a despecho de ese mismo tiempo cuya fuga le sirvió de incentivo creador, la tan anhelada perdurabilidad.

DESENCANTO

¡A VOLAR!...

*Me retiro, no hay que ver,
al ñudo son sus halagos,
éstos ya no son mis pagos,
los pagos que dejé ayer.
Ansiaba, amigo, volver
pa ver mis viejas taperas,
y me hayo con puras eras,
y puras tierras aradas,
y paisanas remangadas
cuidando las sementeras.
¡La gran flauta, qué dolor
ver negriar esas cuchiyas
ande antes vide tropiyas
de baguales de mi flor!
Hoy sólo el güey arador,
el mancarrón aguatero,
el crioyito...* majorero
*que come gofio a puñaos
y chanchos enchiqueraos
que jieden de lo más fiero.
Los que jueron gramiyales
que daban gusto a los ojos,
se han convertío en rastrojos
tuitos llenos de abrojales.
No hay mangueras ni corrales,
pero no falta el chiquero,
ni el galpón, ni el gayinero,
ni siyas en las cocinas,
porque ¡ahijuna! hasta las chinas
cambiaron de asentadero.
¿Chinas, dije? Pues reculo
la expresión; ahura el hembraje
ha cambiao hasta el pelaje
con ladino disimulo.
¡Compañero, hay cada rulo!
¡Cada frente de cuajada!
¡Cada mejiya rosada
como pintada por Dios
con carmín, polvos de arroz
y sebo de riñonada!...
Nada, ¡a volar, a volar!
Ni estos mis pagos han sido,
ni el que como yo los vido
los golverá a recordar.
Voy ande pueda pulpiar
y amañar un redomón,
ande alegren un jogón
gauchos que digan primores,
y hembras que enviden amores
al cebar un cimarrón.*

VOLVER P'ATRAS

*¿Que no mire p'atrás? ¿Que el tiempo juido
nunca más ha e volver?
¿Que es mejor en la zanja del olvido
sepultar el ayer?*

*Bien se ve que ricién abrís los ojos
a la vida, gurí;
cuando sintás los caracuces flojos
no has de pensar ansí.*

*¿Pa qué al flete e soñar vi a darle apronte
si está maceta ya,
si por juirle al camino vive a monte
como el guasivirá?*

*Cuando a juerza e penar yegués a viejo
como yo, ya verás
por qué quisiera ser como el cangrejo
que anda siempre p'atrás.*

*¿Que vivir otra vez lo ya vivido,
si jue amargo el vivir
es sufrir otra vez lo ya sufrido,
que es más pior que morir?*

*Pero tamién v'haciéndose de a poco
callo en el corazón...
¡Bien amarga es la yerba y yo soy loco
po'el mate cimarrón!*

*Por eso al ver tranquiar hoscos y lerdos
mis días sin amor,
ato a soga el ternero e los recuerdos
p'apoyar la lecehera del dolor...*

RESIGNACION

*La adoré y era mujer
que, en sus viarazas de amor,
hizo a los celos arder
sobre mis sueños en flor.
Quise odiarla, y jue pa pior,
porque me costó aprender
que no hay dolor más dolor
que el dolor de no querer...
Si ya no la he de olvidar
y no me arroyo al sufrir,
¡qué otra cosa vi'anhelar
que una achura pa vivir,
su recuerdo pa soñar,
y un ranchito ande morir!*

VIDALITAS

*No hay cielo más lindo,
Vidalita,
que el cielo uruguayo;
ni sol más hermoso,
Vidalita,
que mi sol de Mayo.*

*Cielo y sol unidos,
Vidalita,
van en mi bandera;
que ella me amortaje,
Vidalita,
cuando yo me muera.*

*Es la patria mía,
Vidalita,
de Dios el hechizo.
Y aunque muy pequeña,
Vidalita,
todo un paraíso.*

*En lomas y valles,
Vidalita,
sierras y llanuras,
doquier se respiran,
Vidalita,
las auras más puras.*

*Himnos nunca oídos,
Vidalita,
cantan sus boscajes,
que pueblan las aves,
Vidalita,
de ricos plumajes.*

*De entre el trébol surgen,
Vidalita,
las flores más gayas,
que adornan las trenzas,
Vidalita,
de las uruguayas.*

*Mi patria y la gloria,
Vidalita,
se hicieron amigas:
porque fué esta tierra,
Vidalita,
la cuna de Artigas.*

CANTA LA NOCHE

*Sobre la cabezada del lomiyo
que luce en oro de su dueño el nombre,
como cansao de asujetar las riendas
se apoya el brazo convidando al trote.
Obedece el overo,
que sabe ya que al comenzar la noche
la inquietú de su dueño se adormece
como en agua e laguna el camalote,
y, pisando a gatitas la gramiya,
va saliendo del monte
pa rumbiar por la costa e la cañada
buscando un rancho a que da sombra un molle.
Duebla el jinete el poncho sobre el hombro,
y pa que al viento su melena flote
echa a la nuca el gacho y para el oído,
y se agacha pa ver el horizonte...
No se mueve ni un pasto; en la yanura
ni el tero ni el chajá sienten el trote
del overo que sabe, como su amo,
que hay que juir de la luz y de los hombres...
... ...
En la puerta del rancho
a que da sombra un molle,
una china hechicera espera a un gaucho,
y un poema de amor canta la noche.*

TU ERES LA SOLA

*Tú eres la sola que no me engañas,
vieja y humilde guitarra mía,
ni a la tristeza de mis canciones
les juegas risa.*

*Tú eres la sola que no le juyes
a mis desdichas,
y eres la mesma cuando amanecen
que cuando mueren, pa mí, los días.*

*Como tus cuerdas las ha tejido
con hebras de alma la fantasía,
no bien mi mano sobre eyas tiembla
tuitas mis penas en ti palpitan.*

*Tú entre la caja guardar supiste
de mis amores la poesía,
¡y ya no pueden de ayí arrancarla
ni sus desdenes, ni su perfidia!*

*Tú la has maneado con la manea
de los recuerdos, que son la vida,
y muy bajito, con notas tiernas,
la pastoreas y la acaricias.*

*Ahura no importa que eya se caiga,
ni que a mis ansias responda altiva,
ni que se adorne pa darme en cara,
con cintas que odian a mi divisa.*

*Mientra en tus cuerdas palpite mi alma
y haiga en tu caja flores marchitas,
¡qué me suponen sus desamores,
ni sus desdenes, ni sus perfidias!*

El adiós a Madrid de Ana de Pombo

(*Viene de la pág. 46.*) último intento vende sus joyas para mantener a la compañía. Vuelve a América y regresa definitivamente a España.

Y en Madrid, de nuevo en la soledad de su misticismo artístico, al margen del mundo, deja libre su poder creacional para perfilar el paso de un vanguardismo que tiende a permanecer e imponerse. En este punto, horas antes de tomar el avión para París, la descubre el periodista...

—Para mí, la danza es una plegaria...

... ...

Preludio, de César Franck; *Concierto italiano*, de Bach; *Marcha fúnebre*, de Beethoven; *Largo*, de Haendel; obras de Debussy, Schumann, Brahms...

Una máscara de cobre sobre la pared desnuda y dos columnas de purísimo estilo corintio sirven de marco para este recital que Ana de Pombo ejecuta para nosotros. En los intermedios, breves pero intensos por la emoción captada, la danzarina nos habla de su creación:

—Lo auténticamente verdadero es la danza de la expresión. En ella trato de dar personalidad a la idea, anulando la figura...

Danza puramente metafísica. Con la constante referencia de un muro blanco, en una tentativa lograda de adentrarse con sus pasos al abismo de lo inconcreto, Ana de Pombo nos sitúa entre la vida y la muerte. Los elementos externos de su escuela, que sólo cabe denominar como expresión rítmica de lo abstracto, giran en torno a la más depurada plástica, conjuntándose con la expresión, el movimiento y la música.

La idea argumental desaparece para dejar paso a la libre captación de lo expresivo y apoyarse en la intuición.

Y cuando tras el *Largo*, de Haendel, el cronista se siente transportado a ese estadio mental que debe suceder a la muerte, y en el que uno aprende a no temerla, Ana de Pombo se despoja de sus velos negros para tomar los crótalos. Un nuevo encanto va a surgir de sus manos, porque Ana Caller de Donosteve ha conseguido incorporar las castañuelas a la música de cámara como elemento solista, maravilloso acierto, que cuando se haga público revolucionará sin duda el horizonte de la música clásica.

... ...

El presidente de las Juventudes Musicales de Suiza, con motivo del Congreso celebrado en Madrid en los primeros días de abril de 1956, visitó el estudio de Ana de Pombo, asistiendo al resultado de sus trabajos.

—Después de su recital—señaló emocionado—, creo que las castañuelas son el único instrumento de percusión que puede ser solista.

Al piano, Luis Izquierdo, del Real Conservatorio, ataca el *Minuetto*, de Mozart. La voz de los crótalos sujeta nuestra atención y lee la partitura con una sonoridad nueva, que desconcierta al oyente. Ana de Pombo, en medio del escenario, estática, ocultas las penetrantes pupilas por la sombra de los párpados inquietos, sigue la melodía y sonríe transportada al pedestal de su nueva creación. Siguen después el *Improntus*, de Schubert; los *Preludios*, de Gershwin; la *Sonata 17*, de Beethoven; la *Polichinela*, de Villalobos...

—Las castañuelas—afirma la creadora acariciándolas—están llamadas a representar, dentro de la música de cámara, un instrumento solista de gran ambición, y sería interesante que todos los instrumentistas pensaran en ello.

... ...

Sentimos una invencible pereza al dejar el estudio privado de Ana Caller de Donosteve. A lo largo de los muros y sobre las mesas, de recio sabor ochocentista, se alinean los elementos de un siglo que aquí permanece intacto por lo trascendente.

—Adiós...

—Adiós, Ana de Pombo.

Fernando MONTEJANO

SAN AGUSTIN DE MANILA

(*Viene de la pág. 36.*) la iglesia. En el mismo año, una segunda iglesia fué construída con madera, que tuvo la misma mala fortuna, pues se incendió durante los funerales por el gobernador general Ronquillo en febrero de 1588.

En vista de tantas contrariedades, los padres agustinos—«grandes en el hacer y parcos en divulgarlo», como decía Felipe II—decidieron levantar la actual iglesia de piedra y en el mismo lugar de las anteriores. Los trabajos comenzaron en 1599, y la primera piedra fué bendecida por el obispo Agurto, de Cebú. Fué su primer arquitecto Juan Macías, que falleció al comenzar los trabajos. Le sustituyó el hermano agustino Antonio Herrera, al que algunos suponen hijo o sobrino del gran arquitecto del Escorial, y que construyó también el monasterio de Guadalupe en Pasay, la iglesia y convento de Lubao en Pampanga y Nuestra Señora de la Gracia en Macao (China).

La iglesia se terminó en 1606. Durante su larga existencia la iglesia y el convento han padecido severas calamidades. Las primeras a mencionar son los terremotos de los años 1645, 1754, 1852, 1863 y 1880. Una catástrofe peor que los terremotos fué la invasión inglesa en 1762. Unos padres fueron encarcelados, otros enviados a las Indias y otros a lugares más lejanos. Los objetos religiosos más preciados y los libros más valiosos fueron robados o destruídos. Finalmente, al terminar la ocupación japonesa—durante la segunda guerra mundial—, ocurrieron casos macabros y siniestros. Al principio, los japoneses dedicaron San Agustín para concentrar toda la población—de 6.000 a 7.000—que vivía en Intramuros. El cuartel general japonés estuvo en la calle Real, y los americanos estaban al otro lado del río. Esta era la situación en el mes de febrero, cuando los americanos comenzaron la ofensiva contra San Agustín, que duró sin interrupción varios días. Como resultado de los bombardeos e incendios, los edificios fueron muy dañados y los techos y armaduras de madera se quemaron, pero, a Dios gracias, fueron los únicos que permanecieron utilizables en intramuros y pudieron ser reconstruídos en gran parte, para bien de la religión y del arte.

La concepción del conjunto de la iglesia y convento de San Agustín es grande; la construcción, sólida y sobria, y el decorado de la iglesia, bello. Su entronque arquitectónico está en México, del Imperio, con influencias escurialenses; muros sin relieves ni decoración y en partes coronados de almenados de estilo colonial-mexicano. La fachada principal de la iglesia tiene un cuerpo central y dos torres laterales, que eran muy bajas y se elevaron en 1861 por el arquitecto Oliver. Una de estas torres sufrió mucho durante los terremotos de 1863 y 1880, y en 1927 fué ordenado por el Municipio destruir el suplemento de Oliver. De esta torre procede la gran campana, de 3.450 kilogramos, que solamente sonaba para aviso de incendios en la ciudad y a la llegada de los nuevos capitanes generales; actualmente está—para admiración de visitantes—en la entrada interior del convento.

En la torre que queda existe un reloj montado por el famoso instrumentista Altonaga, que ya no funciona. En otros tiempos sus horas se oían en casi toda la ciudad. La fachada entre torres tiene adosados dos pares de machones, dóricos los bajos y corintios los superiores. En la base de los machones bajos están colocados—de mala manera—cuatro leones chinos de granito; deberían colocarse como base de los entablamentos. La única obra que merece citarse en la fachada son las hojas de la gran puerta de entrada, de dura madera filipina bellamente tallada.

El interior corresponde a una planta de cruz latina (62,5 por 27 metros), con una nave central de 18 metros de altura—11 a las cornisas y siete a la clave de la bóveda—, y el espesor de los muros es de dos metros. La bóveda es de cañón, con metro y medio de espesor en los arranques y 70 cm. en la clave.

Existe una tradición verbal que asegura que los cimientos de esta iglesia tienen una superficie curva de contacto con el terreno, lo que permite un balanceo suave durante los movimientos sísmicos.

Para comprender la peculiar estructura de la iglesia hemos de tener en cuenta dos factores: que las islas están sometidas con frecuencia a temblores de tierra, y que el estilo prevalente en aquellos días sigue el modelo del Escorial (que hoy día siguen también los llamados funcionalistas).

La iglesia tiene 14 altares, algunos barrocos y otros modernos. De estos altares solamente el mayor y los de la «Consolación» y «Santo Niño» armonizan con la arquitectura de las naves.

Las naves se iluminan artificialmente con 16 arañas de cristal tallado, magníficas, colocadas hace más de un siglo.

La capilla de San Agustín es interesante, porque en uno de sus muros están los restos de las personas profanadas por los ingleses en 1762. También se conservan las lápidas con los nombres del adelantado Legazpi, su nieto Salcedo, el segundo gobernador, etc.

El púlpito es una obra de arte de estilo barroco policromado; suponemos que la madera debe de ser preciosa, como todas las de estas islas. Antiguamente la iglesia estaba decorada con dibujos al temple similares a los que pueden verse actualmente en el viejo refectorio y en una parte del muro del coro contiguo al órgano.

En 1875, los artistas Alberoni y Dibella fueron comisionados para pintar los muros de la iglesia, que tardaron quince meses en llevar a cabo. La pintura es monocroma y consiste principalmente en motivos arquitectónicos que recuerdan las láminas de Vitrubio. La sensación de relieve es perfecta y recuerda la biblioteca del Escorial.

El coro de la anchura de la nave central está situado a la entrada y soportado por dos grandes arcos rebajados, que llaman la atención de técnicos y profanos. Tiene 68 asientos exquisitamente tallados en madera de «molove» y finamente taraceados en sus respaldos y brazos. Muy digno de contemplar detenidamente es el facistol, con una base de dos metros de diámetro, finamente tallado. Existen 30 cantorales o libros de coro en pergamino, iluminados con bellas viñetas de gran valor artístico, muchos de ellos de los siglos XVI y XVII. El nombre de los padres Aróstegui y Marcelo Adonay, que fueron grandes compositores, va unido al viejo órgano de este coro, que todavía funciona, aunque renqueando.

Tan pronto como la iglesia fué completada, en 1606, el hermano Herrera dedicó todas sus actividades a la fábrica del convento, que se llevó a cabo gracias al extraordinario interés de fray Pedro de Arce, prior en aquellos días y después obispo de Cebú. Los materiales fueron transportados por el río Pasig desde Binangomang, en Laguna. Es un gran edificio de 76 por 60 metros, unido a la parte oeste de la iglesia. El claustro, con su fuente en el centro, recuerda los antiguos monasterios españoles, y en los muros de sus anchas galerías están colocados 26 grandes cuadros con pinturas, principalmente, de San Agustín y otros frailes prominentes de la Orden, ejecutados por artistas locales.

El vestuario o antesacristía ocupa la planta baja de casi la totalidad del ala suroeste. Históricamente es famoso porque en este local se firmó, en 13 de agosto de 1898, la triste rendición de Manila entre españoles y norteamericanos. Artísticamente fué famoso este vestuario por su altar—que cubría todo un frente—y que estuvo en la iglesia en los primeros tiempos. En sus 44 nichos contenía inestimables tesoros en sagradas reliquias, joyas de oro y plata y piedras preciosas, que fueron saqueadas. Existían también 10 pinturas con muy buenos marcos, renombrados y valiosos, y cuatro arcones de Cantón, dos de ellos tallados y taraceados con nácar.

De todos estos tesoros en este célebre vestuario sólo quedan los magníficos roperos-cómodas tallados y los vestuarios que pudieron salvarse de la invasión inglesa y de la ocupación japonesa.

En el ala oeste existía lo que se llamaba «De profundis» y el refectorio. Estos dos salones estaban pintados como la iglesia en sus tiempos primitivos. Hoy día el «De profundis» es cripta del convento, donde reposan los restos mortales de los padres fallecidos y de algunos feligreses. En el centro existe un monumento de mármol blanco, que la Embajada española ha dedicado a conservar con honor los restos de todos los que fueron villanamente asesinados por los japoneses en 1945.

El ala norte estuvo dedicada a Escuela de Ciencias y Artes, con el propósito de enseñar a los nativos lo que hoy se explica en las Escuelas Laborales. Esta Escuela fué entregada a los jesuítas cuando éstos llegaron a la isla. Como novedad, en esta parte del convento las claves de los arcos se forman con dos dovelas.

La escalera principal tiene 44 peldaños de granito traído de China. En amplia, y la caja, de grandes proporciones, está muy bien iluminada. Cuatro grandes pinturas con buenos marcos cuelgan de sus muros, siendo la mejor la que representa la evangelización de las Filipinas por los padres agustinos y Legazpi y sucesores. Gracias a Dios, ésta y otra de

San Agustín se han salvado de los destrozos de los japoneses. Las alas superiores del convento estaban dedicadas a dormitorios, biblioteca y archivo. Los libros raros y los más importantes documentos y manuscritos fueron saqueados por los ingleses primeramente y después el resto quemados por los japoneses. Una copia de cada uno de ellos existen en el Archivo de Indias, en Sevilla, y en el Archivo Agustiniano, en Valladolid.

En la parte norte del claustro estaba la entrada al magnífico y espacioso salón llamado del Capítulo o Claustro de San Pablo, hoy día dedicado a seminario.

El convento moderno fué proyectado por el hermano Herrera; pero por razones hoy desconocidas no fué seguido este proyecto y el edificio nuevo fué un conjunto de partes sin un plan determinado. Al principio tenía dos plantas con 23 dormitorios. Después, en 1861, el arquitecto Oliver añadió un tercer piso, que se dedicó a salón de recreo. Este edificio, después del terremoto de 1863, se convirtió en hospital.

En esta parte estaba el famoso «jardín del padre Blanco». Este célebre fraile fué el autor de la «Flora filipina», el mejor libro de su clase, y en el jardín realizó todos sus experimentos. Toda esta parte ha desaparecido.

En la parte suroeste de la propiedad, y sobre los restos de una vieja construcción del siglo XVII, se edificó un refectorio en 1894. En el mismo lugar existieron dos grandes aljibes, perfectamente construídos y tan sólidos, que, después de la segunda guerra mundial, estuvieron trabajando varios meses para destruirlos. Al lado de estas cisternas existieron los baños de la comunidad, revestidos de mármoles, hoy desaparecidos.

Antonio R. MARTIN

TRES ESPAÑOLES RECIBEN EL PREMIO INTERNACIONAL DE ARQUITECTURA

(Viene de la pág. 40.) *nos en las bases y podía ser algo relacionado con ello.*

Duda un momento en proseguir. Un leve alto.

—*De todas formas, me puse en carretera y llegué a Madrid, en un «Seat», en una hora cincuenta y tres minutos... ¿Qué le parece? Cuando entré en el estudio estaban ya los periodistas americanos. Era el Premio Reynolds.*

Pausa completa. Se frota las manos y mira lejos.

—¿Qué es lo decisivo para un arquitecto?

—*La libertad de acción.*

—¿Qué hace cuando tiene tiempo libre?

—*Me gusta viajar, pero con tienda de campaña.*

Viene a la mesa, a la larga mesa, César Ortiz-Echagüe.

CESAR ORTIZ-ECHAGÜE (TREINTA AÑOS) CREE EN EL TRABAJO EN EQUIPO

Un mozo fuerte, rotundo, que recuerda a los vascos. Ojos levemente claros, una expresión juvenil y reposada. Mete las manos en los bolsillos y habla quietamente, pero con enorme firmeza.

Nuestra conversación camina por el vericueto industrial.

—*Hoy la arquitectura está muy vinculada a la industria. Antes el industrial pensaba solamente en el espacio necesario para colocar las máquinas...*

—¿Y ahora?

—*Ha cobrado una importancia enorme «el lugar donde han de trabajar los hombres». En España estamos llegando a las dos etapas: industrialización y preocupación.*

Ortiz-Echagüe ha realizado su primer trabajo en serio recién salido de la Escuela de Arquitectura, precisamente en los edificios con que se acaban de alcanzar el Premio Reynolds, de cuyo jurado, por cierto, formaban parte hombres del prestigio internacional de Mies von der Rohe y Willem Dudok. Ortiz-Echagüe es de la promoción 102 de arquitectos españoles. Sus dos compañeros, de la número 100. Un hombre, pues, potencialmente joven. Oigámosle.

—*Creo firmemente en el trabajo en equipo. Aún más: podría decirse que en la arquitectura moderna es indispensable...*

—Razónelo.

A Ortiz-Echagüe no le gusta mucho explicar. Dice, sencillamente, que es difícil. Pero insiste y da su versión.

—*La razón esencial es, supongo, porque un edificio no son sólo cuatro fachadas, sino que tiene tal cantidad de problemas y dificultades, instalaciones eléctricas, dispositivos mecánicos, etc., que obligan a la presencia de un número, cada día en aumento, de elementos auxiliares. Un equipo conjunto de arquitectos actúa, en cierto modo, como lo hace el director de una orquesta.*

Nuestra conversación, a la que asiste en este momento Barbero Rebolledo, llega a un tema importante. Digamos antes, para preparar al lector, que en la entrevista existe una palabra omnipresente. Esta palabra es, constantemente, la palabra «espacio». Hablamos de ello.

—¿...?

—*En el urbanismo moderno se precisa, antes que nada, de los grandes espacios verdes. No puede existir, en realidad, una gran arquitectura ciudadana si no existe, de manera acorde, el urbanismo que facilite su desarrollo. Construir como se hace en Madrid, unas casas sobre otras, es terrible.*

Las preguntas y las respuestas ruedan ahora por el campo de la técnica. La técnica es la gran sorpresa de la época. Se han descubierto nuevos materiales, nuevos pavimentos...

—*Estamos obligados ahora a hacer muchas cosas porque poseemos medios que un arquitecto del siglo XV no podía ni soñar.*

—Dígame lo que es la arquitectura.

Sonríe abiertamente. Saca, por primera vez, sus manos de los bolsillos. Realmente, parece más joven que nunca. Me dice:

—*Es muy difícil definir así...*

—Inténtelo.

Cuando responde da una fórmula importante:

—*La arquitectura es algo hecho para el hombre. No es sólo para verla. No es una escultura...*

—¿Cómo se enteró del premio?

Es curioso saber cómo llegó, para cada uno de ellos, ese gran notición.

—*¡Uf! Venía yo de Sevilla y me lo anunciaron, precisamente, en el aeropuerto de Barajas.*

—¿Qué dijo usted?

—*Que no gastaran bromas. ¡Qué iba a decir!*

Nos reímos los tres de muy buena gana. En el rincón de siempre, Rafael de la Joya sigue haciendo frente al magnetofón de mi colega. Parece que tiene para rato.

Pero no; el periodista americano cierra el magnetofón. Se despide. Se cala una negra boina española, y al despedirse la levanta feliz y alegre: «Fine!», dice, agradeciendo la charla.

Yo vuelvo a mi trabajo. Ortiz-Echagüe todavía tiene que esperar un rato. Me importa mucho saber lo que opina un joven español sobre la calidad de la obra producida entre nosotros.

—¿Se siente optimista?

—*Desde luego. Estoy convencido de una cosa: que si nos ponemos a trabajar seriamente, y con criterios modernos, llegaremos a cualquier parte. Siempre que se hacen bien las cosas, éstas se imponen. Hay que depositar más confianza sobre todo lo que hacemos, y también, al tiempo, más confianza en los que están fuera. El complejo de perseguidos es una tontería.*

—Hay que luchar, Ortiz-Echagüe.

—Naturalmente.

RAFAEL DE LA JOYA (TREINTA Y CINCO AÑOS) CREE EN EL ESFUERZO

Le toca el turno. Es el más alto y, aparentemente, el más nervioso y entusiasta. Pelo negro y unos ojos oscuros, vivos y burlones y, al tiempo, graves y serios.

—*Soy el más «viejo».*

Rafael de la Joya está casado y tiene cinco hijos. Uno, dos, tres, cuatro y cinco...

—Buen ejemplo para sus colegas...

Se ríe a carcajadas.

—*No lo crea*—dice—. *Ellos se resisten.*

Ortiz-Echagüe ha tenido que irse. Manuel Barbero Rebolledo está quieto, callado y silencioso. Llueve furiosamente fuera, en la calle.

Hablamos de la casualidad o fortuna que puso en marcha la sociedad de los tres arquitectos.

—*Manuel y yo lo habíamos pensado desde que estudiábamos juntos. Luego, más tarde, vino César, que es pariente mío. Como ve, ha sido bien sencillo.*

Estos tres hombres han hecho unos edificios importantes. Tienen buen comienzo. ¿Cómo fué? Vamos a preguntarlo.

—¿Qué les dijeron cuando les encargaron el proyecto?

—*Pocas cosas, pero importantes. Libertad en el proyecto y esta observación: «Piensen que los comedores que van a hacer son para obreros que hacen un trabajo de una gran monotonía mecánica y es necesario, por lo tanto, que estén en un sitio agradable a la hora de la comida.»*

—Buena observación.

Los dos arquitectos, en la habitación casi a oscuras, porque nadie se ha enterado de que llevamos dos horas de conversación, piensan en los días de preparación y de proyecto.

—*Primero hicimos una división de comedores. No todos juntos, lo que hubiera sido muy feo, ya que tenían que comer no menos de mil seiscientos obreros. Después planteamos el edificio en aluminio, lo que nos permitía pensar en algo ligero y transparente. Hacíamos todo pensando en los jardines, de un lado, y en el abrigo y confortabilidad del interior, del otro. Nada más.*

Ya estamos al final de la entrevista. Rafael de la Joya está cansado. Ha contestado y contestado durante dos horas, por lo menos, al periodista norteamericano. Pero no quiero terminar sin apurar a fondo, por ser importante, este aliento vital y optimista que se desprende, a ráfagas, de los tres hombres.

—Rafael...

—*Dígame...*

—¿Qué piensa usted del esfuerzo, del esfuerzo en sí?

Rafael de la Joya se pone serio. Cruza las manos.

—*Creo que el trabajo es fundamental. Más aún, estoy convencido de la santificación de la persona por el trabajo, sobre todo en la época que vivimos, llena de barbaridades. Además, tengo confianza en la capacidad del español y confianza también en que todo lo que se hace acaba dando su fruto.*

Rafael de la Joya ha cerrado la frase casi apasionadamente. Estamos ya de pie, conversación a lomos de las últimas palabras. Manuel Barbero Rebolledo me dice:

—*Con nosotros se podía hacer un cuento...*

—Empiece.

—*Eran tres arquitectos muy jóvenes. Les dieron un premio, se hicieron famosos y no volvieron a trabajar más...*

—¿Y qué pasó?

—*¡Hombre!... Que se murieron de hambre.*

Se ríen los dos felizmente, alegres.

Gastamos todavía la última pólvora de la conversación.

—¿Cómo se enteró usted del premio?

Rafael de la Joya levanta la mano con aire feliz.

—*Yo fuí quien recibió la noticia de la United Press. Poco después me llamaba el embajador español desde Wáshington.*

Y eso es todo. El estudio, como un barco afanoso, busca el puerto de la noche. Estos tres españoles invitan, al tiempo, al optimismo y al trabajo...

—Pero siempre con libertad de acción, ¡eh!

Nos despedimos.

E. R. G.

Un poema tallado en piedra

(Viene de la pág. 17.) coro, ante el artístico facistol, rezaba y entonaba los himnos litúrgicos. Y de aquí, ya ministro del Señor, salía a predicar por todos los rincones de la isla. Desde aquel púlpito, poco antes de partir, pronunció vibrante panegírico de Ramón Lull, «digno de ser impreso con letras de oro», según juicio autorizado de alguien y que, sin duda, compartiría el pueblo, amasado y absorto en la espaciosa nave franciscana.

En sus andanzas apostólicas se detenía ante los campos para admirar la geometría de los surcos y bendecir los trigales, soñando con arar y sembrar los yermos de la gentilidad. Al prudente fraile de Petra, más que la borla de doctor y la elocuencia del sermón, interesaba el plantío de frutales y el manejo del arado para su futura misión. Del lego que cuidaba el vasto huerto conventual recibiría los rudimentos para el cultivo de la tierra, y él mismo ensayaría cómo de dos troncos de madera se puede hacer una cruz o un instrumento de labrar.

El amor a la naturaleza le llevaba a comunicar sus ansias a los rosales, geranios y enredaderas que encuadraban el huerto de verduras caseras, protegido por los cipreses en oración. Por la noche el aura embalsamada del vergel claustral invadía la celda del fraile soñador, ahondando en su espíritu silencios luminosos de distancias vírgenes. Le vibraban de inmensidad los ojos, sintiéndose acuciado por al impaciencia de Dios, que le llama desde remotas riberas. Fray Junípero debía partir...

Y llegó la hora de su despedida. De rodillas, en medio del refectorio, Junípero pide perdón de sus culpas a la comunidad, hondamente consternada. Tiemblan las manos del guardián al bendecirle y el llanto ahoga sus palabras. La emotiva escena se reduce «más a lágrimas que a voces», nos dice el padre Palóu, su biógrafo y compañero de viaje. Por último, el humilde misionero besa los pies a todos, hasta el menor de los novicios, y se dirige al puerto.

Las aguas se abrían en rutas infinitas ante la mirada y afán del intrépido fraile de Petra, que desde la proa de la nave, con la Cruz en alto, presiente acercarse multitud de infieles para escuchar su palabra.

FR. L. GARI-JAUME, T. O. R.

El paraíso de los pescadores deportivos

(Viene de la pág. 32.) alza la maravilla del pinar que dió fama a la playa de Cabañas, frente al típico puebleсito pesquero, tantas veces comparado, con recortadas casitas de nacimiento, de Redes, y la amplia rada de Sada, desde donde el Generalísimo suele partir para sus proezas pesqueras., en los bien ganados días de descanso veraniego, ya que cerca se eleva, con todo el empaque señorial de los viejos pazos, el de Meirás.

Muchos detalles, interesantes y anecdóticos, como los de los Bajos de las Laxiñas y de Cabaleiro, podríamos añadir a este relato, que se extiende ya demasiado. Con lo apuntado basta para dar una idea clara de que por la temperatura de sus aguas, sujetas al influjo de las corrientes del golfo; la profundidad y transparencia de las mismas, la presencia en ellas de la riquísima sardina—alimento predilecto del atún—y otros tantos detalles de no menor importancia, hacen de esta confluencia de las tres rías el lugar ideal para practicar, con éxito rotundo, la pesca deportiva de altura y gran altura.

El mundo se cita en Mallorca

(Viene de la pág. 15.) el mundo en busca del dulce sueño de los justos, afirman haberlo encontrado en ésta. Mallorca y Cuba son las dos islas del planeta que nos ofrecen las siestas más sabrosas. Se duerme tan bien en Mallorca porque la naturaleza está dormida. Esa «Costa del Silencio», que va desde Porto Colom a Punta Salinas, es «silencio y sueño». Quien no pueda dormir en la soñolienta región de las calas, en Porto Petro, en Cala D'Or o en la Cala de Santany, no podrá conciliar el sueño en ningún sitio del mundo. Aquí el Mediterráneo llega a la costa académicamente, de puntillas, para no despertar a los turistas, y las calas, de aguas inertes y transparencia de vértigo, duermen un inefable sueño azul. En Porto Petro y Cala D'Or ha conseguido el viajero las siestas más dilatadas, los sueños más dulces, exentos de picaduras de mosquitos y de pesadillas. El viajero que, después de recorrer el mundo, ha oído roncar en toda clase de resoplidos y distingue perfectamente un ronquido español de un ronquido alemán, un ronquido inglés de un ronquido italiano, un ronquido sueco de un ronquido islandés, puede afirmar que en ninguna otra geografía ha oído roncar tan sonora y acompasadamente como en Mallorca. Y esto, que al lector le pudiera parecer una estupidez o humor desorbitado, es, ni más ni menos, el mejor botón de muestra de que el viajero dispone para demostrar que Mallorca es, en efecto, la isla de la calma, el lugar ideal para descansar en esta era de angustia, ruido y prisa.

8.ª Es la isla ideal para envejecer despacio, como dijo Unamuno. Mallorca, con su dulce clima invernal y su paisaje, rejuvenece tanto como la «jalea real». Por tal razón es la isla ideal, no sólo para pasar el fin de semana, sino el «fin de vida». Ahora vienen miles de viejos a pasar «fin de vida» a Mallorca, y, en efecto, se encuentran aquí con unos años de suplemento. Yo creo que no está lejos el día en que se construya en Mallorca «la colonia de los ancianos», como se ha construído ya en otras geografías la ciudad de los niños.

9.ª Pero, sobre todo, es la isla ideal para morir. Mallorca le brinda al turista la mejor antología de cementerios. Son todos tan acogedores, tan risueños, que, más que en lúgubre muerte y en apocalíptico juicio final, nos hacen pensar en la resurrección de la carne, en la misericordia del Señor y en la gloria eterna. Pero entre estos inefables cementerios, los más acogedores y los mejor situados, los que nos hacen pensar más en la misericordia divina y la gloria, son el de Deyá y el de la ermita de la Santísima Trinidad, de Miramar.

10. El pueblo de Petra, cuna de Fray Junípero Serra, fundador de San Francisco de California, se ha convertido en un importantísimo centro de atracción de peregrinos ame-

ricanos, según me acaba de decir, con ostensible satisfacción, Mrs. Moore Bowden, presidenta de los amigos de Mallorca en España.

11. El silencio. La mejor definición de Mallorca me la acaba de dar madame Françoise Billot: «*On se sent baigné de silence.*» Y al marcharse de la isla, ha dejado sobre mi mesa del comedor una carta de despedida, que confirma esta frase, tan exacta como deliciosa: «Sentimos dejar esta isla privilegiada, donde se puede saborear todavía el lujo supremo de una calma total, interrumpida solamente por el canto de un pájaro, el tintineo de una campana o por una ráfaga de viento en los olivos.» Madame Françoise Billot tiene razón. En Mallorca se encuentra un silencio puro, sin adulterar, sin briznas de ruido; un silencio que diríase no ha sido roto desde la creación del mundo. Y a esto es a lo que creo que vienen gran parte de los turistas a Mallorca: a beber su silencio, a impregnarse de calma y de paz.

Ya les ha ofrecido España a los turistas la Costa Brava, la Costa Verde, la Costa del Sol, la Costa Blanca...; ofrezcámosles desde ahora la «Costa del Silencio», es decir, esa costa inefable que va desde Porto Colom hasta Punta Salinas, y que tiene por centro Porto Petro y Cala D'Or. Porque toda Mallorca, y de una manera especial esta costa, parece decirles—como el Señor—a los viajeros de todo el mundo: «Venid a mí los que estáis sobrecargados y padecéis angustia, que yo os calmaré.»

Federico DIAZ-FALCON

Dos pueblos, dos hombres

(Viene de la pág. 5.) franceses que ocupaban las riberas del Agueda, se pensaría que el paisaje es ya español.

»Nadie me lo ha dicho; pero tengo para mí que don Antonio de Oliveira Salazar, maestro de Leyes y de Economía—de Leyes Económicas—en Coimbra, se complacería más de una vez, antes de que Portugal le llamase a tan alto rectorado como ejerce desde Lisboa, en recorrer los caminos que van a dar a las lomas de Ciudad Rodrigo, asiento de castros romanos, tierra de vivas pugnacidades, con reductos y barbacanas sobre campos trigueros y encinares. Y allí haría nuevo acopio de tres grandes fuerzas de su espíritu: silencio, soledad, meditación.

»Además de ciudad viva y clásico huerto de teólogos, juristas y poetas, Salamanca es para Franco, desde hace veintiún años, ara de sacrificios, baluarte de la fe, la esperanza y el amor de un pueblo, nave iluminada rumbo al futuro. Tampoco me lo ha dicho nadie; pero podría jurar que algunos días de 1936 y de 1937, a la hora del atardecer, después de haber consumido amargas horas de pesadumbre o de haber gustado radiantes mediodías de triunfo, el Caudillo de España pedía un coche y se alejaba de la ciudad para ir a pasear, carretera adelante, entre encinas de verde y plata, hacia los torreones de Ciudad Rodrigo; a buscar unos instantes de descanso en aquella ancha tierra "que se hermana con el cielo".

»Recientemente, Franco y Salazar han recorrido un camino muy conocido de los dos. En esa etapa románica, entre Salamanca y Coimbra, todo parece más propicio que en cualquier otra parte para entender la hermandad de estos dos pueblos libres, Portugal y España.»

* * *

Esto escribí, y ahora agrego: ¿Qué periodismo internacional es ese que en todos los trances de la vida española o portuguesa pugna por hallar explicaciones torcidas y estrafalarias y rechaza las versiones pulcras, las interpretaciones cabales, como si eternamente hubiéramos de quedar condenados a sufrir bajo leyendas que circulan cargadas de agravios?

El tema central de la entrevista de Ciudad Rodrigo—días 8 y 9 de julio de 1957—fué, sencillamente, o, si se prefiere, solemnemente, el del «Mercado Común Europeo». ¡Qué desilusión para el sensacionalismo! ¡Qué caer por tierra tantas y tantas divertidas o malévolas invenciones! Pues ¿no habíamos quedado en que Salazar y Franco, temblorosos de inquietudes personales, se habían dedicado a combinar o concertar las dos urgentísimas operaciones de la restauración monárquica en Lisboa y en Madrid? ¿No difundió cierto comentarista *bien informado* que en la residencia de Don Duarte se estaban preparando ya manto y cetro, corona y armiño, para la gran consagración en que oficiaría el cardenal Cerejeira? ¿No hemos leído en Dios sabe qué paginilla revoltosa la noticia circunstanciadísima de cómo Franco ya no podía más y acudía a Salazar para que le ayudara a salir del intrincado atolladero en que se encontraba? Y así sucesivamente. Todo menos aceptar la verdad, redonda y bella.

El «Mercado Común Europeo» es, en estos momentos, preocupación de millones de hombres. Y pesadilla de más de uno. Mediante un tratado que el día 25 de marzo de este año quedó firmado en Roma, seis países—Alemania Occidental, Bélgica, Francia, Holanda, Italia y Luxemburgo—se constituyeron en cuerpo de comunidad. Han creado lo que ya se va llamando «la pequeña Europa». Los «seis» acordaron suprimir toda clase de impuestos arancelarios o aduaneros para sus intercambios comerciales y decidieron instituir una aduana común frente a los países que no pertenezcan al grupo firmante. En el territorio de la comunidad aludida los productos industriales y agrícolas circularán libérrimamente, sin restricciones de ningún orden en cuanto a los derechos y sin trabas de carácter cuantitativo. Es decir, ni pago de aduana ni política de contingentes.

Por añadidura, se otorgará la misma libertad de circulación a los capitales, a los trabajadores, a los servicios y a los transportes. Toda una profunda transformación de la economía europea. Toda una revolución en los intercambios mercantiles. Los espíritus más finos tratan de averiguar lo que el futuro reserva a este plan ideado por un grupo de políticos, con el belga Spaak a la cabeza, y articulado por unos cuantos técnicos de las Administraciones públicas de Italia, Francia y Bélgica. Hay en el aire como un temblor de esperanzas, y junto a la esperanza, un acentuado temor de que todo acabe en una explosión de sombras y de humo. La Gran Bretaña adopta la actitud que más partidarios congrega en el ámbito inglés; observa y aguarda. Los países escandinavos ponen sus ojos en Londres. Desde el número 10 de Downing Street y desde los escaños del Parlamento de Westminster se lanza una idea que puede fecundar muchos resultados venideros: la de constituir una gran *Zona de Librecambio* como complemento del *Mercado Común*. Ráfagas polémicas cruzan el paisaje como dardos encendidos. Los diputados y senadores de Francia ratifican el tratado de Roma. La Cámara alemana hace otro tanto. Pero la disputa se torna cada día más ardiente.

Evidentemente, la constitución auténtica de un *Mercado Común Europeo* es tarea de una complejidad excepcional. Es probable, quizá seguro, que el tratado de Roma ofrezca grandes flancos abiertos a las flechas de los críticos. Se trata de un vasto ensayo; pero, eso, ensayo. ¿Doce años? ¿Quince? No es necesario ser doctor en augurios para afirmar que la idea de la comunidad europea acabará por triunfar. La Europa venidera, la de nuestros hijos o nuestros nietos, será así: unida, compacta, sin brechas para los ataques disgregatorios. O no será: se habrá convertido en un campamento abandonado. O en una ciudad invadida y ocupada. He aquí los temas, los enormes temas que interesaron en las conversaciones de Ciudad Rodrigo. Es un gran consuelo saber que los portugueses y los españoles contamos con jefes que salen al encuentro de tales problemas.

Si la política menuda y triste no hiciera de las suyas tan a menudo, cabría esperar un porvenir resplandeciente para el inmenso bloque iberoamericano, resumen feliz de la hispanidad y de la lusitanidad, que puebla los mágicos espacios del continente que descubrió España y que habla español o portugués. Ese *Mercado Común Europeo* plantea disyuntivas dramáticas a Inglaterra porque pone en juego nada menos que la existencia del Commonwealth; pero coloca también al mundo iberoamericano frente a una parcela esencial de sus propios destinos. Dígase lo que se quiera, el *Tratado de Roma* puede llegar a ser un instrumento de coacción violenta contra los países que todavía no han alcanzado un fuerte y alto grado de industrialización. Pese al progreso de los últimos años, este es el caso de la Península Ibérica y de la América comprendida entre las orillas del Río Grande y los hielos de la Antártida. Se calcula que la *pequeña Europa del Mercado Común* contará con una población de 160 millones de habitantes. El censo de la América hispanoportuguesa y de esta península que habitamos no queda a la zaga de esa cifra. Añádase que su crecimiento acusa una vitalidad extraordinaria y que cuando el *Mercado Común* sea una realidad ya cumplida, nuestro mundo ibérico habrá dado nuevos saltos demográficos y ofrecerá perspectivas de posible producción y de posible consumo que modificarán sustancialmente las estadísticas de hoy. ¿Sería lógico que los representantes europeos de ese mundo, cabeza histórica, fuente maternal del más prometedor y esperanzador trozo del planeta, permanezcan insensibles, inertes, sordos, mudos, ante la perspectiva que desde ahora trazan los seis países comprometidos en la comunidad económica europea?

Contra la posibilidad de esa mudez, de esa sordera, de toda inercia y de cualquier forma de insensibilidad, se han levantado, sin alharacas, sin petulancias, dos pueblos representados por dos hombres. Es indispensable que los acontecimientos encuentren a Portugal y a España preparados para hacer frente a las mudanzas de estructura que Europa quiere acometer. Y que así como la guerra de las armas nos hallará apre-

tadamente unidos desde la Albufera valenciana hasta el ancho Tajo lisboeta, igualmente solidarios nos verá la guerra de las tarifas, de las columnas arancelarias y de los impuestos, porque es ley de vida que, en las horas decisivas, campesinos de Portugal y labriegos de España se sientan regidos por un mismo resplandor del cielo y por una misma palpitación de la tierra.

Cuando las naciones de la América hispanoportuguesa comprendan—¡llegará un día!—el valor de nuestros pueblos peninsulares como elemento unificador y como íntima fuerza de comunidad para mil empresas que atañen a la vida y al bienestar de la casta entera, dejarán a un lado melindres históricos, abandonarán juegos políticos que ya no se tienen en pie de puro viejos y se decidirán a crear, como invención preferentemente americana, esta otra comunidad de pueblos que no necesitan tratados para andar y actuar juntos.

Ya sabes, querido lector de América, cuál fué la preocupación central de las conversaciones de Ciudad Rodrigo. No sé si los dos grandes hombres de Estado llegarán a asomarse a la vertiente americana. Da lo mismo. Basta que tendieran la mirada sobre los dos pueblos americanos que hay en Europa, encarnados históricamente en dos países de gran significación europea. Y de los rumbos de esa mirada sí que podemos estar ciertos.

Si alguien supone que el diálogo de Ciudad Rodrigo no fué suficientemente distraído porque sólo se trató del porvenir de 40 millones de iberos y del pan y el aceite y el vino que esos 40 millones de hombres podrán ofrecerse a sí mismos y dejar a sus descendientes, siento mucho no brindarle los folletines al uso entre los cazadores de sensaciones periodísticas. España y Portugal son así, amigos. Lo atestiguan las barbacanas, los torreones, las espigas doradas y las encinas de Ciudad Rodrigo. Y dan fe dos pueblos de una vez, acaudillados por nada menos que dos hombres.

MANUEL AZNAR

La historia se hace en Ciudad Rodrigo

(Viene de la pág. 7.) seos de la tarde, paz de domingo para el tratante y el arriero, para el pastor y el comandante, las buenas mozas, el joven profesor del Instituto, el señor conde y el señor deán. (Antes de ser «Ciudad Rodrigo», por los albores del siglo XII, según los eruditos, Ciudad Rodrigo fué Aldea Rodrigo, y eso algo deja siempre, por fortuna.) Por dentro, la Torre del Homenaje, lo único que queda del castillo que Enrique de Trastamara erigió hacia 1300, es uno de los más confortables hostales de turismo que quepa imaginar. Donde a la media tarde toma su té el viajero, muellemente acodado, cabe la falduda chimenea de la gran sala de honor, de cara a un fascinante panorama, que la luz declinante del poniente diversifica con sutiles gradaciones.

Por dentro, Ciudad Rodrigo es quieta y dulce, bien holgada de espacio para sus doce millares y pico de vecinos. Dos puertas extremas —Puerta del Conde, Puerta de la Colada—dan acceso a este viejo castro aldeano, al que dos calles principales, cruzándose en su centro, dividen en cuatro barrios casi iguales, como heráldicos cuarteles. Barrios llanos, silenciosos, serpenteantes. Cuadrilongas plazuelas porticadas, donde el templado hierro de rejas farolas y balcones florece entre doradas piedras. Calles rumorosas de esquilas conventuales, como hojas abiertas de un libro de Azorín; salpicadas de escudos y blasones, vestigios de la mucha nobleza que habitó en ellas e hizo historia.

Historia es la palabra clave. Ciudad Rodrigo es lugar de mucha historia. Esos curtidos lugareños que cada martes plantan su mercado bajo las logias de la «plaza del Buen Alcalde»—y los más viejos aun se hablan de «vos»—, esos labriegos que cada martes suben desde el arrabal de San Giraldo o las tenerías de Santa Agueda con sus asnillos cargados de cereales y hortalizas, tienen mucha raza. Descienden de los vetones, de que ya habló Plinio. Pues Ciudad Rodrigo ha sido—y es— ibera, romana, goda, hasta mudéjar, antes de acabar siendo cristiana de una vez. No faltaría más. La funda, sobre las ruinas de la antigua Mirobrigia, un conde castellano, de quien toma nombre. La reedifica un rey y otros tres reyes—un Santo, un Sabio, un Bravo—la colman de privilegios, que más que derechos son deberes. (Ustedes lo saben entender.) Plaza fortificada, Ciudad Rodrigo sufre el sino de todas las posiciones fronterizas. En las campañas de emancipación de Portugal sirve de apoyo a los ejércitos hispanos. En nuestra guerra de Sucesión es fuertemente disputada. Su misma situación la hace estratégica. Pero es en los años de la francesada, en lucha por la propia independencia, cuando entra en la Historia con más altos honores. Brava ciudad, como se ve. Al punto que en discordias intestinas—hablo de mucho tiempo atrás—, castillo y catedral llegaron a arremeterse mutuamente. Si no cuerpo a cuerpo, vis a vis y a pocos pasos.

Y ahora, ¿qué? A esto íbamos. Ciudad Rodrigo guarda, junto a su vieja catedral, flanqueada de cipreses, quizá el más bello claustro gótico de España; en la portada del Palacio de Montarco, en el chaflán que da entrada al del marqués de los Altares, en su graciosa casa-ayuntamiento, y en este patio, ese puente, aquel recodo, inestimables monumentos de arte. Pero Ciudad Rodrigo, con todo su golpe de murallas, no pertenece al pasado meramente.

Ciudad Rodrigo señorea hoy veintiuna villas, cuarenta y nueve lugares, una aldea, diecisiete caseríos. No es ciudad muerta ni aun dormida. Burgo fecundo en pastos y ganados, Ciudad Rodrigo es industriosa y rica. El común de sus gentes son rurales de buena fortuna: hombres que aun visten a las veces el chaleco de raso y el calzón de terciopelo, y esas camisas «tan bordadas, rizadas y llenas de primores—es Alarcón quien las describe—, que cada pechera representa el trabajo de una comunidad de monjas». Sus dos municipios de mayor densidad de población poseen minas de volframio. Sus tierras son tierras de colonización y de esperanza, a las que ha poco les ha nacido un nuevo pueblo: Agueda del Caudillo. Ciudad Rodrigo es sede episcopal, donde si en otro tiempo templó sus armas primeras un cardenal Tavera, nada menos, hoy sigue regida por prelados juveniles y avizores, como los doctores Yurramendi y Enciso, prelados henchidos de tanta pasión intelectual como social. El mismo Instituto de Enseñanza Media, en fin, lleva en su frontispicio, como un vaticinio, el nombre de un poeta.

Letrada como Avila, como Segovia trajinera, Ciudad Rodrigo es la propia alma de Castilla—¡no tan adusta, señores!—que en puntillas se asoma, una vez más, desde la linde portuguesa al Occidente. Húmedos relentes atlánticos dulcifican su paisaje, y no en balde, contemplando ese herbáceo tapiz que la circunda, ha evocado algún viajero la plácida luminosidad de los lienzos de Claudio de Lorena

Castilla trabajada, pero aun trabajadora y sonriente.

José María CLAVER

CIUDAD RODRIGO, CIUDAD FRONTERIZA

AQUI SE FIRMO EL PRIMER TRATADO DE PAZ ENTRE PORTUGAL Y ESPAÑA

CUANDO en los contornos de la Península existían conjuntamente diversos reinos, algunas ciudades, situadas en puntos estratégicos en las mismas fronteras, cumplían una función hoy día perdida. Tal, los lugares riojanos o los del señorío seguntino; e igual también, Ciudad Rodrigo, en las lindes divisorias de Portugal y España. Por ella lucharon monarcas de Castilla y monarcas lusitanos. En ella se celebraron bodas reales y se restablecieron y firmaron paces amigas y no siempre duraderas. Porque, como buenos vecinos, las dos naciones anduvieron con frecuencia a la gresca.

A dieciséis leguas de Salamanca, veintiocho de Valladolid y cinco sólo de Almeida, Ciudad Rodrigo alza sus torres, que baña el Agueda. El lugar es reedificado y repoblado hacia la mitad del siglo XII.

Pero Portugal—dote para un Borgoña que vino a guerrear contra los moros en nuestros campos andaluces—había nacido ya a la realidad histórica y veía con malos ojos que Ciudad Rodrigo se convirtiera en una plaza fuerte. Un rey Alfonso, portugués, envía contra los recién estrenados habitantes del lugar a su hijo Sancho, al frente de un ejército. Fernando el castellano sale a su encuentro y el pendón de Castilla queda ganador en Aragañal o Campo de Argañán.

Poco después, los fastos mirobrigenses registran un casamiento real en Ciudad Rodrigo. Dos vidas se unen ante obispos y nobles de entonces y dos naciones sellan, con nuevos vínculos de parentesco, paces con promesas de perpetuidad. El novio se llamaba Alfonso XI y la Historia le denominó el Justiciero. La novia, dulce y serena, se llamaba María; María de Portugal.

Pasan los años. 1352. Los Trastamara andan revueltos contra su hermano y rey legítimo, Don Pedro I, protagonista de viejos romances de terror y de crímenes. El monarca portugués se ofrece como intermediario entre Don Pedro y su hermanastro Enrique, que estaba refugiado en el reino lusitano. Celebran conversaciones en Ciudad Rodrigo, y como resultado de ellas, Don Pedro promete dejar que su hermano vuelva a Castilla.

Luego viene lo de Duguesclin y aquello del «Ni quito ni pongo rey...» Allá él. Lo único cierto es que Pedro I cae asesinado por su hermano y éste sube al trono. Y Portugal, aprovechando aquellos tiempos de intranquilidad política en Castilla, se apodera de Ciudad Rodrigo. Don Enrique, que ya es rey y se pone un II romano detrás del nombre, sitia la plaza, inútilmente. Y decide darla por las buenas a los portugueses, casando a la infanta Doña Leonor con el rey lusitano, entregándole por dote Ciudad Rodrigo.

De esa forma nace una nueva paz, que pronto se rompe, volviendo la plaza fuerte a la corona castellana. Se estabiliza el poder real. Llegan los Reyes Católicos y su política matrimonial. Los reyes vecinos son parientes cada vez más cercanos de los españoles, y cuando Don Sebastián muere, Don Felipe el Prudente se cree su heredero inmediato y se proclama rey de Portugal.

Guerras, escaramuzas, pacificaciones... Un duque de Osuna sale para Portugal con un ejército desde Ciudad Rodrigo, centro de operaciones militares. Jacobo Magallanes, un capitán portugués, lo derrota. Y Osuna vuelve a Ciudad Rodrigo en 1664, tres años después de su salida.

Con el correr del tiempo, Portugal queda como nación independiente, estrenando rey y dinastía. Cada cual por un lado, España y Portugal. Edad Moderna que acaba. Borbones en España. Napoleón nace en Ajaccio... 1808. Después, 1810. El corso, dueño de España, hace rey a su hermano y decide conquistar Portugal, siendo escogida una vez más Ciudad Rodrigo como centro de las operaciones militares en Portugal.

Pero antes es necesario conquistar a Ciudad Rodrigo. Porque aquí hay unos cuantos valientes que han jurado obediencia al Gobierno de Cádiz y hay un pueblo que ha llegado a asesinar al gobernador Luis Martínez de Ariza por ser amigo de Godoy.

Son meses de asedio, con sus notas de guerrillas y escaramuzas. Por estas tierras merodean el Empecinado y Julián Sánchez. Un comandante inglés se admira ante las dotes estratégicas de Sánchez. Y mientras tanto, el mariscal Ney, sitiador francés, intima a la rendición. Herrasti, el gobernador, le contesta:

—Después de cuarenta y nueve años que llevo de servicios, sé las leyes de la guerra y mis deberes militares. Ciudad Rodrigo no se halla en estado de capitular...

Sin embargo, pese a la valentía, van surgiendo una serie de imponderables que obligan a la rendición. Y los franceses, tomando la plaza, instalan en ella una guarnición y se preparan para dar el salto hasta Lisboa.

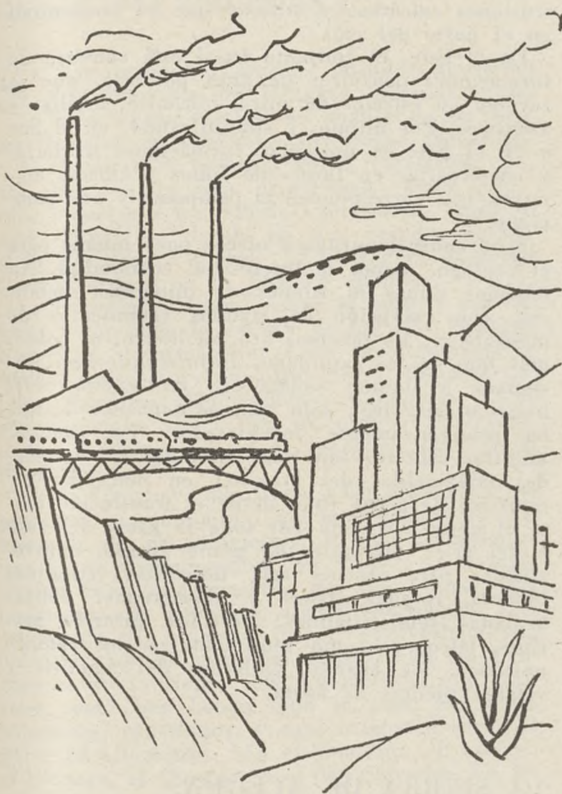
Pero, por la costa, la marinera Inglaterra ha asomado sus galeones con sus soldados al frente de lord Wellington. El inglés, con ayuda portuguesa, pone sitio a Ciudad Rodrigo. La reconquista llega y las Cortes gaditanas hacen Grande de España a Wellington con el título de duque de Ciudad Rodrigo. Un título con nombre de rancia y clara estirpe castellana para una clara y rancia estirpe anglosajona.

Se crea también una medalla conmemorativa de los sitios. Su leyenda dice: «Valor acreditado en Ciudad Rodrigo.» Con la conquista de la plaza, el nuevo duque español deja atrás a Portugal y comienza definitivamente la liberación española. Una vez más, la ciudad salmantina ha sido punto neurálgico entre Portugal y España. Como antes y como ahora. Lugar donde se estrechan vínculos y donde se firman acuerdos de amistad. Escenario de encuentros con trascendencia para la Historia.

ANTONIO GOMEZ ALFARO

LECCION SOBRE EL URUGUAY

Por CARLOS LACALLE



Dice Gonzaga de Reynolds que «Europa fué una mitología antes de ser una geografía». Es que el hombre descubre las cosas en sí mismo, en los sueños de su alma, antes que en la realidad. Y es tan poderosa la construcción de nuestra inventiva, que la realidad tarda mucho y acaso nunca llega a imponer su pretendiente verdad en el mundo imaginado.

América no solamente fué una mitología antes de ser mensurable realidad, sino que lo sigue siendo en su conjunto. América es para la mayor parte de los hombres un prodigio que excede las dimensiones humanas. Se cantan sus «ríos como mares»; sus montañas empinadas sobre montañas; el «infierno verde» de sus selvas, con árboles altos como rascacielos; sus riquezas inagotables. Para la mentalidad del hombre europeo, enrumbada hacia la grandiosidad por el siglo XVIII, América es el reino de la distancia; el escenario cuya tectónica propia del primer día de la creación parece dispuesta por cíclopes para juegos y batallas de semidioses.

Espacio pintado con colores vivos; fragancia de piel tostada; oro fluyente como agua; cascadas de diamantes y esmeraldas; bosques de palma y de orquídeas; guacamayos y colibríes; garzas y cóndores; prodigalidad de especias; jaguares, pumas y caimanes; Edén y Eldorado a la vez. Y en el bochorno de su eterna siesta, legiones de «Niñas Chole» se abanican con gestos lánguidos acompasados por el vaivén de las hamacas.

Esta es la imagen poderosa y sensual que evoca—que nos evoca—el conjuro del nombre de América.

Intentemos dominar el mito de América no matándolo, sino reduciéndolo a lo evidente. Es cierto que en América—con sus 42 millones de kilómetros cuadrados, casi diez veces mayor que Europa—tienen amplia cabida todas las posibilidades reales y soñadas. Es verdad que existen regiones cuya geografía está dispuesta a escala gigante, comarcas de exuberante riqueza y zonas habitadas solamente por la poesía y el misterio. Estas regiones alcanzan su plenitud y su equilibrio cuando la actividad de inmensas masas humanas ocupa el dilatado espacio de su cuadro natural y lo explotan según sus posibilidades naturales. Unas lo han logrado o están en camino de lograrlo; en otras hay que esperar la ocupación humana que justifique sus magnitudes y su superabundancia de recursos. Mientras tanto, es natural que sean dominio del mito, lugar codiciadero para el juego de la fantasía.

Pero no todo el ámbito geográfico americano es gigante, superabundante, expectante. Hay en él regiones cuya magnitud puede abarcarse sin que el ánimo se subyugue. Tierras posibles de medir por la agrimensura clásica. Países cuya naturaleza está privada del «colosalismo» y cuyo módulo es el hombre. Comarcas deslindadas de la jurisdicción del mito, en las cuales ha perdido su virtualidad la magia, y pueden ser concebidas y aprehendidas en los términos racionales del silogismo. Países, en fin, que deben ser descritos con el primoroso y despojado estilo de *Azorín* y no con enjoyada prosa barroca.

Uno de estos países americanos, cuyos supuestos geográficos tienen el encanto sencillo de estar trazados a la medida del hombre, se encuentra a unos 9.000 kilómetros al suroeste de Madrid. Está situado sobre el zócalo atlántico, entre los 30º y 35º de latitud austral. Es la República Oriental del Uruguay, denominada así por la ubicación de su territorio en relación con el río epónimo, el río Uruguay. Contracción de lengua guaraní, que significa «Río de los pájaros», según unos intérpretes, o «Tributario del mar», según otros.

Esta tierra uruguaya, que se simboliza en la roja flor del ceibo, con una vieja geología carente de fósiles, sin prehistoria y casi sin arqueología, fué durante siglos escenario del vagabundaje de unos pueblos nómadas y cazadores: los «charrúas», «yaros», «bohanes» y «guenoas». Indígenas de la familia guaraní, que aplacaban a «Añag»—genio del mal—y solicitaban los favores de «Tupí», el espíritu bueno. Tenían muy pocos saberes. Los indispensables para tender el arco y arrojar las «boleadoras»; los necesarios para extraer la miel de la caña del «tacuarembó» o robarla a la industria de una abeja silvestre, el «camoatí». Poseían también los saberes sutiles del sentido, que se recreaba con la rosácea flor y el fruto de la granada silvestre, el «arazá». De su ocupación del territorio no nos queda más vestigio que la toponimia, «cementerios», ricos en puntas de flechas, y algún rasgo facial que otro semiperdido o aparente, según el capricho laberíntico del mestizaje.

Fué a principios del siglo XVI cuando Juan Díaz de Solís, piloto mayor del reino, pagó con su vida el descubrimiento de este territorio. Obsesionados por la búsqueda de los metales preciosos, los descubridores fueron dejando de lado la tierra uruguaya, apenas entrevista entre sus viajes en procura del canal interoceánico.

Cien años después, un gobernador criollo con sede en la Asunción, Hernando Arias de Saavedra, fundamentó la riqueza del Uruguay, haciendo desembarcar en sus costas cien vacunos y unos pocos caballos y yeguas, que se multiplicaron de un modo portentoso en la que había de ser, sucesivamente: Tierra de Sanabria, Gobernación de Montevideo, Banda Oriental, Provincia Oriental, Provincia Cisplatina; desde hace ciento veintisiete años, República Oriental del Uruguay.

CENTRO NEURALGICO DE LAS COMUNICACIONES MUNDIALES

El Uruguay es un pequeño, riente y próspero país, que está acondicionado por su geografía y realizado, por sus habitantes, a la medida del hombre. Comencemos por considerar el primer hecho a que ha de atender la Geografía: el espacio.

La naturaleza ha sido por demás avara con el Uruguay, pero le ha hecho un regalo, casi abstracto y geométrico: la situación.

Al «Hinterland» del continente suramericano se penetra por el Orinoco, el Amazonas y el río de la Plata. El Uruguay está situado sobre la ribera norte del Plata, en la desembocadura de una red fluvial que penetra hasta 2.000 kilómetros en el corazón del continente. La cuenca del Plata y la de sus tributarios el río Paraná y el río Uruguay abarcan casi dos millones de kilómetros cuadrados de tierras, valoradas por dos principales factores: una inmensa capacidad de producción de bienes universalmente solicitados y condiciones de habitabilidad óptimas, que atraen la inmigración e incitan a la instalación de los hombres de todas las procedencias.

Esta situación convierte al Uruguay en el centro neurálgico de las comunicaciones mundiales con la porción austral del continente, y el hecho de estar enclavado entre dos grandes potencias, la Argentina y el Brasil, proporciona a su espacio un valor estratégico que se acrecienta a medida que aumenta el poderío de sus vecinos.

Por añadidura, el Uruguay debe a su situación gozar de la condición de Estado soberano.

El territorio uruguayo estaba, naturalmente, encuadrado en el marco geopolítico del virreinato del río de la Plata. (Rindamos homenaje de admiración a la certera visión geopolítica de los administradores españoles de los siglos XVII y XVIII, quienes distribuyeron en forma impecable el territorio americano.) Producida la emancipación, la Banda Oriental estaba destinada a confederarse con las otras porciones del antiguo virreinato. Esta fué la idea matriz en la concepción política de Artigas. El precursor logró ensayarla en 1816, cuando se produce la primera independencia del país. Artigas fué algo menos frecuente que un caudillo militar y que un político sagaz; fué, sobre todo, un hombre de Estado nato.

Consigue crear, organizar e institucionalizar una entidad política con fundamento natural e histórico, y con amplias y brillantes perspectivas de futuro. Pero la voluntad hegemónica de Buenos Aires y el afán persistente, durante siglo y medio, de Portugal por sentar sus reales en la costa del Plata (afán que heredó el Brasil del Imperio), hacen fracasar el espléndido intento artiguista. En 1825 triunfa la «revolución de los patrias», la heroica epopeya iniciada en el desembarco de los «Treinta y Tres». Sale victoriosa la «autodeterminación» de los orientales, y con ella la voluntad de confederar el país. Pero el futuro del Uruguay se decide en la corte de Río de Janeiro, donde es negociado entre la Argentina y el Brasil. Allí intervienen los representantes de Su Majestad británica. Inglaterra, dotada de un instinto especial para la localización geográfica de sus intereses, había intentado, en 1806, enriquecer su naciente imperio con los territorios del Plata. Las «invasiones inglesas» fracasan ante la resistencia bonaerense y por obra de la heroicidad de la «Muy Fiel y Reconquistadora Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo».

Al cabo de veintidós años, la política exterior inglesa se ha mimetizado, pero no ha cambiado. Su diplomacia presiona fuertemente para que el Uruguay se convierta en Estado soberano. Lord Ponsomby, representante inglés en Río de Janeiro, sostiene que «Europa no consentirá jamás que sólo dos Estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sur, desde más allá del ecuador hasta el cabo de Hornos».

La Rubia Albión es consecuente consigo misma, y aplica idéntico criterio en el viejo y en el nuevo mundo. Las instrucciones que recibe lord Ponsomby son iguales a las que se aplican en la «Conferencia de Londres» para decidir sobre el destino de Bélgica. Si la política inglesa no admite, en 1828, que el Brasil y Argentina se distribuyan el río de la Plata, no permite tampoco, en ese mismo año, que el litoral del mar del Norte, donde desembocan el Rhin y el Escalda, se reparta entre Francia y Germania.

La situación de sus territorios es lo que determina a la política internacional, orientada por Inglaterra, a otorgar la plena soberanía tanto al Uruguay como a Bélgica.

EL CLIMA Y LOS PINTORES URUGUAYOS

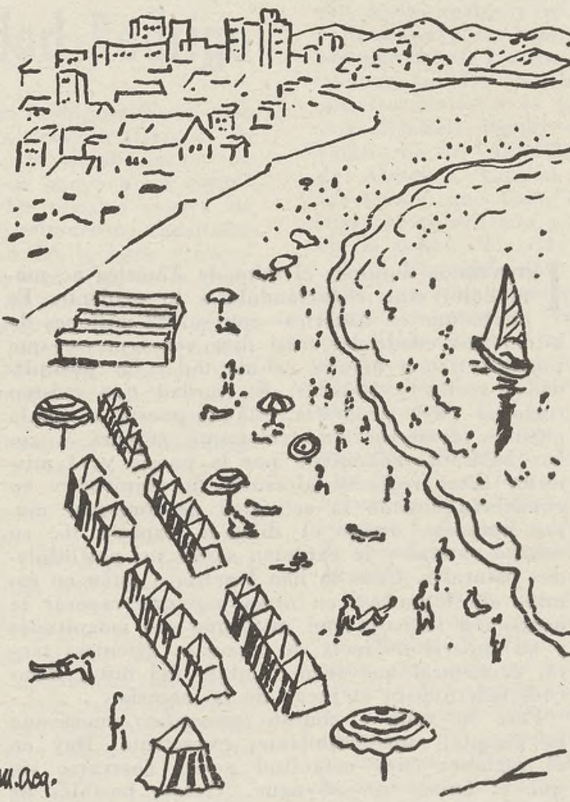
Al hecho de su situación debe también el Uruguay las características de su clima, muy semejante al europeo del Mediterráneo.

Clima templado, sano, dulce y casi marítimo. La temperatura media es de 22 grados en verano y 17 en invierno, aunque sufre variaciones bruscas y acentuadas. Su meteorología está dinamizada por un centro de bajas presiones ubicado en la zona tropical, a la altura del Chaco paraguayo, y por sistemas anticiclónicos de procedencia polar que penetran por las partes bajas de la cordillera andina y atraviesan toda la Patagonia y la Pampa argentinas. De allí proviene el «pampero», viento huracanado, frío y seco, que despeja la humedad, restablece el equilibrio atmosférico y produce la sensación de aligerar el cuerpo y la mente. Por el contrario, el viento del norte es cálido y deprimente; aparece con cortejo de truenos y relámpagos y produce la sensación de bochorno. Los vientos del cuadrante este surgen del Atlántico acompañados de lluvias. «Viento del este, agua como peste», dice su refranero. En cambio, los vientos del oeste son excepcionales y secos.

Se registra una pluviosidad media de 1.200 milímetros anuales, distribuída a lo largo del año, pero predominante al comienzo de la primavera. Suele ocurrir que el verano sea absolutamente seco. La sequía es un auténtico flagelo para el Uruguay. Cuando las praderas amarillean, y las corrientes de agua de régimen torrencial se encharcan, los blancos esqueletos de millares de animales son otros tantos índices de un verdadero cataclismo económico.

La humedad es relativamente elevada: 75 por 100 de promedio. Por eso es por lo que, pese a tener una insolación fuerte y prolongada (Montevideo tiene el doble de horas de insolación que París), hay en la atmósfera un celaje que tamiza la luz y la hace perder su vigor mediterráneo. Sólo a la hora del mediodía, y cuando el verano es muy seco, la luz es brillante y encendida. En general, la luminosidad es suave y difumina levemente el perfil de los objetos.

Acaso sea, por causa de esta luminosidad polarizada, por lo que en la paleta de sus pintores predominen las tonalidades grises y los rosados con poco empaste. Los pintores uruguayos huyen, por lo general, del paisaje. Los que, como Blanes Viale, hacen su perfeccionamiento en los países del Mediterráneo, a su regreso buscan, sin conseguirla, la luminosidad de Mallorca o de Sicilia, y abandonan los temas paisajistas. Las obras más logradas y expresivas de su paisaje no están conseguidas a plena luz solar, sino en la cribada luz del atardecer o a la luz de la luna, como en los maravillosos nocturnos de Figari.



La nostalgia y melancolía que acusa la interpretación pictórica del paisaje uruguayo es artificial y literaria. Por eso los mejores plásticos de hoy se han orientado hacia la escuela «constructivista» de Torres García, cuyos principios estéticos defienden la frontalidad, el ritmo, la estructura y la pintura sin volumen.

EL URUGUAY ES UN TRIANGULO DE TIERRA

El territorio que ocupa el Uruguay es relativamente pequeño. «Pequeña te hizo Dios, como una mano...», canta la salutación de Marquina al Uruguay.

Su superficie, de 187.000 kilómetros cuadrados (aproximadamente la tercera parte de España), es la menor de los Estados de América del Sur. Su forma es la de un triángulo, de base ligeramente convexa. Limita al norte y noroeste con el Brasil, en una frontera terrestre de unos 800 kilómetros y pocos más en divisorias fluviales y lacustres. Al oeste linda con la Argentina, y al sur y suroeste ofrece costas sobre el río de la Plata y el Atlántico. Sus fronteras fluviales y marítimas alcanzan a 1.073 kilómetros.

Anotemos que, pese a tan extenso litoral, el Uruguay tiene muy poca vocación marina. Se ha desarrollado de espaldas al mar, se ha olvidado de él como explotación y género de vida. El mar es para el uruguayo sólo un medio de comunicación, y esto es verdad, pese a que se encuentren en su litoral algunas familias pescadoras, a la industria derivada de la caza de los «lobos marinos», u otarios, y a las posibilidades de pesca que ofrecen sus aguas, ricas en finos y sabrosos pejerreyes, brótolas, lenguados y bonitos. Tiene excelentes puertos naturales y un litoral bordeado por extensísimas playas de arena fina. Pero no hace más de cuarenta años que la población comenzó a ser atraída por la costa como lugar de expansión y vacaciones. El mar, tan desdeñado por un habitante que prefería el horizonte campero al marítimo, se ha convertido en los últimos años en una seria fuente de recursos a través de la explotación turística de la costa.

El reducido espacio que ocupa el Uruguay está sólidamente asentado sobre una geología senil, que se evidencia por la ausencia casi total de líneas orográficas bien definidas. Su fundamento geológico lo constituye la «Brasilia», la más antigua masa constitutiva del continente, que extiende su basamento granítico desde las Guayanas al Plata.

Este conjunto basal aflora en el norte y sureste del país con sus rocas efusivas, granitos, gneis, pórfidos, calizas cristalinas y cuarcitas, materiales propios del predevónico.

En el devónico ocurrió la transgresión marina más importante de Suramérica, y dió lugar a la formación llamada «Continente de Gondwana», cuyos vestigios son los esquistos arenosos con intrusiones calcáreas y silíceas que se encuentran en el norte del país.

En el Este, el conjunto basal está cubierto de formaciones neozoicas de gran potencia, que se revelan en estratos de tosca volcánica, arcillas y areniscas. Por último, y simplificando, en el Sur y en el Este se presentan formaciones terciarias y cuaternarias en forma de limos y «loess» arenosos, que corresponden al pampiano y post-pampiano.

Si el subsuelo urugayo ofrece poco interés para el geólogo, menos le interesa al economista. No tenemos minas ni filones de minerales metálicos, con excepción de algunos yacimientos de manganeso; no tenemos oro, ni hierro, ni cobre, más que en las cantidades ínfimas que han ilusionado a algunos soñadores; no tenemos carbones ni petróleo; sólo algunos depósitos de turba económicamente inexplotados. En cambio, nuestras canteras son ricas en todas las variedades imaginables del granito; en mármoles estatuarios de grano fino, desde el translúcido hasta el negro, pasando por toda la gama del rojo y del gris; mármoles de grano grueso, aprovechables para obtener cal; dolomitas cristalinas blancas, rosadas, grises y abigarradas; calizas azuladas, semicristalinas; pórfidos, pizarras, grafitos, talco, y, como sembrados en los campos norteños, los cuarzos violáceos del amatista y vetadas piedras de ágata.

LA SIERRA DE ACEGUA, EL LUGAR MAS ALTO DEL PAIS

De acuerdo con los materiales del subsuelo, y dada la antigüedad de su geología, el relieve urugayo no presenta acusados desniveles. La altura media del territorio es de 200 metros, y su orografía culmina en un punto de la sierra de Aceguá—en el límite norte con el Brasil—, que alza su cumbre a 621 metros. De modo que nuestra elevación más empinada está a la misma altura de Madrid.

El paisaje del Uruguay responde en sus líneas generales al tipo de «paisaje granítico», según la clasificación de De Martonne.

En su topografía alternan «penillanuras» y «penicolinas»; planicies monótonamente extendidas que se interrumpen por ondulaciones suaves, simples divisorias de aguas, que reciben el nombre de «cuchillas». Por los ensanchados valles serpentea una red hidrográfica muy densa y poco profunda, formada por miles de arroyos y «cañadas» (vocablo que se emplea para designar las pequeñas corrientes de agua, cortadas por remansos). En toda la tectónica del país predomina la línea curva. Parecería trazada según un croquis de Rubens.

Estas superficies curvas están recubiertas por un tapiz vegetal de tipo estepario que verdea en forma discontinua. La mayor parte de las penillanuras está constituída por praderas de *pastos tiernos*—tréboles, gramillas, «pasto miel», «gramilla blanca», etc.—, en las cuales aparecen mechones de *pastos duros*—«flechilla», «paja voladora», «cortadera» o «carrizo», «plumacho», et-

cétera—, que manchan con tonalidades amarillas el fondo verde de la pradera. Los lugares pantanosos o de humedad permanente están denunciados por la presencia de «juncales» y «totorales».

En medio de la vegetación herbácea e indígena, suele asomar el «cardo» de origen europeo y unos arbustos—«chirca» o «chilca»—, cuya condición xerófila les hace resistir prolongadas sequías. En la línea esteparia del paisaje se destaca la presencia, casi siempre solitaria, del «ombú». Es un árbol de grueso tronco y amplio ramaje, pariente próximo del «baobad» africano, que aparece alejado de las corrientes de agua, como haciendo ostentación de su naturlaeza xerófila.

En resumen, las características plásticas del paisaje uruguayo son:

1) superficies continuas y suavemente onduladas, que se quiebran en las márgenes de los ríos, donde el desnivel de sus lechos da lugar a la «barranca»; 2) tapiz vegetal herbáceo, que registra toda la gama del verde, con extensas manchas amarillentas; 3) «motas» o pequeñas masas de arbustos, diseminados en los valles, coronando las lomas el solitario ombú, y en el llano, el ceibo, con su encendida flor rojiza.

Pero este paisaje general y natural ofrece dos clases de variantes: las que resultan de la ocupación humana y las que corresponden a las distintas regiones del país.

REGIONES DE LA GEOGRAFIA URUGUAYA

Se han propuesto muchas posibles divisiones a la geografía del Uruguay. Basadas en diferencias que resultan del análisis de sus cuencas fluviales, su orografía, sus rasgos geológicos, o la clasificación botánica de su vegetación. Todas ellas son un poco artificiosas, siendo preferible atenerse a un criterio «paisajista», según el cual el país se divide en tres grandes zonas: a) la *Penillanura litoral;* b) la *Región ondulada Centro-Norte*, y c) la *Llanura atlántica.*

La *Penillanura* litoral ocupa el oeste y sur del país; comprende la cuenca de los ríos Uruguay y el Plata, y corresponde a los departamentos de Artigas, Salto, Paysandú, Río Negro, Soriano, Colonia, San José, Montevideo y Canelones. Tiene una extensión de 72.000 kilómetros cuadrados, o sea, el 37 por 100 de la superficie total de la República.

El río Uruguay, que tiene 1.400 kilómetros, lo poseemos en condominio con la Argentina en una extensión de 500 kilómetros. A unos 330 kilómetros de su desembocadura, su curso y su navegabilidad están interrumpidos por unos saltos. Actualmente una comisión argentino-uruguaya está estudiando el proyecto de su aprovechamiento hidroeléctrico. El principal afluente del río Uruguay es el río Negro (800 kilómetros), que atraviesa como una banda todo el país. Sus otros tributarios, caudalosos, y cuya extensión varía de 280 a 80 kilómetros, son el Cuareim, el Arapey, el Dayman, el Queguay y el San Salvador. En las márgenes de estos ríos se presentan asociaciones forestales de tipo subtropical, que reciben la denominación de «montes» o de «matorrales», que se van densificando de sur a norte. Son verdaderos paraísos botánicos, tal es su variedad de especies. Allí se encuentra el «algarrobo», comparable al cedro; el «ñandubay», cuya madera dura se utiliza para la construcción y para los durmientes; el «tala», de ramas retorcidas y espinosas, buena materia para ebanistería; el «espinillo» o «aromo», mimosa que proporciona excelente leña; el «coronillo», el «mataojo», el «sarandí», el «arrayán», y una interminable serie de etcéteras. Intercalada entre los «montes», se extiende la pampa abierta, poblada de pastos tiernos, y se ofrece un «paisaje de parque» en su plena integridad.

El río de la Plata semeja más a un mar que a un río. Es un inmenso estuario de unos 35.000 kilómetros cuadrados. Presumiblemente, un movimiento de báscula del extremo sur de la «Brasilia» provocó el hundimiento geológico del valle, y originó este río, cuyas características son semejantes a las del Delaware. Los limos arrastrados por el Paraná y el Uruguay se van acumulando en inmensos «bancos», a pocas millas de la costa uruguaya. En la confluencia del Paraná y el Uruguay, tiene 40 kilómetros de ancho, y a lo largo de 370 kilómetros va aumentando la distancia entre las costas, hasta tener 100 kilómetros de anchura cuando se convierte en Océano.

El Plata tiene pocos afluentes, los más importantes son el Santa Lucía (200 kilómetros), el San José, el Rosario y el San Juan. La parte de la región que corresponde a su litoral está muy parcelada y cultivada, y su paisaje natural muy transformado por la ocupación humana.

La *Región ondulada Centro-Norte* ofrece una topografía más accidentada, de perfiles orográficos más vigorosos, sobresaliendo al noroeste la cuchilla o altiplano de Haedo, y al sureste una franja estrecha y alargada de sierras, que impresionan por la variedad de sus formas plásticas, pero que no superan los 400 metros de altura.

En esta región se incluyen los departamentos de Rivera, Tacuarembó, Durazno, Flores Florida y parte del de Lavalleja. Unos 66.000 kilómetros cuadrados comprende la cuenca del río Tacuarembó (220 kilómetros), su afluente el Cuñapirú (150 kilómetros), el río Yi (220 kilómetros), todos los cuales vierten sus aguas en el curso medio del río Negro.

Las aguas del río Negro han sido represadas en la mitad de su curso, y se ha formado un inmenso lago artificial de 180.000 hectáreas, que proporciona tres cuartos de los 1.000 millones de kilovatios de electricidad que produce el país.

El paisaje de esta región está influenciado por la vegetación subtropical predominante al sur del Brasil. En sus «montes» encontramos el «cedro», el «lapacho», el «timbó», el «urunday» y el «jacarandá». Entre las asperezas de sus sierras y bloques erráticos, aparecen «helechos arborescentes» formando grutas vegetales. Los bloques de granito que forman «islas» en medio de las llanuras o salpican aislados el paisaje, están cubiertos de «díquenes», y en sus hendiduras asoman, en primavera, las flores amarillas de las cactáceas y de los espinales de vivos tonos verdes. Crecen en esta región, sobre todo en su parte norte, cañaverales, formados por la «caña del Tacuarembó», la «caña tacuara» y la «común»; el «culantrillo»; el «caraguatá», cuyo fruto es semejante al dátil; el «guayabo», el «quillay o jabón de palo», etc.

La *Llanura atlántica* comprende la cuenca lacustre, que se inicia con la laguna Merín y continúa en la serie de las lagunas litorales: Difuntos, Castillo, Rocha, Garzón, José Ignacio y Sauce. Abarca parte de los departamentos de Cerro Largo y Lavalleja, y los de Treinta y Tres, Maldonado y Rocha, con unos 49.000 Km. cuadrados.

La laguna Merín, que poseemos en condominio con el Brasil, tiene de promedio 170 kilómetros de largo y 36 de ancho, recibiendo las aguas del Yaguarón, río limítrofe; del Tacuarí, del Cebollatí y su afluente el Olimar, y del San Luis, ríos de unos 160 kilómetros de largo, excepción hecha del San Luis, que sólo tiene 30 kilómetros. Estas corrientes de agua dan lugar a una nutridísima red hidrográfica, que se desplaza por un territorio generalmente llano. Las «albuferas» o lagunas litorales son verdaderos lagos, cuya extensión oscila entre los 100 y los 300 kilómetros cuadrados.

Dos de los rasgos distintivos del paisaje de esta región los constituyen los «palmares» y los «bañados». Los «bañados» son tierras anegadas, cuya superficie se estima en 340.000 hectáreas y cuya vegetación lacustre se caracteriza por los «juncales». Canalizados, desecados y quemada su vegetación, forman vastas llanuras de tierra negra, apta para toda clase de cultivos y especialmente aptas para arrozales.

Millares de hectáreas de campo arcilloso están pobladas por «palmas» (palma Butiá, *Butiá capitana)*, formando bosques tupidos, pero con la particularidad que dejan ver siempre el horizonte. La palma excluye toda otra especie arbórea, y crece unos seis u ocho metros sobre un suelo tapizado de gramíneas. Lo curioso de estos parques naturales incomparables es que la palmera no se reproduce, y está llamada a desaparecer, sobre todo por la acción de un parásito específico: el «higuerón», que nace en su corona y desciende abrazándola en forma espiral. Una vez que ha llegado al suelo, hecha raíces, y se levanta como un árbol normal; mientras tanto la palmera se ha secado.

El litoral atlántico está bordeado de una ininterrumpida franja de playas, que arranca de la bahía de Maldonado, cerrada por Punta del Este, balneario de fama mundial, y continúa por las costas de Maldonado y Rocha en una extensión de casi 300 kilómetros, para prolongarse por el territorio de Río Grande do Sul.

LA FAUNA DEL URUGUAY

Elemento del pasisaje geográfico, al que hasta ahora no hemos prestado atención, son los animales, que se desenvuelven en agrupaciones semejantes a las vegetales, pero dentro de límites menos precisos. La fauna uruguaya está compuesta por elementos de las provincias zoológicas brasileña y pampiana, comprendidas en la Región Neotropical de la Zoografía.

Entre las especies más características de la fauna uruguaya, están, entre las aves, el industrioso «hornero», que construye con paja y barro su nido; el «chajá», guardián del campo; la «calandria», barítono del «monte», cuyo canto se



complementa con las armonías del «zorzal» o «sabiá»; el «pirincho»; la «cotorra», enemiga de los sembrados; la «lechuza» o «ñacurutu», de los malos presagios, y el «carancho», ave rapaz, cuya presencia es indicio de que hay ganado muerto. Variedad del avestruz africano es el «ñandú», gran corredor de patas fuertes y alas rudimentarias; la «perdiz» común, y la «perdiz grande» o «martineta», que hay que defender de la codicia de los cazadores; diversas clases de palomas, y, entre las zancudas, el «teruteru», cuyo grito avisa al hombre de campo la proximidad de un hecho no habitual, y ave incorporada a los símbolos nacionales.

Van desapareciendo: el «puma», o león americano; el «yaguareté», semejante al tigre, y el arisco «gato montés»; pero los carniceros siguen abundantemente representados por el «coatí», el «aguará», el «zorro» y el «zorrillo», especie de hurón, cuya defensa consiste en arrojar un líquido hediondo, cuyo olor desagradable se siente a distancia. En el orden de los roedores, tenemos el «apereá», el «tucu-tucu», la «nutria» y el «carpincho», especie de cerdo anfibio, de color canela, cabeza parecida a la del hipopótamo y notables condiciones de nadador. Abundan en todo el país «mulitas» y «peludos», que se envuelven como erizos bajo su coraza; «comadrejas», que parecen canguros en miniatura, y en la fauna marina anotemos la «tonina» y la «franciscana», cetáceos del Plata.

LA COLONIZACION DEL URUGUAY COMENZO EN EL SIGLO XVIII

Por lo que va dicho, se advierten los rasgos sencillos y claros, casi «virgilianos», de la geografía uruguaya, que no es exuberante, ni ostentosa ni monumental.

La naturaleza del país ofrece: un clima conveniente para todos los hombres; un territorio que puede ser transitado a pie de un extremo a otro; un suelo habitable en su totalidad. Pero el Uruguay no es un edén, un jardín paradisíaco, una tierra inocente que entrega gratuitamente sus frutos.

El Uruguay es sólo una posibilidad. Una posibilidad que no se realiza más que a cambio de un sostenido esfuerzo. Sus riquezas son potenciales, y sólo se convierten en bienes usufructuables al conjuro del sudor humano.

El Uruguay es un país a la medida del hombre; pero a la medida no de su apetito o de su capricho, sino a la medida de su poder creador.

En el paisaje que se acaba de describir falta su elemento más importante, el que le da fisonomía y rango: el habitante.

Hace poco más de doscientos años el Uruguay era el desierto de que nos habla el cantar de su epopeya. Su territorio era el espacio de las correrías de los indígenas, cuya ocupación accidental del suelo era meramente destructiva. Para el presunto colonizador español no

tenía interés una tierra sin metales preciosos, sin plantaciones y sin posibilidad de explotar «encomiendas». Sólo los «corambreros» solían desembarcar en sus costas para faenar las reses, de las cuales sólo aprovechaban el cuero. Los misioneros habían logrado establecer, en el litoral del río Uruguay, hasta tres fundaciones. Y algunas partidas de portugueses y de soldados desertores vagaban perdidos por nuestros campos.

Fueron los portugueses—que en 1680 fundaban en el sitio más estratégico del Plata la colonia del Sacramento—los que atrajeron la atención y el interés de los españoles por nuestro suelo. Por razones de pura estrategia militar, el gobernador Zabala establece una guarnición en el puerto de Montevideo. A la guarnición sigue la fundación de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo en 1724-1726. De este hecho arranca la colonización oficial de la Banda Oriental, la instalación regular y sistemática del hombre en el suelo. Al paisaje se incorpora el habitante.

Es importante para el futuro del Uruguay que se haya empezado a habitar en el primer tercio del siglo XVIII. Su colonización va a ser «racionalizada», «planificada». No será producto del aluvión de aventureros ni se efectuará por la acumulación desordenada de masas. Será sometida a la medida, hecha en la debida proporción, regulada. Su primer poblador no va a ser un buscador de oro, ni el hombre europeo de vida continental frustrada que busca en tierras de ultramar rehacerla a su capricho. Es el agrimensor, que traza sobre el terreno el plan de la ciudad, con sus calles tiradas a cordel; que prevé el lugar que ha de ocupar la iglesia, el cabildo, el fuerte.

Es admirable el conjunto de previsiones administrativas que se encuentran en el origen de las fundaciones de las ciudades, villas y núcleos poblados del Uruguay realizadas en el siglo XVIII. Están previstas: la fábrica de las casas, el número de sus habitaciones, el espacio de las «chacras» que han de ser propiedad de los vecinos, el ejido municipal, las tierras de recursos y arbitrios del futuro cabildo. Y también la condición, oficios, antecedentes de las familias pobladoras. Porque el germen de la población uruguaya, de la colonización organizada con estilo castrense, no es el individuo, sino la familia. No son piezas sueltas, sino bloques humanos con los que se construye la población, como no es con ladrillos sueltos, sino con bloques graníticos con los que se erigen en nuestro suelo los fuertes y fortalezas geométricas al estilo de Vauban.

La simiente humana que llevó al Uruguay la colonización española no fué aristocrática ni doctoral. Fueron familias de labriegos a las que, por el hecho de afincarse en el territorio, se los reconocía como «hijosdalgo del solar conocido», y se les improvisaban «ejecutorias de limpieza de sangre». Fueron familias de capitanes, tenientes, sargentos y soldados. Fueron familias de pequeños funcionarios. Provenían de Canarias, de las Azores, de Galicia o de Buenos Aires. En las características de esta colonización está el cogollo de nuestras formas políticas y sociales. El Uruguay es un país de clase media, trabajadora, racionalista, pragmática, ordenada y democrática.

La «ejecutoria de limpieza de sangre» era un papel muy fresco, muy reciente, muy europeo. América española se singulariza por el mestizaje. Y en la carne criolla se fundieron el ímpetu, el afán de libertad, el ancestral nomadismo y bravura del indígena, con el ordenado sentido patriarcal, el espíritu lógico y la capacidad del mando europeo.

Sobre esas bases étnicas se proyectó en el siglo XIX la inmigración europea. Nuevos españoles de Galicia, Asturias, León, País Vasco, Extremadura y Castilla; italianos del Norte y del Sur; franceses del Mediodía; contados ingleses; pocos alemanes y algunos suizos y belgas. En 1860 la población del Uruguay alcanzaba a sólo unos 300.000 habitantes, de los cuales el 35 por 100 eran extranjeros; la proporción desciende, cincuenta años más tarde, al 17 por 100. En 1889, casi la mitad de la población de Montevideo (el 47 por 100) está compuesta por extranjeros; cincuenta años más tarde, en 1909, no llegaba al 12 por 100.

Algunos millares de hombres de raza negra fueron trasplantados al Uruguay. Faltaban tareas en qué ocuparlos, y y casi generalmente fueron destinados al servicio doméstico. La tuberculosis y las guerras los diseminaron. No constituyeron un factor étnico susceptible de influir en la composición de la raza uruguaya. Quedan muy pocos, aunque su sangre asome algunas contadas veces en la gracia y nostalgia de los «morochos» o «mulatos».

INDIOS, GAUCHOS Y CRIOLLOS

Es conveniente cerrar el paso a tres leyendas «literarias», de corte romántico, que planean sobre la tipología humana del país: la del indio irreductible, la del gaucho montaraz y la de la pereza criolla.

En 1832 fueron exterminados los últimos indígenas. Eran una raza bravía e indómita en estado de salvajismo; pero eran de natural y despejada inteligencia, y cuantos se incorporaron a la civilización acusaron una gran nobleza de carácter. Arquetipo del indio civilizado fué Andresito, lugarteniente de Artigas, cuya proclama póstuma es un dechado de sinceridad, rectitud y apasionada entrega al ideal. Fueron muy pocos numéricamente; escasísimos los «misionados» o «reducidos». Por eso desaparecieron. No olvidemos que eran de raza guaraní, la misma que forma la masa actual del Paraguay, país fraterno que ha escrito páginas brillantes y heroicas en la historia de América.

En cuanto al «gaucho», es mucho lo que hay que corregir en su apreciación. El «gaucho» montaraz y pendenciero, anárquico y bárbaro, con «chiripa» y bota de potro, cuya versión moderna es el «cow-boy» de las películas del Oeste norteamericano, sólo existe en el cancionero legendario y en los versos de Martín Fierro. Ha tenido existencia real, pero carece de actualidad. El paisano, el trabajador rural, han sublimado las características de su antecesor lejano, aunque directo.

El hombre del campo uruguayo es bravo, independiente, sensible como un héroe calderoniano en cuanto a su honra y su honor. Pero es sosegado; discreto en el hablar sentencioso; trabajador esforzado; compuesto en su atuendo; noble en sus actitudes; respetuoso y a la vez soberbio; sobrio en sus costumbres; fiel y monógamo, aunque no tenga muy en cuenta el Registro Civil y el Sacramento; padre afectuoso, con orgullo de engendrador. Jinete eximio, es capaz de manejar un tractor. Posee una inteligencia clara, que sabe de las sutilezas de la metáfora, y una habilidad manual, que lo capacita con poco adiestramiento para cualquier trabajo.

En el primer viaje de Bougainville al Plata, en 1763, un benedictino, Dom Pernetty, publicó un opúsculo sobre Montevideo, que por entonces cumplía cuarenta años de su fundación. Hay en el trabajo del reverendo una mezcla de observaciones agudas, fantasía y falsa erudición. Dice que «los habitantes de Montevideo son muy ociosos; no se ocupan más que de conversar juntos, tomar mate y fumar un cigarro», y agrega «que las damas danzan con la misma indolencia en la cual pasan sus días, aunque son, naturalmente, muy vivas». Este testimonio prendió en la imaginación europea, en la que quedó fijada, casi permanentemente, el axioma de la «pereza criolla». Tuvo mayor suerte popular que el testimonio contradictorio del capitán de fragata de la Real Armada don Juan Francisco de Aguirre, que en su «diario» de 1782 consigna datos sobre la extraordinaria actividad de los montevideanos, y tanto las descripciones del teniente de navío José de Espinosa y Tello, de la expedición de Malespina (1789-1794), como las de Samuel Hull y sir Constance Davies, John Mawe, Juan Robertson, Augusto de Saint-Hillaire, Xavier Marmier, el conde de Saint-Foix, y tantos otros viajeros ilustres en el transcurso del siglo XIX, son unánimes en destacar la diligencia y espíritu de empresa de los «orientales».

REALIDAD ACTUAL DEL URUGUAY

El Uruguay es el país hispanoamericano que ha experimentado un mayor aumento de población desde su independencia a la fecha. En 1860 se estima en 230.000 habitantes; el censo de 1908 dió 1.043.000; actualmente, las cifras oficiales de la O. N. U. le asignan 2.700.000. El 12 por 100 son extranjeros. Cuantitativamente, la inmigración más importante es la italiana; le sigue la española, que constituye el 30 por 100 de los extranjeros; vienen después los brasileños y los argentinos. Entre las dos guerras mundiales recibió el Uruguay un contingente emigratorio de origen centro-europeo de más de 100.000 personas de raza judía, cuya presencia no se nota, en virtud de la capacidad de asimilación de la sociedad uruguaya. En las provincias argentinas limítrofes hay más de 120.000 uruguayos, emigrados en los primeros años del siglo, como consecuencia de las guerras civiles.

Estos casi tres millones de uruguayos han constituído un Estado republicano y democrático con instituciones sólidamente afirmadas en la conciencia de la ciudadanía. El uruguayo es, por origen y ambientación en un país cuya densidad es de catorce habitantes por unidad de superficie, muy individualista; pero por formación y espíritu de convivencia es, a la vez, *solidarista*. Las características de la evolución nacional han impedido la cristalización de clases sociales, y el uruguayo pasa de una condición a otra con absoluta naturalidad. Esto reafirma su sentido solidario, pues no se trata de acumular privilegios en beneficio de una clase o estamento, sino de operar en el sentido de que el bienestar y la seguridad estén al alcance de todo el mundo. El instrumento más eficaz de la aglutinación social, acción operante





económica y cultura cívica, radica en la instrucción pública. Un ministro español, que vivió en Montevideo durante el mes de diciembre de 1954, Joaquín Ruiz-Giménez, decía: «Me alegro de haber estado un tiempo en el Uruguay, porque me ha permitido comprobar que su educación pública es verdad, es actuante y operante.»

La legislación social y educativa del Uruguay es de las más avanzadas del mundo, y no queda solamente en buena intención teórica, sino que está vigente en la realidad práctica y se perfecciona incesantemente por su propia aplicación. El hombre uruguayo es culto y extrovierte su personalidad sobre la vida circundante. Un hecho demostrativo de su alfabetismo y preocupación por la vida pública es que en el país se tira diariamente un periódico por cada cinco habitantes.

Un tercio de la población se concentra en la ciudad-capital, Montevideo, con 900.000 habitantes. Ciudad muy extendida, en la que predomina la urbanización moderna, nada la singulariza, respecto a las grandes ciudades europeas, a no ser su radical espíritu europeo surgido en el ambiente americano.

Los otros dos tercios da la población se agrupan en pequeñas ciudades abiertas de 20.000 a 100.000 habitantes, o se dispersan en el ambiente rural.

La base de la economía nacional, cuyas reservas de oro ascienden a 200 millones de dólares (cantidad sólo superada en Iberoamérica por Venezuela), es la ganadería. El «stock» ganadero se compone de ocho millones y medio de bovinos; 27 millones de ovinos, y 700.000 equinos. Los mataderos y las industrias frigoríficas producen 375.000 toneladas de carne al año. La agricultura va adquiriendo un gran volumen, pese a los obstáculos opuestos a la comercialización de sus productos por la política internacional de los excedentes agrícolas. Uruguay ha alcanzado a producir 1.400.000 toneladas de cereales, que se obtienen en 1.100.000 hectáreas. Y el área frutícola, de 185.000 hectáreas, produce 225.000 toneladas de fruta, y nueve millones de hectolitros de vino.

La fisonomía del paisaje rural está modificada por la «estancia», establecimiento en el que se desarrollan los trabajos agrarios. La «estancia» tiene una extensión muy variable, pero su gran mayoría oscila entre 600 y 200 hectáreas. Todas están cercadas por alambradas de siete hilos y divididas en potreros, también alambrados. Alrededor de la casa central se agrupan los galpones, separados por «patios». La ganadería se practica, generalmente, en forma extensiva, y para ofrecer sombra y refugio a los animales se han hecho plantaciones de árboles, cuyo número ha cambiado sensiblemente la configuración del paisaje. Rápidamente las labores del campo se mecanizan. Hay en funcionamiento 28.000 tractores, cifra sólo superada por la Argentina en el mundo iberoamericano. Equipos móviles de segadoras y trilladoras se multiplican y la mecánica va sustituyendo aceleradamente a la tijera del esquilador.

El alto nivel de vida del habitante del Uruguay puede deducirse de sus disponibilidades alimenticias. Por año y por habitante, dispone de 120 kilos de carne (es el país del mundo que consume más carne por habitante), 99 kilos de cereales, 180 litros de leche, 62 kilos de papas, 32 kilos de azúcar, siete kilos de huevos, 15 kilos de cuerpos grasos, cuatro kilos de legumbres secas y un kilo de pescado. Su dieta, que es la más equilibrada de los países iberoamericanos, le proporciona cerca de 3.000 calorías diarias, de las cuales el 30 por 100 las obtiene de los cereales y el 20 por 100 del azúcar.

LA CULTURA DEL URUGUAY EN EL MUNDO

Paralelamente con la preocupación por su bienestar material, y fundamentándolo, se ha desarrollado nuestra vida cultural: 2.500 escuelas, a las que asisten 300.000 niños; 88 instituciones de enseñanza secundaria, 12.000 maestros, multitud de escuelas industriales agrupadas en la Universidad del Trabajo, 10 Facultades universitarias, absorben el 22 por 100 del presupuesto nacional. La enseñanza pública es gratuita en todos sus grados, y el Estado no sólo no cobra ninguna clase de derechos por matrícula, sino que por añadidura proporciona gratuitamente los textos escolares en la enseñanza primaria y secundaria.

Existen numerosos nombres cuya personalidad se ha hecho sentir en el ámbito de la cultura universal. Polígrafos como Rodó, Zorrilla de San Martín, Bauzá, Larrañaga, Vázquez Acevedo, Pérez Petit; poetas como Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés, Herrera y Reissig, Armando Vasseur, Lautremont, Delmira Agustini, Laforgue, Supervielle; filósofos como Carlos Vaz Ferreira, Antonio Castro, Emilio Oribe; dramaturgos de la talla de Florencio Sánchez; maestros del Derecho como Carlos María Ramírez, Pena, Irureta Goyena, Couture; creadores de escuelas médicas como Soca, Nisca, Navarro; narradores como Horacio Quiroga, Javier de Viana, Montiel Ballesteros; plásticos como Blanes, Bellini, Pratti, Herrera, José Luis Zorrilla... Podría hacerse una larga relación de uruguayos ilustres cuya obra ha saltando la frontera del país. André Maurois, en unas frases muy conocidas señaló de forma elocuente la mejor aportación del Uruguay al mundo:

«Vosotros habéis asegurado el funcionamiento perfecto de una república democrática y habéis probado, con vuestro ejemplo, que la prosperidad económica recompensa la madurez política.

»Vosotros habéis logrado esa obra maestra de vida colectiva, porque vuestros gobernantes han tomado la iniciativa de reformas necesarias al bienestar de las masas, sin esperar a que estas fueren exigidas por los demagogos.

»Vosotros habéis hecho reinar la justicia sin atentar contra las libertades... Capitales y emigrantes afluyen a vosotros porque sois, en el mar tempestuoso de nuestro tiempo, el puerto que ofrece mejor abrigo.

»Vosotros habéis tenido grandes filósofos políticos. Lo maravilloso es que vuestras ideas hayan triunfado y que ellas sean vuestra norma.»

He expresado, quizá torpemente, lo que objetivamente ve en el Uruguay un modesto profesor de Geografía. He callado lo que el «no-conformismo», defecto o virtud criollas, me hace ver en el Uruguay. No sería un «país a la medida del hombre» si no tuviera su aspecto sombrío, sus pequeñeces, sus defectos inherentes a la condición humana. Pero al referirse a la patria lejana, creo que estén justificados esos pequeños silencios.

